

La Ciudad Futura

Revista de Cultura Socialista

Director Fundador: José Aricó (1931-1991). Directores: Juan Carlos Portantiero y Jorge Tula - ISSN 0328-221X - N°43, Buenos Aires, Invierno 1995 \$5

Agenda del
progresismo

El Molino, hoy

Escriben:

**Bordón
Alvarez
Storani**

Globalización

El dinero es la clave

Carlos Scavo

Reflexiones

Utopía platónica y
totalitarismo
contemporáneo

Máximo Simpson Grinberg

Entrevista

Conversación con
Jürgen Habermas

B. Freitag y S. P. Rouanet

Córdoba

Hegemonía vs.
hegemonía

M. Braun y H. Rovner

Un año después

Las promesas
incumplidas de la
reforma constitucional

Roberto Gargarella



La ONU ya no puede “imponer” la paz

Guillermo Ortiz

Desempleo:
el nuevo problema de los
argentinos

Oscar Cetrángolo y Laura Golbert

La nueva oposición

Edgardo Mocca

Tiempos de oscuridad

Juan Carlos Portantiero

Ensayo

El ejército
laboral de
reserva también
beneficia
al Estado de
bienestar

Andrea Boitani

En este número

Dentro de un contenido de parejo interés, dos núcleos temáticos destacan en esta edición. Por una parte, el ensayo y el artículo de Cetrángolo-Golbert, ambos referidos a un tema central de la época: el desempleo, abordado desde una mirada estratégica en una perspectiva europea, en el primer trabajo, y desde la caliente coyuntura de la Argentina, en el segundo. Por otra parte, es relevante también la sección Agenda, en la que participan José Octavio Bordón, Chacho

Alvarez y Freddy Storani para referirse a la actualidad del encuentro de El Molino que protagonizaron un año atrás. Sus intervenciones —directamente conectadas con los artículos de Portantiero y de Mocca— enfocan a uno de los temas prioritarios de la política argentina, esto es, la búsqueda de los caminos e instrumentos más aptos para la construcción de una propuesta de poder progresista que se levante como real alternativa del menemismo.

Sumario

Política		Entrevista	
Juan Carlos Portantiero: Tiempos de oscuridad	3	Barbara Freitag y Sergio Paulo Rouanet:	28
Edgardo Mocca: La nueva oposición	5	Conversación con Jürgen Habermas	
María Braun y Helena Rovner:		Reflexiones	
Hegemonía vs. hegemonía: el caso Córdoba	8	Máximo Simpson Grinberg: Utopía	32
Roberto Gargarella: Un año más tarde, las		platinica y totalitarismo contemporáneo	
promesas incumplidas de la reforma constitucional	11	Libros	
Oscar Cetrángolo y Laura Golbert:		Martín Plot: Juegos del ver: ni física ni metafísica	38
El nuevo problema de los argentinos	14	Verónica A. Pagura: Un escritor para la	39
		Nación Argentina	39
		Alejandro Blanco: Las actas de la lectura	42
		A.B.: Novedades	42
Agenda		Ensayo	
José Octavio Bordón: El espíritu de	16	Andrea Boitani: El ejército laboral de reserva	44
El Molino y los días que vendrán	17	también beneficia al Estado de bienestar	
Carlos Alvarez: La continuidad de un proyecto	16	Contratapa	
Federico Storani: Un camino y una	19	Osvaldo Pedroso: Más de un turco	52
fuerza de alternativa		perdido en la neblina	
Economía			
Carlos Scavo: Globalización: el dinero es la clave	20		
Internacional			
Guillermo Ortiz: Bosnia exige un nuevo modelo	24		
para la regulación de los conflictos internacionales			
El artista: Henri Julien Félix Rousseau, popularmente conocido como "El Aduanero", nació en Laval (Mayenne) el 21 de mayo de 1844 y murió el 2 de setiembre de 1910 en Bagneux.			

La Ciudad Futura

Bmé.Mitre 2094 - 1º (1039) Buenos Aires - 953-1581.

Director fundador: José Arió (1931-1991). **Directores:** Juan Carlos Portantiero y Jorge Tula. **Consejo de redacción:** Gerardo Adrogué, Javier Artigues, Alejandro Blanco, Fabián Bosser, Sergio Bufano, Franco Castiglioni, Hugo Faruzzi, Javier Franz, Julián Gadamio, Miguel Ángel García, Julio Godio, Marcelo Leiras, Antonio Marín, Ricardo Mazzorin, Guillermo Ortiz, Osvaldo Pedroso, Martín Plot, Ernesto Semán, Pablo Semán, Lucrecia Teixidó. **Comité asesor:** Emilio de Ipola, Jorge Doti, Rafael Philippelli, Oscar R. González, Jorge Kors, Carlos Kreimer, Marcelo Losada, Ricardo Nudelman, Oscar Terán. **Maqueta original:** Juan Pablo

Renzi. **Diagramación y armado:** Viviana Mozzi.

La Ciudad Futura recibe toda su correspondencia, cheques y giros en Casilla de correo N° 167, Sucursal 12, (1412) Buenos Aires. Impresión: Gráfica Integral, Albarrián 1955, (1424). Distribución en la Capital Federal: Traques, Balaace 458 - 1º oficina 2, (1092) Buenos Aires. Distribución en otros países: Fernando García Cambeiro, box 014, Skyway, USA, 7331, N.W., 35th St., Miami, Florida 33122; oficinas: Cochabamba 244, (1150) Buenos Aires, Argentina. Teléfonos 361-0473/93. Registro de la Propiedad Intelectual N°192675. Suscripción anual: Argentina, US\$ 40.- Exterior, US\$ 60.- Bibliotecas e instituciones, US\$ 80.- Cheques y giros a la orden de Ansaldo Martín Jáuregui.

POLÍTICA

Tiempos de oscuridad

El obstinado discurso triunfalista del gobierno no logra, siquiera, disimular la profunda gravedad de una crisis que pone al "modelo" dominante frente a límites quizá insuperables. Pero, pese a ciertos progresos, la oposición no ha podido articular ni un discurso ni una política capaces de levantarse como alternativa.

Juan Carlos Portantiero

El 14 de mayo un elector de cada dos decidió prorrogar por otros cuatro años el período presidencial de Carlos Menem. El 8 de julio, en medio de la más helada repercusión popular que guarda la memoria de estas ceremonias constitucionales, tuvo lugar la autotransferencia del mando, cuando la soterrada crisis de la Convertibilidad se había derramado sobre todo el cuerpo de la sociedad y ya no había lugar para ningún entusiasmo.

Estamos atravesando el plexo de tiempos oscuros. Para la economía, para la política, para la moral pública, para la vida cotidiana de millones de argentinos. Ya no alcanza el triunfalismo banal del presidente que nos prometía, camino de los *shoppings*, el ingreso en el primer mundo: ahora somos, en realidad, el país de Occidente con el más grave de problemas de ocupación.

Repasando en la historia es inevitable la comparación con los contradictorios años 20 de la Alemania de Weimar. La década que va desde 1923, momento pico de la hiperinflación, hasta 1933, ascenso de Hitler, incluye un período de estabilización y crecimiento entre 1924 y 1928 con una

nueva moneda fuerte, refinanciación de la deuda, masivo ingreso de capitales externos, reconversión y concentración de la economía e incremento sostenido de la productividad. Fueron cuatro años de fiesta gobernados por el terror colectivo al retorno de la inflación y en los que ese fantasma parecía decididamente superado. Pero otro se agazapaba, más cruel y más difícil de "pulverizar", para usar una terminología puesta hoy en boga por el presidente Menem: el de la recesión y la deflación agravadas por la parálisis de un gobierno enrolado en la dogmática liberal de la autonomía del mercado y renuente, por lo tanto, a toda intervención anticíclica por parte del Estado, lo que llevó el nivel de desocupación y subocupación en 1932 al 65 por ciento del total de los traba-



adores sindicalizados. El 30 de enero de 1933 seis millones de hombres y mujeres sin trabajo asistirían con esperanza a la asunción de Adolf Hitler como canciller de Alemania. Por cierto que las historias no tienen por qué repetirse pero vale este recuerdo sobre la vinculación entre desocupación y caída de la democracia, aunque fuera para corregir la difundida versión que supone que fue la inflación el detonante del ascenso de Hitler, cuando en realidad ese flagelo había sido superado casi una década antes.

Es que, efectivamente, una hiperinflación puede ser "pulverizada", salir de una recesión, en cambio, cuesta mucho más. A partir de diciembre pasado, el gobierno buscó disimular la magnitud de la crisis para poder transitar sin dificultades el proceso electoral de mayo. En verdad lo logró, evitando el estallido del sistema bancario y el agravamiento de la ruptura de la cadena de pagos. Fue este hábil manejo de la coyuntura el que arrojó un buen porcentaje de votos al oficialismo: en medio de la zozobra generalizada la continuidad gubernamental parecía una receta más confiable que el sobresalto que podría acarrear a los mercados un triunfo de la oposición o aun la propia incertidumbre de un *ballottage*. Pero, como era de prever, sólo horas después de que Menem alcanzara el suño dorado de su reelección, los datos crueles de la realidad comenzaron a horadar la capa de maquillaje. Y así como se había votado más con temor que con entusiasmo, ese mismo desconcertado temor arrojó en los días subsiguientes. Ya parece no haber dudas acerca de que el llamado "modelo" ha encontrado sus límites y que el más dramático de ellos es el tremendo índice de desocupación que instala en la Argentina un problema social desconocido desde hace varias generaciones.

Este es el punto de arranque del

segundo ciclo menemista, signado ahora por una calamidad colectiva que durará mucho tiempo. Las cifras aterradoras de Capital y Gran Buenos Aires y la extensión de la catástrofe cordobesa a otras provincias anticipan horas muy difíciles. ¿Cómo reaccionará la cultura hegemónica del menemismo frente a señales de fracaso? Su trivialidad se ha montado siempre sobre la seguridad del éxito, al que magnifica con su despliegue triunfalista; ¿cómo actuará ante dificultades que se resistirán a disolverse sólo con voluntarismo? Cuando se ha gobernado sobre el desfiladero de proclamar que el resto es caos, ¿de qué modo se incorporará al estilo de mando la certeza de que ya se ha llegado al abismo?

Estos temores frente al futuro de nuestra democracia no son gratuitos. No derivan exclusivamente de la vena autoritaria de un oficialismo que ha manifestado todas las veces que ha podido un voraz apetito hegemónico,

vienen también de la atonía de la oposición. Podría decirse que el principal crédito que hoy le queda al gobierno es equivalente al desdémio o a la inmadurez de la oposición. De esa conjunción electoral que reunió a la otra mitad del electorado pero que, en la actualidad, enredada en sus indefiniciones manifiesta la misma perplejidad que el oficialismo.

El caso del radicalismo ya es patético. Deambulando sin brújula y poseída por el autismo, su dirigencia se niega a todo cambio, en un juego de lealtades oscuras entre viejas figuras que se resisten a salir del centro de una escena cada vez más deshilachada. ¿No advertirán que los partidos pueden morir? Si cayeron partidos-Estado como los del Este, si debió transformarse de raíz el comunismo italiano, si desapareció allí también la democracia cristiana, si los radicales franceses y los chilenos ya son una página de historia, ¿por qué sobrevivirá a

todos sus errores nuestra Unión Cívica Radical? Cuando la ciudadanía ve que Angeloz quiere ocupar la presidencia del partido y que una eventual alternativa como la que postula Terragno es anatematizada por considerarla advencena, ¿no tiene derecho a pensar en la progresiva urdimbre de un suicidio?

Al PREPASO, por su parte, no es fácil elaborar su madurez, transformando su influencia electoral en organización territorial y en coherencia de programas y cuadros. Con baja participación en los cuerpos colegiados y ninguna, hasta ahora, en los ejecutivos, no es fácil consolidar una fuerza de oposición con el mero respaldo de esporádicas apariciones en los medios. Por eso la pregunta no resulta banal: ¿podrá el PREPASO devenir en estos años una fuerza nacional de alternativa si sólo está sostenida por un liderazgo bicéfalo y en ciertos sentidos muy competitivo?

Interrogantes graves éstos que suscita el estado de la oposición; tanto o más graves que los que provoca la incertidumbre sobre los riesgos de autoritarismo que anidan en un menemismo gobernando la crisis social.

Queda todavía el camino, único en cierto modo alentador, que comenzó a transitarse a finales de 1994 con las ya olvidadas reuniones de El Molino. Es verdad que dos problemas no dan como resultado una solución, que la suma del desconcierto radical y de las dificultades del PREPASO no augura necesariamente un éxito, pero la responsabilidad de los dirigentes de uno y de otro nucleamiento consiste en recuperarse de sus propios atolondradores para saltar luego a una política grande de convergencia capaz de articular nacionalmente lo que ya demostró ser social y culturalmente homogéneo: el 50 por ciento del voto opositor del 14 de mayo. Ya están en marcha en esa dirección algunas experiencias provinciales. Aunque todavía sean casi exclusivamente defensivas pueden ser un antecedente para la única tarea que podrá rescatarnos de estos tiempos oscuros. □

La nueva oposición

El objetivo de construir una nueva oposición a través de una institucionalización democrática implica, necesariamente, superar los actuales límites de partidos y grupos, proyectándose con claridad hacia el conjunto de los actores sociales capaces de insertarse con compromiso en un nuevo bloque político-social de alternativa.

Edgardo Mocca

La paradoja de la realidad argentina consiste en que, en momentos en que el gobierno atraviesa su más grave crisis interna —condicionada por la calamidad de la recesión y la desocupación pero no reducible a estos fenómenos—, la oposición parece actuar bajo el convencimiento de la fortaleza creciente del poder menemista.

Crisis y estilo de gobierno

Abundan las referencias a la condición de "partido hegemónico" alcanzada por el PJ en las últimas elecciones o las más matizadas que remiten a la existencia de un "régimen" de partido predominante; en un caso estamos ante un grosero estiramiento conceptual de la categoría de "partido hegemónico" que en el léxico sartoriano presupone el vaciamiento de la escena competitiva entre partidos y la monopolización de recursos políticos en manos de una de las fuerzas; en el otro se trata del empleo de una categoría —"régimen de partido predominante"— que en nuestra realidad carece de relevancia y capacidad operativa: en efecto, si hay plena libertad de competencia, todo el significado de "predominio" se reduce a que el partido de marras gana varias elecciones consecutivas. En otras palabras: si

estamos ante un sistema de partido hegemónico es vano todo intento de modificar la realidad dentro del régimen institucional, si, en cambio, es un sistema de partido predominante todo lo que hay que lograr es ganarle las elecciones.

Se dirá que no es la primera crisis económica grave que atraviesa el tándem Menem-Cavallo, pero es evidente que la actual tiene un rasgo de profundidad y una perspectiva de prolongación en el tiempo que no tuvo ninguna de las anteriores. Pero además hay una especificidad política: la combinación del pozo recesivo con la apertura de la carrera por la sucesión presidencial, que se lanzará en plenitud desde de 1997 pero que ya ha comenzado a insinuarse y a girar los pasos de cada uno de los actores principales del gobierno. Los incentivos para cerrar filas en torno a la conducción política y económica —que no han desaparecido— entran en una etapa de progresivo declive: ya no existe, por lo menos hasta ahora, la seductora y excluyente promesa reeleccionista que calmaba las recurrentes tempestades políticas interiores del elenco gobernante antes del 14 de mayo.

Pero aun por detrás de estos dos planos visibles de la crisis hay una instancia menos evidente pero digna de considerarse: es el problema del estilo político de la cumbre menemista que no es, por cierto, ajeno a la cultura política general del país. Es el estilo del decisionismo personalista, de la democracia entendida sin componente republicano —es decir sin división de poderes, sin deliberación, con la mínima consideración de los derechos de la minoría—. Se trata de una manera de pensar y hacer política que resul-

tó profundamente funcional a los requerimientos de orden y gobierno que atravesaba a la sociedad argentina en 1989 y cuyos ecos alcanzaron para reproducir la victoria en 1995. Argentina —a diferencia, por ejemplo, del Brasil actual— produjo transformaciones estructurales de inédita profundidad en el marco de un casi absoluto vaciamiento de las arenas institucionales de deliberación, de un repliegue estrepitoso de la oposición política y

de una dispersión generalizada de las organizaciones sociales representativas. Este estilo menemista, heredero de las tradiciones populistas de los grandes movimientos políticos argentinos de este siglo, es inmejorable cuando se trata de avanzar sobre tierra arrasada y alcanza para instalar orden en el caos político. Pero ¿qué pasa cuando este orden aparece al desmenuarse con to-

das sus implicancias sociales, largamente ocultadas por circunstancias internacionales favorables?, ¿qué pasa cuando el líder ya no cuenta con el pasado hiperinflacionario exaltado hasta ser convertido en un mito como legitimador de su proceder prepotente y antirrepublicano? Cuando la situación demanda equilibrio, deliberación, consenso, sinceramiento político ¿alcanza con la apelación a la fe en el líder providencial y en el tecnócrata omnisapiente?

Ciertamente, los interrogantes aquí planteados —en el caso de que fueran pertinentes— no pueden responderse en referencia exclusiva al gobierno y su relación con la sociedad; interesa el conjunto del sistema político y, sobre todo, la calidad de la oposición. La quiebra del monopolio de la condición opositora en manos de la UCR, profundizada en las últimas elecciones, invi-

Ada Korn Editora

FREUD OTRA VEZ EXPLORACIONES Y DIVERTIMENTOS

de

PETER GAY

Son ocho ensayos sobre temas como la pasión con que Freud tomó partido en la polémica sobre la identidad de Shakespeare, el por qué de la elección de los nombres de sus hijos, los "chistes serios" sobre judíos con que ilustraba sus charlas y escritos y la presunta relación amorosa con su cuñada, entre otros.

Uruguay 651



Buenos Aires

ta a un examen de esa nueva circunstancia en relación con las posibilidades de generar una alternativa progresista, moderna y viable al predominio menemista.

La oposición está dividida; a primera vista esto entraña un problema adicional a la hora de pensar una estrategia alternativa. Pero tanto o más significativo que lo anterior parece ser que el mensaje electoral del FREPASO enriqueció a la luz política en el país; la sacó de una vida entre identidades conformadas y cristalizadas y puso en escena la crisis de un clivaje político surgido en una Argentina que, después de lo que Halperin Donghi llamó una larga agonía, terminó por estallar en 1989. El Frente instaló la incertidumbre sacando a la luz el estado de sospecha en el que una franja importante de la población vivía respecto de los grandes partidos tradicionales.

Parece superficial plantear el debate en términos de cuál es el partido de oposición en mejores condiciones de encabezar un proyecto alternativo. Así reducido el problema, el radicalismo enarboló sus importantes recursos institucionales —gobiernos provinciales, bancas parlamentarias— y sus añejas tradiciones partidarias, mientras el FREPASO sostendrá sus aspiraciones en los cinco millones de votos obtenidos en las elecciones presidenciales y en la indiscutible credibilidad que mantienen sus principales referentes. Los que se inclinan a situar la polémica en esos términos se ven en el caso de competir en la radicalidad de sus diferencias programáticas con el menemismo, elaborando a esos efectos plataformas basadas en el clásico

repertorio progresista.

Perspectivas y problemas de la nueva oposición

La discusión que consideramos pertinente es cómo construir una nueva oposición y esto no por la intención de adueñarse del prestigio propio de la novedad, sino porque hay una nueva realidad estructural y cultural en la Argentina y porque quienes han hegemonizado su diseño constituyen una coalición político-social también nueva. Hay, en fin, un nuevo conservadurismo sólidamente instalado

en la cultura y en las creencias ciudadanas; la alternativa progresista no termina, en cambio, de romper sus lazos con el pasado. Por eso es que existe el peligro de que de esta crisis pueda emerger todavía más fortalecida la cultura política autoritaria que concibe a las instituciones republicanas como un molesto obstáculo para la adopción de las medidas que los infalibles tecnócratas tendrán una vez más preparadas para la solución del drama.

El crédito para la nueva fuerza de oposición emergente permanece abierto, favorecido por el prolongado *impasse* del radicalismo y el nuevo estado de un gobierno en sus manos —en este caso el de la provincia de Córdoba—. El FREPASO vive un instante crucial para la definición de su rum-

bo político y mucho parece depender de su capacidad para autodefinirse con más realismo que el que hasta ahora parece predominar. Reconocerse a sí misma es una tarea de por sí gigantesca

para una fuerza que en poco más de un año pasó de ser una aglomeración de grupos de casi nula representatividad política a una conjunción electoral capaz de convocar un 30 por ciento de los sufragios. Muchas de las autointerpretaciones a cargo de diferentes grupos lucen cargadas de soberbia y tienden a explicar el salto como un fruto de un "lento proceso de acumulación" tras el cual el discurso de la fuerza fue

finalmente comprendido por el pueblo. La capacidad de reconocer el proceso que arrancó del Frente Grande y desembocó en el FREPASO como un subproducto de la crisis de la credibilidad en los políticos tradicionales —especialmente el radicalismo después del pacto de Olivos— sería un punto de partida apropiado para encarar una etapa tan exigente como la actual. Sobre todo porque estaría señalando el peligro de que esta desconfianza generalizada en la clase política termine por consumir también las expectativas en el Frente; de ese modo podría abrirse paso una visión más prudente de la realidad y un replazo de prácticas sectarias e ideologistas por una mayor apertura a la sociedad.

¿Qué es lo que está rechazando esa

parte considerable de la sociedad que votó al FREPASO? La respuesta a ese interrogante —no sencilla ni reducible a las estadísticas que proveen los estudios motivacionales— podría ser la materia prima desde la cual se elaborara el perfil de la nueva oposición. No se sugiere aquí la renuncia a las pertenencias y a las historias de individuos y grupos que componen el Frente sino el desafío de darle forma y expresión política a un anhelo difuso e impreciso que crece en la sociedad. No se pretende ignorar aquí la importancia de los programas económicos alternativos, sobre todo en circunstancias críticas como las actuales, pero sí resulta altamente problemático que una plataforma de medidas económicas alcance para generar imagen de alternativa política.

Ajena al moralismo antipolítico de cierto neoconservadurismo, la nueva oposición puede representar una ética sustentada en una concepción política y en instituciones que la consoliden y reproduzcan. En épocas como ésta de padecimientos masivos producto de la calamidad del desempleo, se agudiza el repudio ciudadano a la ostentación impúdica del poder y la riqueza, el rechazo al triunfalismo y la prepotencia, el hastío por los politiqueros obsesionados por los espacios del poder y alienados de la relación entre sus cargos y las prioridades sociales. No son las apelaciones a los hombres buenos sino el recurso a la institucionalidad que ponga freno al abuso de los poderosos e instale en la escena política la voz de los que han pagado el costo principal de los cambios de todos estos años lo que puede mostrar al Frente como "lo otro" de la política argentina. Podrán aparecer como "nuevas", y no sólo autodenominarse como tales, aquellas prácticas que apunten contra la disociación histórica entre libertades públicas y orden, entre ciudadanía política y ciudadanía social,



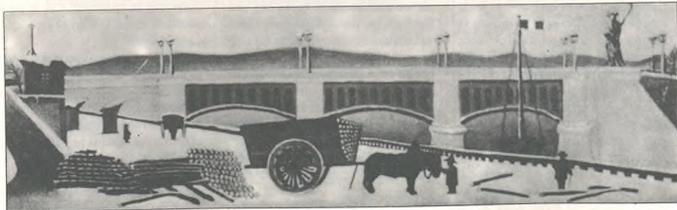
obstaculizan toda visión que atienda a una racionalidad de conjunto. Tampoco el formato populista-movimentista que concentra el poder de decisión en el líder y en quienes tienen más cercanía física con él acompaña con un proyecto de oposición como el que aquí se propone. Una y otra mentalidad, hijas de la tradición de la izquierda clásica y del populismo en nuestra sociedad, tienen en común cerrar la política a todos aquellos que no consentían en incorporarse a tales prácticas y que en otras condiciones podrían aportar su esfuerzo, su saber técnico, intelectual o político o su ascendente social. Si no se trata de crecer solamente para jerarquizarse como oposición sino de aspirar a gobernar el país, habrá que convenir que los grupos hiperideologizados y los entornos de los líderes poco aptarán en esa dirección.

entre equidad social y legitimidad republicana. No se trata de oponer al menemismo conservador del "modelo" Menem-Cavalla la nueva certeza incombible de un nuevo "modelo" progresista o popular, sino de instalar la convicción de que ningún programa económico prosperará sin el surgimiento y desarrollo de prácticas políticas cooperativas y propicias al consenso; que no prometan "Argentinas potencia" sino un país que, en el marco de la globalización, desarrolle sus potencialidades y se oriente a un grado superior de integración social y justicia distributiva.

No parece demasiado artificial conectar ese perfil político a escala nacional con la apertura a nuevas prácticas políticas partidarias. La apuesta a la institucionalidad, a la deliberación y al consenso en el plano político general se llevan mal con el culto a la proliferación infal de grupos y subgrupos que se autolegitiman con discursos ideológicos y devienen máquinas de acumular posiciones reales o ficticias mientras

La convocatoria a una institucionalización democrática de la nueva oposición debería traspasar las fronteras de partidos y grupos, extenderse con generosidad al mundo del trabajo, la producción y la cultura y apuntar no a la conservación mezzuina de tal o cual etiqueta sino a la gestación de un nuevo bloque político-social alternativo al menemismo.

Nada indica que marchemos fatalmente hacia la instalación de un régimen de partido hegemónico; ni siquiera está definida la tendencia hacia un predominio demasiado largo del actual partido de gobierno. Si los que procuramos una oposición nueva, progresista y moderna somos conscientes de la modestia de nuestra situación y, al mismo tiempo, abrimos una oportuna deliberación sin prejuicios ideológicos sobre el proyecto a elaborar; si además no lo reducimos a una plataforma circunstancial sino lo proyectamos hacia el desarrollo de una nueva cultura política, entonces sí serán posibles más cosas de las que hoy se piensan. □



Hegemonía vs. hegemonía: el caso Córdoba

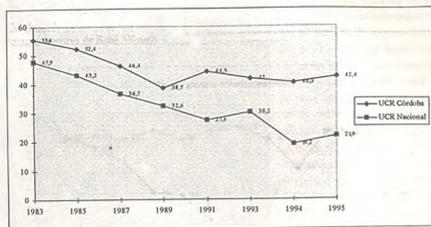
Aunque no se puede decir que la salida de Angeloz implique el fin del predominio radical en Córdoba, no es éste el primer caso, a lo largo de la era menemista, en que un aparato partidario capaz —en términos de movilización, recursos y organización— de oponer su propio proyecto al gubernamental, intente ser incorporado, fagocitado o destruido por el oficialismo.

María Braun y Helena Rovner*

Ya un mes antes de las últimas elecciones, Natalio Botana advertía desde las páginas del diario *La Nación* que la verdadera normalidad democrática sólo se alcanzaría normalizando el problema de las sucesiones de los gobiernos. "[...] Una alternancia pacífica entre gobiernos dispuestos a dejar el poder con modestia y oposiciones responsables",¹ norma de juego sin la cual no puede pensarse en una democracia que nos permita, por lo menos, saber que entre la fecha de hoy y la fecha de asunción del próximo gobierno, de acuerdo o no, contaremos con los mismos responsables en el poder, a salvo de sobresaltos y emergencias. En suma, la tan mentada previsibilidad, base de las acciones orientadas a la petición, la queja o el reclamo.

No fue esta certidumbre propia de democracias normales la suerte de los atribulados ciudadanos cordobeses. Prácticamente de la noche a la mañana, la renuncia del gobernador Angeloz implicó, si no un cambio de partido gobernante, el quiebre de un orden de sucesión normal y predecible, así como la forzada despedida del poder de uno

Cuadro 1
Votos a Diputados Nacionales. UCR Córdoba/UCR nacional



de los líderes políticos del actual período democrático más referendados, tanto por los resultados electorales como por su imagen entre la opinión pública (ver cuadros).

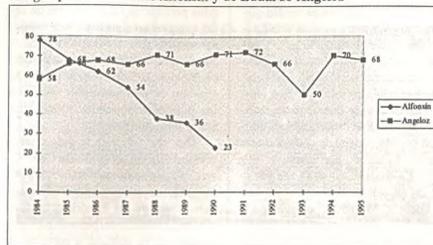
Sin poner sobre el tapete las expresadas hipótesis de la gran conspiración contra el gobierno provincial, sí es conveniente repasar ciertos datos de la historia reciente que ayudan a reflexionar acerca del inesperado derumbe y caída. Ateniéndonos simplemente a los datos electorales, baste recordar que, considerando las últimas ocho elecciones nacionales, sólo tres dirigencias partidarias provinciales lograron vencer una y otra vez, sin excepción, en sus propios territorios: el justicialismo en La Rioja y Formosa, el autonomismo en Corrientes y el radicalismo en Córdoba. A diferencia de estas provincias, sin embargo, en el caso cordobés no puede argumentarse que esta fidelidad electoral se deba a prácticas paternalistas de cuño feudal, ligadas con la miseria extrema, la marginalidad o el analfabetismo; la provincia de Córdoba exhibe, aun en la crisis, *standards* de desarrollo social y económico más parecidos a los del sostenidamente independiente electorado de la Capital Federal que a las provincias mencionadas.

¿Maquiavelo se equivocó?

Dice Maquiavelo en *El Príncipe* que un soberano "...debe inquietarse poco de las conspiraciones cuando el pueblo le tenga buena voluntad; pero, cuando le sea contrario, debe temerle a todo y a todos".² Sin embargo, si aceptamos que el apoyo de los ciudadanos a sus gobernantes puede medirse a través de los datos de opinión pública, puede sostenerse que no había ningún indicador que permitiera prever un descontento capaz de terminar con el gobierno de la provincia de Córdoba.

Se ha insistido en comparar la renuncia y retirada de Angeloz con la del ex presidente Raúl Alfonsín, ambos incapaces de enfrentar el desgobernado en que los había sumido una acuciante crisis económica. Sin embargo, comparando la curva conformada por la imagen positiva de estos dirigentes a lo largo de sus respectivas gestiones, puede observarse que, mientras la de Alfonsín desciende conforme el desgaste producido por el poder y el acrecentamiento de la crisis, la de Angeloz se mantiene en valores superiores al 50 por ciento, ubicándose alrededor de los 70 puntos pocas semanas antes de que comenzara el conflicto. Además de prácticamente no

Cuadro 2³
Imagen positiva de Raúl Alfonsín y de Eduardo Angeloz



haberse desgastado a lo largo de sus casi tres mandatos (en valores promedio, la imagen de Angeloz se sostuvo en niveles bastante más altos que la del propio Menem a nivel nacional) la alta imagen positiva de Angeloz nunca exhibió diferencias significativas entre la capital de la provincia y el interior, ni entre los distintos estratos sociales.

Una breve reseña del estado de la opinión pública en Córdoba muestra que, a pocas semanas del inicio del conflicto y ratificando una tendencia que se expresó sistemáticamente a lo largo de los años del gobierno de Angeloz, existía entre la opinión pública cordobesa la percepción de una ventaja comparativa de Córdoba por sobre las demás provincias. A comienzos de 1995, en efecto, un 70 por ciento de los cordobeses opinaba que Córdoba se hallaba en mejor situación que el resto del país. Y mientras sólo un 24 por ciento creía que la situación del país era buena, para la buena evaluación de la situación de la provincia esta cifra alcanzaba al 41 por ciento.

Tanto los estudios cuantitativos como cualitativos realizados muestran un balance positivo del gobierno en cuanto al cumplimiento de las promesas electorales: en diciembre de 1994 un índice relativamente alto de personas (el 53 por ciento) consideraba que el gobierno de Angeloz había cumplido totalmente o en parte importante sus promesas. Y entre quie-

nes consideraban que las promesas se habían cumplido sólo parcialmente, un segmento importante (el 45 por ciento) atribuía este incumplimiento a la crítica situación general del país o a la falta de apoyo por parte del gobierno nacional.

De esta forma, muy poco tiempo antes de las elecciones y en un contexto de crisis nacional, la población manifestaba una mayor demanda de continuidad que de cambio en relación a la próxima gestión: en diciembre de 1994, en lo que puede ser leído como un claro indicador del apoyo a la gestión de Angeloz, el 60 por ciento de los cordobeses se inclinaba por pocos o nulos cambios para el gobierno provincial que debería surgir en mayo de 1995.

A modo de resumen puede decirse que el apoyo a la gestión del gobierno radical en Córdoba se basaba, fundamentalmente, en una evaluación positiva en relación a dos tipos de cuestiones:

1. Por un lado, la percepción de una alta preocupación del gobierno por los temas sociales. Un programa social —el PAICOR— es sistemáticamente mencionado en las encuestas

como el principal logro de la gestión y ocupa un lugar importante en la caracterización del gobierno provincial como un gobierno que "se ocupa de los problemas de la gente".

2. La percepción de la figura de Angeloz como un gobernante preocupado por defender los intereses de la provincia. Durante muchos años Angeloz mantenía a la provincia en una situación razonablemente estable y aun de progreso en el contexto de la crisis generalizada del país. Fue así como la negativa de Córdoba a firmar el Pacto Fiscal funcionó simbólicamente como uno de los puntos más fuertes de legitimación de la figura de Angeloz como defensor de los intereses de los cordobeses. La insistente negativa a la firma de este pacto fue reivindicada, en efecto, como una justa petición de los principios del federalismo y de la independencia respecto del gobierno central.

Del predominio a la hegemonía

En 1994, la editorialización de un diario cordobés⁴ insospesado de favoritismo hacia el gobierno provincial advertía premonitoriamente la estrategia menemista de aliarse con el gobernador en tanto su modelo reeleccionista —la reforma constitucional que permitiera un período de seis más dos períodos de cuatro años— favoreciera la reelección presidencial, para abandonarlo a su suerte en cuanto este proyecto se tornara una realidad.

No resulta poco llamativo que la negociación entre el gobierno nacional y el nuevo go-

bierno provincial haya girado alrededor de la firma del Pacto Fiscal. La disputa acerca del Pacto no habla tan sólo de una u otra distribución de recursos económicos sino también de

Resulta llamativo que la negociación entre el gobierno nacional y el nuevo gobernador provincial haya girado alrededor de la firma del Pacto Fiscal. La disputa no habla tan sólo de una u otra distribución de recursos económicos sino también de una u otro proyecto hegemónico.

una lucha por la imposición de uno u otro proyecto hegemónico. Cuando Angeloz conceptúa al Pacto como una "imposición que sólo podría permitir un Estado vencedor a un Estado vencido"⁵ la imagen construida es la de Córdoba y la Nación como dos estados de idénticas naturaleza y capacidades compitiendo por algo que sólo pertenece legítimamente a uno de ellos.

Si definimos, con Botana, a la hegemonía como —más allá de la falta de alternancia en el poder— una confusión y superposición entre Estado, gobierno e instituciones, podemos pensar en la crisis cordobesa como la finalización de ese enfrentamiento entre dos hegemonías a partir del claro triunfo del gobierno nacional. Apenas una semana después de la renuncia de Angeloz, el crédito a Córdoba, impedido anteriormente por todos los medios al alcance del poder central, es otorgado bajo prácticamente la única condición de ingresar al Pacto Fiscal de no cumplirse los plazos fijados.

Lo ocurrido en Córdoba plantea varias cuestiones:

1. Luego de once años de una gestión con niveles de apoyo poco frecuente (desde el sentido común hasta la bibliografía más sofisticada sostiene que el poder desgasta) Angeloz se ve obligado a renunciar en medio de un clima de empleados públicos enardecidos. Si bien es obvio que la lectura de los datos hace imposible pensar en

la caída del gobierno provincial como producto de un malestar popular duradero y masivo, también es verdad que el efecto tequila mostró las debilidades del esquema utilizado por el gobierno provincial para financiar el gasto público. A Angeloz lo derribó no solamente el gobierno nacional sino también un sistema de liderazgo hegemónico cuya falta de capacidad para contener las crisis quedó en evidencia con la crisis financiera cordobesa.

2. La crisis cordobesa pone por lo menos en peligro la eventual capacidad de Angeloz para repositonar a la UCR como principal partido de la oposición desde la presidencia del Comité Nacional. Esto habla, por una parte, de la extrema debilidad de la oposición y, por otra, de la clara estrategia gubernamental de desarmar, con todos los medios disponibles, cualquier intento de reconstruir oposiciones sólidas.

3. Aunque no se puede decir que la salida de Angeloz implique el fin del predominio radical en Córdoba, no es éste el primer caso, a lo largo de la era menemista, en que un aparato partidario con capacidad —en términos de movilización, recursos y organización— de oponer su propio proyecto al gubernamental, intente ser incorporado, fagocitado o destruido. Una historia que comienza con el propio justicialismo de la capital, la UCD y el radicalismo capitano, para proseguir con el radicalismo cordobés (salvado por el momento el peronismo bona-

rense) convierte a la época del menemismo en una gran catarata de aparatos partidarios fuertes. El fin de estos aparatos no significa, lamentablemente, un acrecentamiento de la transparencia representativa o de la participación popular, sino la emergencia de espacios de representación vacíos en los cuales intenta asentarse su hegemonía la facción oficialista.

Una vez más vale la pena encuadrar la reflexión sobre el caso Córdoba en el pensamiento de Botana, particularmente en sus reiteradas advertencias acerca de las históricas tendencias hegemónicas del peronismo vigorizadas, en su opinión, a partir de la firma del Pacto de Olivos y la reforma de la Constitución. Sabiendo que la búsqueda de la hegemonía es una batalla lanzada, Botana advierte a la oposición acerca de la necesidad de utilizar, en su contra, "cada coalición provincial como banco de prueba de un desafío mayor: demostrar que la gobernabilidad es posible más allá del período delineado por el partido gobernante".⁶ □

Notas

¹ María Braun es socióloga. Hasta 1994 co-dirigió el Estudio Catterberg-Braun y Asociados. Actualmente dirige la filial Argentina de la empresa británica MORI (Market & Opinion Research International). Helena Dwyer es licenciada en Ciencia Política y profesora de la Universidad de Buenos Aires.

² Natalio Botana, "De cara al 14 de mayo", *La Nación*, 19/4/95

³ Nicolás Maquiavelo, *El príncipe*, Bruguera, Barcelona, 1983, p.156.

⁴ Las encuestas de las cuales han sido tomados los datos que presentamos en este cuadro fueron realizadas en la Secretaría de Información Pública (1984-87), y en las Consultoras Estudios (1987-90), Edgardo Catterberg y Asociados (1990-93), Catterberg-Braun y Asociados (1993-94) y MORI Argentina (1995). Los datos relativos a la imagen de Angeloz están basados en encuestas realizadas en la Provincia de Córdoba; los relativos a Alfonsín lo están en encuestas realizadas en los principales centros urbanos del país: Capital Federal, Gran Buenos Aires, Rosario, Córdoba, Mendoza y Tucumán.

⁵ *La voz del interior*, 29/3/94.

⁶ Discurso de Eduardo Angeloz transmitido por cadena provincial en septiembre de 1993.

⁷ Natalio Botana, "Qué lugar le queda a la oposición", *Clarín*, 8/6/95.

Un año más tarde, las promesas incumplidas de la reforma constitucional

En este trabajo el autor realiza una breve reflexión sobre un tema relevante: la ventura de la reforma constitucional, tras haber pasado un año de que la Asamblea Constituyente finalizara sus sesiones.

Roberto Gargarella

La particular situación que me motiva a escribir este trabajo es la siguiente: han pasado ya varios meses del dictado de la Constitución y muchas de las reformas aprobadas, y que más interesaban a —lo que voy a llamar— el "pensamiento progresista", no han recibido una implementación práctica satisfactoria. Ello debido, en algunos casos, a que no se han dictado las normas reglamentarias requeridas para ejecutar las reformas (por ejemplo, para implementar los sancionados mecanismos de participación política directa; para dotar de mayor autonomía a la ciudad de Buenos Aires, etc.) y, en otros casos, debido a que las reglamentaciones que aparecen propuestas distorsionan los objetivos de las particulares reformas en cuestión (piénsese, por caso, en el Consejo de la Magistratura o en el jefe de gabinete). El criterio que guía estas líneas es que, frente al modo habitual en que el partido en el gobierno ejerce el poder (que, en mi opinión, suele mezclar algo de prepotencia, de arrogancia y de cinismo), la actitud de la oposición es irracional, en su desconcertada "espera" por que el gobierno cumpla con la palabra empeñada. A mi entender, esta situación se explica a partir del polémico modo como fue llevado adelante el proceso constituyente y que es coherente, en definitiva, con el modo en que suele ejercerse

la política en nuestro país.

Argumentación vs. negociación

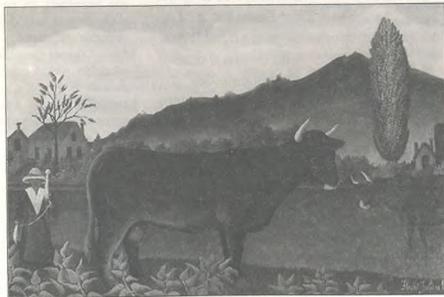
Según Jon Elster, los procesos constituyentes suelen moverse entre dos modelos posibles, relativamente opuestos entre sí. Un modelo es el de la argumentación y el otro el de la negociación.¹ De acuerdo con el primer modelo, los constituyentes tienen a acordar principios de organización institucional luego de presentar y discutir argumentos en un debate habitualmente abierto al público y seguido de cerca por la ciudadanía. Los ciudadanos o sus representantes, convencidos de la validez o aceptabilidad de las propuestas acordadas, las implementan y las respaldan con la autoridad del Estado. El objetivo final, en este caso, es el de hacer prevalecer los mejores argumentos, por sobre todo tipo de intereses privados o grupales. Esta pre-ocupación por la imparcialidad puede tener características consecuencialistas (por ejemplo, promover el crecimiento económico), o no-consecuencialistas (por ejemplo, proteger los derechos individuales). De algún modo, el proceso constituyente que tuvo lugar en Francia, a fines del siglo XVIII, se inscribió dentro de este primer modelo, a través de sus sesiones abiertas a un público ampliamente participativo y de debates orientados a hacer prevalecer, ante todo, el peso de las buenas razones.

De acuerdo con el segundo modelo citado, el de la negociación, los constituyentes aparecen representando a particulares intereses o grupos de

intereses, y negocian entre sí el modo de distribuir/equilibrar el poder político. En este caso, el intercambio de argumentos tiene poco o ningún espacio; las negociaciones tienden a llevarse a cabo a puertas cerradas, o en reuniones a las que el público general tiene limitado acceso, y los intereses de los grupos más poderosos tienden a obtener ventajas especiales, más allá de la aceptabilidad de tales ventajas en términos del interés general. Las medidas acordadas, en este caso, suelen tener un carácter básicamente consecuencialista. De algún modo, el proceso constituyente que tuvo lugar en los Estados Unidos, a fines del siglo XVIII, se inscribió dentro de este segundo modelo, a través de sus sesiones cerradas, con prácticamente ninguna participación popular, y reuniones en donde resaltó la contraposición y el enfrentamiento entre intereses diversos (estados chicos vs. estados extensos, deudores vs. acreedores, etc.).²

Argumentación vs. negociación en la Argentina

La referida distinción entre modelos sólo tiende a clasificar de modo amplio formas de comportamiento diferentes, que en la realidad suelen presentarse a través de formas más grises o "impuras". De todos modos, cabría decir que el proceso constituyente que se dio en la Argentina en 1994 respondió, de modo bastante fiel, a lo que he descrito como el modelo de la negociación. Para defender esta afirmación no es necesario remontarse a los orígenes notablemente "poco públicos"



de la reforma (así, en el famoso y nunca clarificado Pacto de Olivos). Basta, según creo, con remitirse al modo como funcionó la Asamblea Constituyente, respecto de la cual, y por distintas y explicables razones, la ciudadanía tendió a sentirse marginada. Recuérdese, por ejemplo, la poca difusión pública de los debates, la sensación de que "todo estaba arreglado de antemano" e inspirado por razones distantes del interés común, la falta de vocación de los constituyentes por conocer la opinión de los ciudadanos, las muy acotadas discusiones genuinas en el recinto, la intensa presencia de grupos de interés, etc.

Notablemente, muchas de las reformas que se introdujeron o se evitaron tuvieron que ver con la actividad persistente de ciertos grupos, ejerciendo sus presiones. Así, por ejemplo, en casos tan relevantes como el del derecho al aborto, que enfrentó a sectores feministas con sectores vinculados a la Iglesia o en otros igualmente significativos como el derecho a la educación, los derechos de los indígenas, etc. Dentro de este marco general de "negociación", los constituyentes oficialistas aceptaron incluir muchas de las reformas solicitadas por el radicalismo —tendientes a limitar el sistema hipersiderialista y dotarlo de mayores controles— y por la izquierda —tendientes a aceptar algunos reclamos tradicionales del progresismo (mayor participación popular, derechos humanos, etc.)— a cambio de un único gran objetivo, la reelección presidencial, que motorizó básicamente todo el proceso de negociación constitucional.

La reforma constitucional, en definitiva, apareció como un proceso apagado y bastante caótico de "pura negociación", a pesar de las buenas intenciones y/o la brillantez de algunos de los constituyentes y técnicos que participaron de ella. Corresponde aclarar, además, que al decir que el proceso constituyente estuvo dominado por la "negociación" no pretendo sugerir que haya sido un proceso espurio. Todos sabemos que la política no es la filosofía y que la negociación



no sólo es necesaria e inerradicable sino también, muchas veces, un remedio deseable. De todos modos, y a pesar de lo dicho, conviene destacar que la poca discusión de argumentos, y muy en particular la poca discusión pública de argumentos, resulta en enfermedades institucionales muy graves como, por ejemplo, la pérdida de legitimidad de la política. Pero además, la discusión pública es relevante debido al modo en que contribuye a enriquecer las decisiones políticas, dotándolas de un mayor grado de imparcialidad.¹

Debido a razones como las mencionadas, el protagonismo casi exclusivo de la "negociación" dentro del proceso constituyente, resulta preocupante. Mucho peor cuando dicho proceso se inserta, como en nuestro caso, dentro de un modo general de "hacer política", revestido de las mismas características. Esto es, la "pura negociación" que se dio en la constituyente resulta coherente con el modo en que se "hace política" en la Argen-



tina. En nuestro país, como en tantos otros (pero seguramente de modo más grave que en otros), la falta de discusión pública (o, su contracara, el dominio de la "mera negociación") resulta más o menos evidente. Esta falta de discusión aparece, por ejemplo, en relación con: la "pérdida" del carácter deliberativo del Congreso (frente al aumento correlativo de la capacidad de organización y presión de grupos de interés de diverso tipo); la incapacidad estructural del parlamento para representar a "toda" la sociedad (una sociedad cada vez más heterogénea, fragmentada en una diversidad de minorías); las enormes dificultades de la ciudadanía para acceder, controlar y aun conocer (1) a los representantes políticos; la falta de incentivos y apoyo del Estado a la política extra-parlamentaria (que podría orientarse, por ejemplo, a ayudar a organizar y consultar a los grupos representativos de los sectores más débiles de la sociedad —jubilados, desocupados, inmigrantes, homosexuales, etc.—); el hecho de que los medios de comunicación estén controlados, básicamente, por aquellos que tienen dinero para acceder a ellos (que es tan indeseable como la confusión entre pluralidad de medios informativos y pluralismo informativo); el desprecio o la persecución gubernamental al pensamiento crítico (piénsese, por ejemplo, en el presupuesto destinado a la educación y a la investigación o el tratamiento que reciben los pocos medios de difusión opoñentes), etc. En definitiva, parece que tanto dentro como fuera de la convención constituyente, la práctica que domina la política argentina se caracteriza, lamentablemente, por la falta de discusión pública.

¿Qué hacer cuando no se cuenta con una Constitución con "el poder de las hadas"?

En esta sección querría realizar una evaluación más detenida de la descripción presentada en la sección anterior, acerca del proceso constituyente argentino, su contexto y sus implicaciones para el progresismo.

Para ello, quisiera comenzar citando una curiosa metáfora utilizada por Alberdi, a fines del siglo XIX. En el 18º capítulo de sus famosas *Bases*, Juan B. Alberdi reclama "[...] una constitución que tenga el poder de las hadas, que construyan palacios en una noche".² Si la Constitución acordada tuviese, efectivamente, "el poder de las hadas" —uno podría pensar— a las fuerzas progresistas les hubiera bastado con abroquelarse en la asamblea constituyente hasta "arrancarle" al gobierno algunas reformas valiosas. Sin embargo, lo cierto es que los procesos constituyentes son muy peculiares dado que, en muchos casos, los artículos incorporados a la Constitución no son directamente operativos y requieren por ello de reglamentaciones legislativas posteriores. A raíz de esta peculiaridad que distingue a la negociación constitucional, las presiones ejercidas dentro del recinto de la Asamblea Constituyente deben extenderse fuera de él, una vez que las sesiones han finalizado (y por lo menos hasta que tales reformas se encuentren legislativamente resueltas), si es que quiere impedirse que lo acordado en la constituyente se desvirtúe en la práctica. Lo que ha ocurrido en nuestro país, en cambio, es que el gobierno obtuvo su objetivo casi excluyente (la reelección), el radicalismo agudizó su proceso de desarticulación interna y la incipiente izquierda no se concentró en su consolidación como fuerza opositora homogénea.

Dentro del marco descriptivo, obviamente, no es llamativo que el gobierno "no cumpla" con sus pretendidas promesas constituyentes. Y digo que no es llamativo, no sólo a partir de la habitualidad de este tipo de comportamientos en los miembros del gobierno, sino fundamentalmente debido a la modalidad "negociadora" con que normalmente se actúa en política dentro de nuestra sociedad. La actitud de las fuerzas opositoras, en una situación que la bosqueja, resulta muchas veces irracional, en sus protestas de "niño enojado" frente al gobierno: la oposición no puede actuar como si se encontrase en un contexto de "argu-



mentación". No puede actuar con la certeza de que el gobierno va a dar cumplimiento a la palabra empeñada en un proceso constituyente de "pura negociación". Sin embargo, eso es lo que hace, a veces por pereza, a veces por ineptitud, a veces por el descreído que la acorrala, a veces por su propia inarticulación: espera y reclama, como si el gobierno estuviera argumentativamente convencido de las reformas acordadas o animado a actuar como un actor imparcial.

Entiendo que, dado el contexto político en el que nos movemos, la actitud que le corresponde asumir a la oposición en general, y al progresismo en particular, tiene que ver con una de las dos siguientes: I) Una posibilidad, es la de resumir —ahora, fuera de la Asamblea Constituyente— la actitud que se asumió, muchas veces, dentro de ella. Esto es, resumir la actitud de abroquelarse frente al gobierno, para "arrancarle" a éste lo que éste no está dispuesto a otorgar. Esta solución implica, entonces, reconocer que el juego que se juega es el de la "pura negociación" y tratar de jugarlo del modo más eficiente posible. II) La otra posibilidad, a mi criterio más atractiva, viene a complementar en un prin-

cipio, pero en definitiva) a reemplazar a la anterior, e implica una toma de posición normativa muy fuerte. En este caso, se reconoce que el juego de la "pura negociación" es de los menos aceptables, si es que se valora un ideal como el de la democracia deliberativa.³ Lo que se debe buscar, conforme a esta opción, es favorecer la expresión de los ciudadanos y promover la discusión entre ellos (búsqueda que en absoluto se identifica, meramente, con "permitir la expresión de todos los grupos de interés" ni con "consultar regularmente al pueblo" a través del sufragio —o, menos aun, Dios nos guarde, ¡a través de encuestas de opinión!). A mi juicio, esta segunda alternativa, orientada a reconstruir o construir las bases del diálogo público, resulta, por un lado, conveniente para el propio autointerés de la clase política (amenazada por el grave descreído que sufre). Pero, por sobre todo, la alternativa de la argumentación resulta la más valiosa, ante la inmoralidad cada vez mayor de la política ejercida como simple intercambio de privilegios. □

Notas

¹ Véase, por ejemplo, Jon Elster, "Constitutional bootstrapping in Paris and Philadelphia", *Cardozo Law Review* 14 (1993), 549-76; "Argumenter et négocier dans deux assemblées constituantes", *Revue Française de Science Politique* 44 (1994), 187-256.

² Me extendiendo al respecto en *Nos los representantes* (Ed. Miño y Dávila, Buenos Aires, 1995).

³ La conexión entre discusión pública e imparcialidad ha sido extensamente fundada en la literatura filosófica contemporánea. En nuestro país, Carlos Niño ha realizado un excelente análisis al respecto. Véase, por ejemplo, *Ética y derechos humanos* (Ed. Astrea, Buenos Aires, 1989).

⁴ Juan B. Alberdi, *Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina* (Plus Ultra, Buenos Aires, 1987), cap. XVIII.

⁵ Véase, en la descripción de este ideal, Joshua Cohen, "An Epistemic Conception of Democracy", *Ethics* 97 (octubre de 1986): 26-38; Bernard Manin, "On Legitimacy and Political Deliberation", *Political Theory*, vol. 15, Nº 3 (agosto de 1987): 338-368; Carlos Niño, "The Foundations of the Deliberative Conception of Democracy" (Manuscrito, Buenos Aires, 1992).

Desempleo

El nuevo problema de los argentinos

Luego de los repetidos intentos puestos en marcha con la intención de salir al cruce a la crisis del desempleo, parece claro que el gobierno no sabe qué hacer al respecto. Las medidas propuestas no apuntan más que a una limitada idea de flexibilización del mercado de trabajo, perspectiva que está lejos de ofrecer un camino de salida a un tema que desborda la coyuntura.

Oscar Cetrángolo y Laura Golbert

El 19 de julio la información sobre los niveles de desocupación alcanzados en la Argentina fue la nota principal de los medios: había trepado hasta el 18.6 por ciento, nivel no registrado hasta ese momento en la historia argentina. La información fue provista por el INDEC que, a través de la Encuesta Permanente de Hogares (EPH), realiza dos veces por año un seguimiento de las variaciones ocupacionales en centros urbanos de todo el país. De acuerdo con esta encuesta, en el mes de mayo de 1995 alrededor de 2.200.000 argentinos ubicados en el tramo de edades de 15 a 64 años buscaron infructuosamente trabajo. Esta cifra es equiparable a la población total de siete provincias argentinas: Tierra del Fuego, Santa Cruz, Chubut, Río Negro, Neuquén, La Pampa y San Luis.

Si bien el comportamiento del mercado laboral en los últimos años permitía prever una elevada tasa de desempleo, sorprendió la magnitud del salto. En efecto, desde el comienzo del Plan de Convertibilidad, la tasa de desocupación ha aumentado sistemáticamente: promediando la onda de ma-

yo y de octubre de cada año se observa que en 1991 la desocupación rondaba el 6.4 por ciento, en 1992, 7 por ciento, en 1993, 9,6 por ciento y en 1994, 11.5 por ciento.

El desempleo es un mal que aqueja no sólo a los argentinos. Desde la crisis de los 70 en muchos países europeos se registran altas tasas de desempleo. El cambio de paradigma tecnológico y la reformulación del modo de acumulación se asocian con modificaciones en la organización del trabajo que derivaron en elevadas tasas de desempleo. Durante ese mismo período, el mercado de trabajo en la Argentina había acumulado tensiones cuya manifestación más visible fue el significativo crecimiento del empleo informal. Sin embargo, las tasas de desempleo no fueron importantes hasta la implementación del Plan de Convertibilidad.

Es a partir de entonces cuando la política antiinflationaria basada sobre el anclaje del tipo de cambio presionó para obtener fuertes aumentos en la productividad de los sectores de actividad que comerciaban con el exterior, generando tasas de desempleo viciosas, aun durante la expansión económica que se sostuvo hasta 1994.

En esas condiciones resultó inevitable que la recesión de 1995 determinara la duplicación de la cantidad de desocupados. Por otra parte, el aumento del desempleo y la precarización de las relaciones laborales significó la pérdida al acceso de los servicios brindados por la seguridad social de una amplia franja de la población, incluyendo a sectores de la clase media.

Por mínimas razones de equidad y justicia social en un país que se caracterizó en las pasadas décadas por su

vocación incluyente, el tema de la desocupación constituye hoy la principal preocupación del conjunto de la sociedad. En estos días se escucharon voces de distintos sectores sociales y políticos no sólo denunciando la situación sino también aportando soluciones. Sin embargo, muchas de las medidas propuestas no se hacen cargo del drama de los desocupados sino que persisten en anteponer sus intereses particulares. Las propuestas de bajar el salario, aumentar la flexibilización laboral y reducir las contribuciones patronales así lo demuestran.

Nada nos asegura que el inicio de una nueva fase expansiva resuelva el problema del empleo. Mientras siga actuando la presión para aumentar la competitividad persistirá la expulsión de mano de obra.

un círculo vicioso: la recesión que determinó el dramático aumento de los desocupados, al mismo tiempo, reduce el flujo de recursos tributarios que podrían financiar los remedios para la crisis. Lo dramático de la situación es que la reversión de ese círculo vicioso no conforma un círculo virtuoso en materia de empleo. Nada nos asegura que el inicio de una nueva fase expansiva resuelva el problema del empleo. Mientras siga actuando la presión para aumentar la competitividad persistirá la expulsión de mano de obra.

En este escenario, las políticas públicas deberían cumplir un papel destacado para enfrentar las consecuencias sociales de la desocupación. En 1991 se promulgó la Ley de Empleo, que prevé el otorgamiento de un seguro de desempleo y medidas para fomentar

puestos de trabajo. El seguro de desempleo, si bien necesario, no resulta un instrumento suficiente ni adecuado para atender la multiplicidad de situaciones que hoy se presentan. Aunque aumentar los recursos actuales del Fondo de Empleo (algo que difícilmente ocurrirá debido a la anunciada reducción de las contribuciones patronales que lo financian), el acceso a este beneficio está restringido a aquellas personas que se desempeñaban en relación de dependencia y hubieran hecho sus aportes al Fondo. De esta manera quedan excluidos los trabajadores informales que en los últimos años han quedado sin trabajo o han sufrido un importante deterioro en sus ingresos. En cuanto a los programas de fomento del empleo sólo permiten crear puestos de trabajo de corta duración y bajos salarios, pero no brindan solución al desempleo masivo como el que hoy enfrenta la Argentina.

La utilización de programas de corte asistencial destinados exclusi-

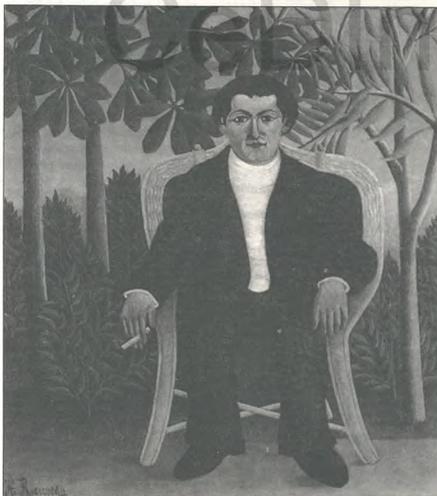
vamente a los sectores más carenciados ha suscitado innumerables debates. Algunos argumentan a favor por razones presupuestarias debido a su menor costo fiscal o de eficiencia, ya que están dirigidos sólo a quienes lo necesitan. Sin embargo, estos programas, si bien pueden significar un alivio momentáneo, presentan una serie de problemas. En principio, la tentación del uso discrecional de los fondos y la elección clientelista de los beneficiarios está siempre presente, especialmente en la Argentina. La discontinuidad de los programas es otro de los peligros que caracteriza la política asistencial de nuestro país. Por otra parte, estos programas especializados en atender casos de pobreza extrema de larga data, no resultan adecuados para atender la

heterogeneidad de situaciones de pobreza en que hoy se encuentra una buena parte de la población argentina.

Con independencia de las dificultades que presentan estos programas, es esencial la reformulación y fortalecimiento de las políticas sociales de carácter universal. Por ejemplo, no deberá sorprendernos que en el futuro cercano las demandas sobre el sistema hospitalario público crezcan al reducirse la cobertura de las obras sociales, ya en problemas. Del mismo modo, el sistema educativo público deberá recibir a aquellos sectores empobrecidos de la clase media que deban resignar su pretensión de acceder a la educación privada. Finalmente, los problemas futuros del sistema previsional serán, sin duda, de envergadura.

El financiamiento de estos programas es una cuestión clave. Los países europeos que han adquirido una amplia experiencia en políticas para asistir a los desocupados, así como en programas de creación de nuevos empleos y capacitación asignan una importante masa de recursos a esas funciones. En 1992 España destinó a estos programas el 3.6 por ciento del PBI, el Reino Unido el 2.3 por ciento, Francia 2.8 por ciento, Alemania 3.5 por ciento, Bélgica 3.9 por ciento y Dinamarca 6.5 por ciento, mientras que en la Argentina la participación de estos programas en el PBI es escasamente del 0.2 por ciento.

Para concluir, una breve reflexión. En países que sufren elevadas tasas de desempleo, especialmente los de la Comunidad Europea, parecería que hay cada vez más consenso en que para enfrentar este problema no resultan suficientes estrategias residuales de intervención sobre las manifestaciones "finales" del desempleo. Por el contrario, hay un acuerdo cada vez más extendido en el sentido de que el empleo debe ser colocado en el centro de la discusión macroeconómica. □



AGENDA

Nuestra revista ha apostado siempre a la posibilidad del surgimiento de una fuerza nueva en la que puedan converger, transversalmente, historias y personas que apuesten a una seria transformación social y política, construida sobre horizontes de gobernabilidad y no meramente sostenida en rebeldías testimoniales. En esa línea, esta sección —en la que ya intervinieron Juan Carlos Portantiero, Pablo Gerchunoff,

Beatriz Sarlo y Bernardo Kosacoff— intenta abrir la discusión sobre una agenda imprescindible de temas y problemas que tiendan a colocar los ejes sobre los que sea posible mirar, desde lo político, a este país que se viene. Hoy nos dan su perspectiva los protagonistas del encuentro llevado a cabo un año atrás en El Molino, uno de los hechos más significativos en la búsqueda de caminos hacia una alternativa de poder.

El espíritu de El Molino y los días que vendrán

José Octavio Bordón

La gran novedad política que ocurrió en la escena política de estos últimos años fue la gestación del encuentro de El Molino. Expresó el primer intento serio de respuesta al hegemonismo político al que nos llevaba la instalación del tema de la reelección presidencial.

La reforma constitucional se desarrollaba dentro de la mayor indiferencia popular porque a pesar de que en ella se discutían temas fundamentales de la Nación, la gente no ignoraba que su principal sustento pasaba por lograr la continuidad del presidente Menem y todo se subordinaba a ello.

En su libro *La máquina ignoritaria*, el ensayista francés Alain Mine sostiene lo siguiente:

No son nulas las posibilidades de que surja el partido del movimiento. Todos vemos cómo van apareciendo nuevas separaciones sobre temas de moral y de sociedad. Cada vez más líneas de fractura no pasan entre los dos campos sino en el interior de

cada campo. Siempre son los mismos los que están de un lado o del otro. En favor del orden, los viejos, los conservadores de todo tipo, los atrabilarios, los ansiosos, los temblorosos; en favor del movimiento, los jóvenes, los más activos, los más móviles, los ciudadanos que se sienten más cómodos en la vida.

Y finaliza su libro el mismo autor:

Por eso, ante lo que está en juego, surge un comportamiento que, clásicamente, responde con los principios cuando la comprensión de las cosas no se basta a sí misma. Si no podemos actuar por la certeza de triunfar, actuemos por convicción del deber... ¿Esto no supone encontrar la filosofía de los grandes debates sociales de nuestra historia?

A la incertidumbre responde la opción moral; al riesgo de fracasar, el compromiso ético; al escepticismo, la voluntad de superarlo. Sólo los principios nos permiten movernos, y no un diag-

nóstico escéptico sobre los hechos.

He aquí básicamente descriptos los fundamentos esenciales del encuentro de El Molino: la conciencia de que las estructuras partidarias tradicionales se encuentran divididas en su interior por contradicciones conceptuales insalvables, ante las cuales las simples pertenencias partidarias cada vez significan menos. Y la convicción de que la política se afía de la gente por no expresar significativamente ni principios sólidos, ni compromisos éticos, ni objetivos definidos.

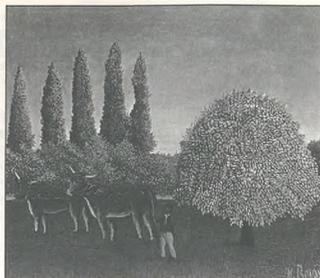
Las renovaciones políticas dentro de los partidos lograron, en un tiempo pasado, efectuar trasvases dirigenciales y actualización de las doctrinas conservando una tradición cultural. Esa época ha llegado a su fin por la burocratización de la política y por la drástica separación entre medios y fines.

Ante eso aparece como necesario el diálogo y la interacción insti-

tucional entre pensamientos y prácticas políticas distintas a fin de construir nuevas formas públicas de mediación entre el poder y la sociedad.

La reacción política ante este intento de modernización institucional movilizó los peores conceptos de los ortodoxos partidarios intentando apelar a viejos miedos entre las dirigencias. Nuevamente los nefastos conceptos de traición, de infiltración o de desafilaciones compulsivas aparecieron en la escena política argentina. Esos mismos conceptos que alguna vez pusieron a las fuerzas mayoritarias frente al odio más visceral y en las puertas de la vida y la muerte.

Lo que ha ocurrido en la Argentina es que se ha ampliado la oferta política y de acuerdo con el resultado de las elecciones generales de 1995, donde la institución resultante del encuentro de El Molino obtuvo un cómodo segundo puesto, todo parece indicar que dicha amplia-



ción expresa una necesidad real de la sociedad.

Se ha abierto una profunda brecha en la política nacional por donde es posible que las novedades del mundo y las reales necesidades de la gente tengan posibilidades reales de expresarse. Los dos peligros inminentes de esta novedad son claros. Por un lado, el intento de los sectores más conservadores de los partidos tradicionales que apelarán a todos los medios para cerrar esta brecha que afecta sus intereses. Y

por el otro, la todavía frágil institucionalización de la nueva fuerza política que debe encontrar las fórmulas de subordinar las lógicas diferencias internas al deseo de construir un futuro común y compartido.

Para los días que vendrán, el espíritu de El Molino nos deberá servir de recuerdo permanente hacia lo mejor de nosotros mismos y de la sociedad a la que pretendemos servir. Es un llamado a la tolerancia, a la integración

entre pensamientos diversos, a la audacia y a la novedad que forma de hacer política. Un intento concreto para que los sueños de todos se transformen en la más plena de las realidades.

Hemos escrito, gracias a ese espíritu de El Molino, la primera página de una gesta profunda y necesaria. Debemos ocuparnos ahora de culminar las páginas del libro que tenemos en nuestras manos y en nuestras mentes. Vamos a intentarlo con todas nuestras fuerzas.

La continuidad de un proyecto

Carlos Alvarez

acciones entre quienes plantean otro camino.

Este fue el sentido que nos autoconvocó hace poco más de un año en El Molino y que luego pareció frustrarse el 14 de mayo. No era una apuesta táctica, sino el gradual sinceramiento de las afinidades políticas y programáticas que cruzan transversalmente las distintas fuerzas opositoras. Estas necesitaban y necesitan, más aun hoy, expresarse conjuntamente para romper el síndrome de que el peronismo es el

único partido apto para darle gobernabilidad al país, incluso cuando lleve a éste a la destrucción. Esto implica poner más esfuerzo para conectar con lo externo de las estructuras, cuyas rutinas internas terminan dejando enormes vacíos que el menemismo capitaliza, tejendo redes entre la política partidaria y la vida cotidiana de la gente.

Ya hemos vivido etapas de la política argentina en las cuales el peronismo ha sido de hecho un partido hegemónico, al ocupar la ma-

por parte del escenario político y social, creando su propia oposición, a veces salvaje y otras veces más administrada, como es en la actualidad el papel que juega el gobernador de la provincia de Buenos Aires. Todo el país parece girar en torno de las disputas intestinas por la sucesión que se desarrollan en el interior del propio oficialismo, generando un efecto de invisibilidad de las fuerzas que están por fuera del poder hegemónico y que deberían ser, precisamente, las que expresaran la verdadera opción al poder dominante.

En este sentido, creo que fue muy valiosa la actitud de Federico Storani, de intentar llevar al seno de la UCR la necesidad de construir puentes de acercamiento y de diálogo, para ir transmitiendo señales claras a la sociedad.

Esta necesidad es mayormente sentida ahora, cuando la crisis del gobierno y la conflictividad social demanda una oposición más vigorosa, unitaria y contundente. La sensación de inviabilidad del modelo, la inseguridad laboral y la fractura productiva y regional representan



un catalizador de la necesidad de construir un espacio conducido por la política y que la gente perciba como la verdadera oposición alternativa a todas las variantes del menemismo, a las neoliberalas y a las populistas. Un lugar de poder visible, capaz de unir lo político

con lo económico y lo social, que presente opciones frente a los temas centrales de la sociedad y que pueda incidir en la agenda pública.

De parte del FREPaso están dadas las condiciones para emprender esta tarea, pues tanto la fuerza que lidera José Octavio Bordón, como el Frente Grande y el socialismo son conscientes de que si la puja se redujera a quién es la mejor oposición, lo más probable es que nadie terminase ocupando este rol. Esto requiere reforzar la conciencia de que El Molino era y es el camino correcto y que para derrotar al menemismo se requiere mucha audacia, imaginación y voluntad política para romper con los esquemas conservadores. De lo contrario, la coalición política, económica y social que expresa el

oficialismo seguirá manteniendo el poder de iniciativa y por lo tanto consolidándose como partido hegemónico. Está en nosotros, que podemos compartimos el diagnóstico, encontrar los métodos y los fines para construir, sin sectarismos, una opción que fisure el esquema de poder que el peronismo siente eterno e invulnerable.

Debemos admitir, sin embargo, que a pesar de que las condiciones del país se agravaron en los últimos doce meses por la crisis del modelo, la corrupción y la manipulación sistemática de las instituciones, el espíritu tan creador que motorizó el encuentro de El Molino parece haberse opacado. Sirva entonces este debate para tomar conciencia y no abandonar uno de los pocos hechos innovadores de la política argentina. Es el momento de darle continuidad a aquel espíritu, de profundizarlo, para que no se convierta en una historia menor, sin proyección. Sólo hacen falta más audacia y mayor decisión política.

Un camino y una fuerza de alternativa

Federico Storani

La reunión de El Molino en agosto del año pasado despertó justificadas expectativas. El vértigo en el que transcurre la política argentina da la sensación de que esa reunión tuvo lugar en un pasado muy lejano, sin mayor precisión sobre sus alcances. Por eso es que ahora se habla del "espíritu de El Molino", en otras palabras qué significado tuvo y cuál es su proyección actual.

Hago una interpretación positiva de la reunión de El Molino. Fue el primer intento de dar una señal pública clara acerca de la necesidad de unir fuerzas de origen popular expresadas en dirigentes con credibilidad en la opinión pública, sin especular con los "costos" políticos internos que ese gesto tendría ni con el riesgo que implicaba una exposición sobre la cual iba a apuntar el menemismo y sus aliados.

En nuestro caso analizamos que el menemismo no es el peronismo

clásico, que es una fuerte alianza que hoy ejerce el poder, integrada por los grupos económicos más concentrados que han sido los beneficiarios directos del proceso de privatizaciones y una burocracia sindical domesticada e integrada como socio menor de la repartija producida por el desmembramiento del Estado, partidos conservadores cuya existencia ha dejado de tener razón de ser porque la ideología que profesan hoy se expresa en el propio gobierno, como la UCD, cuyos hombres y mujeres han poblado los despachos oficiales.

A esta poderosa alianza no se la puede enfrentar exitosamente con expresiones políticas partidarias individuales, se requiere que las estructuras político-partidarias de oposición sean capaces de convocar a sectores económico-sociales para formular una propuesta alternativa a la que lleva adelante el menemismo.

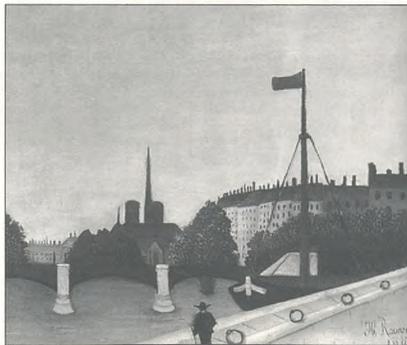
El menemismo ha tenido con

estos años características muy nuevas: desprecio por la independencia de los poderes, en particular la Justicia, corrupción, frivolidad, impunidad. La reunión de El Molino también expresó la síntesis de la militancia que enfrenta estas graves desviaciones, compromiso de lucha contra la corrupción y, sobre todo, transparencia en los procedimientos, algo que apareció en ese momento como la contracara del Pacto de Olivos entre Menem y Alfonsín.

Cualquiera que observe la Argentina actual con un esquema de concentración económica, profundización de la exclusión y marginalidad social y una clara tendencia a la hegemonía política que se acrecienta con la agudización de la crisis económico-social deberá concluir que se necesita más que nunca un planteo estratégico de unidad, de fuerzas económico-sociales y políticas que sean capaces de equilibrar y controlar el poder y también de coincidir en ámbitos de debates que permitan identificar propuestas comunes hacia un camino distinto con una base de sustentación sólida que lo haga viable.

Por eso reivindico aquel primer paso y sigo creyendo que el espíritu de El Molino está vigente y que es el camino que necesariamente deberemos recorrer, aunque haya habido marchas y contramarchas, disidencias lógicas y frustraciones circunstanciales.

De los dirigentes que le dieron impulso depende, en gran medida, no dejarse tentar por la diferenciación personalista y obrar con la grandeza de preservar un espacio en el que los muchísimos compatriotas han depositado su esperanza. □



ECONOMÍA

Globalización: el dinero es la clave

Las turbulencias de toda laya que vienen azotando al mundo parecen síntomas de tránsito entre un ciclo macroeconómico y otro. Tomando categorías de Nikolí Kondrát'yev (Circa 1926) y Josef Schumpeter (*Business cycles*, 1939), la sociedad globalizada podría estar pasando del cuarto al quinto ciclo del capitalismo y la clave de todo es algo que muchos filólogos de la política insisten en "ningunear": el dinero.

Carlos Scavo

A sí lo sugiere la yuxtaposición de varias crisis: política, derumbe del bloque soviético, consiguiente balcanización de la periferia eurasiática, deterioro del Estado como árbitro entre grupos de interés; social, auge de parquialismos violentos; económica, el desempleo estructural en países avanzados es su nexa con la crisis social, y cultural, que abarca fundamentalismos de todo tipo, decadencia de burocracias eclesiásticas, milenarismos y auge del pensamiento mágico, inclusive sus formas comerciales o de salón.

Pero el detonante del cambio cíclico, como en tránsitos anteriores, debe buscarse en la economía financiera. Para el caso, una red de especulación pura que, con técnicas e instrumentos en perpetuo avance, es hoy capaz de reciclar por año 210 billones de dólares; una masa de dinero equivalente a tres veces el producto bruto del mundo. Esta, primera neural interactiva (de hecho, trama manifestación cabal de dos conceptos asocia-

dos: la aldea global de Marshall McLuhan, y la autopista informática) opera sin parar día y noche, tiende a desestabilizar la economía real y, con ella, la vida cotidiana. Además, reduce a nivel gerencial las soberanías de los Estados nacionales, aun las potencias. Ese y no otro es el meollo de la globalización.

En general, economistas, sociólogos y otros analistas admiten que la economía financiera electrónica global crea inestabilidad de precios en la economía real; pero se la atribuyen a la inflación, claro. Si crece la cantidad de moneda disponible para comprar el mismo volumen de activos, su precio sube, reza la sapiencia convencional. En este plano, la retención de los neoclásicos a expandir "campos inteligibles de análisis" (pace Arnold Toynbee) se acerca mucho al prejuicio que la filosofía política de izquierdas tiene contra el dinero como categoría.

Electrodólares

No obstante, una clave de los cambios hoy en marcha es la metamorfosis (¿anamorfosis?) del dinero, factor que diferencia esta crisis con las anteriores, dentro y fuera del capitalismo. En verdad, así como uno de los cambios iniciales de la historia (transferencia del poder político entre el sacerdote y el rey, siglos XXVII a XX antes de la era común, pero con el señoreaje de la moneda en el templo un milenio más) entrañó la desaceración de la moneda y su "descenso al barro", la actual crisis puede acabar con el dinero convencional, tangible e inteligible para el común de los mortales, a manos del dinero electrónico.

Algo así como si la sociedad sustituyese e pantallas, tambos, comercios y chacras por fábricas electrónicas.

Por supuesto, los "electrodólares" resultan transductores como cualquier juego de video y, como éste, están al alcance de todos. Ni siquiera es necesaria una educación. Quienes están familiarizados con el dinero informático (*megabyte money*) le atribuyen

una serie de indudables cualidades. Es excelente para transacciones pese —o debido— a su carencia de valor intrínseco y cómoda unidad contable pese —o debido— a estar desligado de la economía real. También puede moverse velozmente, imprimirse o emitirse hasta por fibra óptica, convertirse de una moneda a otra en segundos, negociarse en cualquier

plaza o en varias al mismo tiempo, mudar al instante en bonos, acciones, opciones y futuros, etc. Pero el dinero informático no funciona bien como depositario del poder de compra y, cada año, se precisan más electrodólares para conservar el mismo poder adquisitivo respecto de activos reales. Al revés, las monedas antiguas, con respaldo áureo o anclaje en la economía física, eran excelentes depositarias de poder adquisitivo. Nada dura 5000 años, a través de tantos avatares, si no es en extremo útil. Por lo mismo, el potencial inflacionario del dinero electrónico y el deterioro del dinero convencional son efectos que el monetarismo ortodoxo ni previó ni jamás habría deseado. Ello queda claro en las recomendaciones que Milton Friedman elevó al Banco Mundial... en 1953.

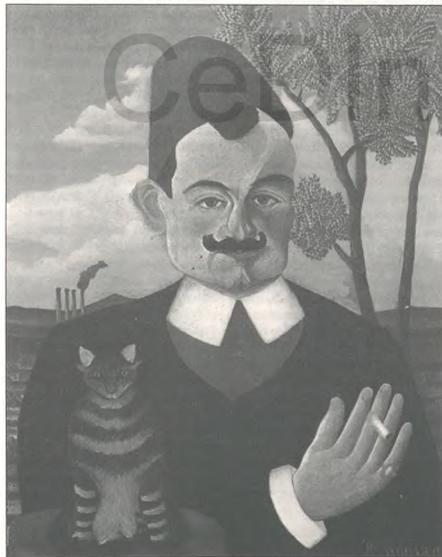
Por supuesto, la inflación es parte del problema, pero no lo es todo. De

hecho, los economistas de la vieja guardia no perciben los nexos entre alza de precios (540% al consumidor urbano, EU, entre 1972 y 1994) y expansión de medios de pago electrónicos. Por eso, las políticas de gobiernos influidos por neoclásicos han llevado tantas veces a la recesión sin quebrar tendencias inflacionarias de fondo o, a veces, reavivándolas con tasas altas. Esta clase de "mitos triviales" suele acarrear efectos mucho peores en las economías periféricas, donde el debate de ideas registra diez o quince años de atraso (basta fijarse en la Academia de Ciencias Económicas).

Nuevas teorías

Naturalmente, en el Primer Mundo hay excepciones como Richard D. Bartel, ex asesor de la Comisión Eco-

nómica Conjunta (Congreso norteamericano), que sale del limbo en octubre de 1988 afirmando: "En el nuevo orden internacional, los economistas no entienden las causas verdaderas de la inflación ni el papel axial del dinero electrónico". Ya como director de *Challenge*, influyente revista de debate económico, propuso en el seminario del Instituto Económico Levy (colegio Bard, 1992) "volver a estudiar las causas de la inflación partiendo de cero". Cauteloso, Bartel explicó más tarde, ante gente de Wall Street y académicos (entre ellos, James Tobin), que "no existen teorías sobre inflación y recesión capaces de definir su génesis real ni de elaborar programas para neutralizarlas. Las viejas recetas ya no tienen efecto en esta economía global". Global, obviamente, porque la han globalizado los flujos financieros...



Desde 1993, alguna gente comienza a coincidir con Bartel. Edward Yardeni, hombre de Yale y analista principal de C.J. Lawrence (Nueva York) trabaja sobre un nuevo modelo conceptual, en equipo con Tobin, tendiente a interpolar la globalidad de los mercados (cambiaris, financieros, etc.) y sus efectos en la sociedad. La teoría en gestación —se espera un borrador antes de 1996— parte de la unidad del mercado mundial como premisa básica, en un contexto donde los capitales fluyen por encima de fronteras y espacios regulados. Es decir, no tienen en cuenta el mapa político porque se mueven en un universo cualitativamente distinto al de etapas anteriores del capitalismo. De hecho, la *oikúmene* financiera obra, respecto de los estados nacionales y sus agrupamientos, casi como la *oikúmene* católica respecto del poder terrenal en el Medioevo. Así, a fines de abril, las siete potencias económicas (Japón, EU, Alemania, Francia, Gran Bretaña, Canadá e Italia), junto con el FMI, iniciaron —admitiendo que no podían frenar la corrida cambiaria hacia el yen y el marco— un camino mucho más duro que el hecho en Canosa por el emperador Enrique IV para postermarse ante el Papa Gregorio VII.

La diferencia entre economía convencional (o dinero histórico) y economía electrónica (dinero informático) reside en el volumen y la velocidad de reciclaje. El mercado especulativo ha empujeado al mercado real.

Por ejemplo, Keiichi Ohmae (McKinsey & Co., Tokio, 1992) estimaba de 20.000 a 25.000 millones de dólares diarios la masa de transacciones cambiarias involucrada en el comercio mundial de bienes y servicios. Esa cifra era apenas una fracción de los 800.000 millones que cambiaban de manos, cada 24 horas, en la plaza monetaria. El grueso de ese volumen se componía de inversiones especulativas cuyos plazos se contabilizan en horas, días o, a lo sumo, una semana.

Ganadores, perdedores...

Frente a 800.000 millones de dólares



lares diarios, los mercados reales no significan gran cosa. Verbigracia, la exportación norteamericana de un año equivale, apenas, a dos horas de especulación electrónica. El cuadro, a mediados de 1995, dista de haber mejorado: el giro diario pasa de un billón en la Unión.

Es obvio que los actores de la economía electrónica global reaccionan a estímulos radicalmente distintos a los del mundo cotidiano, inclusive en EU. Pero, como esos operadores son hoy los mayores del país y del mundo, capaces de generar de 20 a 50 dólares virtuales por cada dólar circulante en la economía real, la especulación impone normas y prioridades a un grado que muy poca gente sospecha. Para empezar, especulación es sinónimo de cambios abruptos: el dinero fluye velozmente a un mercado y lo deja a igual ritmo. La tecnología (informática, comunicaciones, ingeniería matemática) acelera constantemente esos flujos y, con ellos, volatilidad e hipersensibilidad, sobre todo en materia de futuros y opciones.

Sin tanta fluctuación a tanta velocidad no habrá tantos ganadores ni perdedores en tan poco tiempo sobre el paño mundial donde impera la suma cero. Aparte, los jugadores necesitan más porque sus ganancias compran cada vez menos activos reales; entonces, entran o salen de una colocación con mayor frecuencia echando mano a

instrumentos, productos o estrategias inversoras novedosas. En rigor, los mercados no giran ya alrededor de inversiones sino de transacciones.

Este casino financiero se cruza con la economía real en varias encrucijadas. Por ejemplo, los intereses: la actividad productiva sufre cuellos de botella si las tasas suben mucho o muy velozmente; igual sucede con la demanda de cualquier rubro sujeto a financiamiento (coches, casas, bienes durables). Por consiguiente, la volatilidad que beneficia al especulador ahorrará a consumidores, industriales, comerciantes y, a la postre, a la sociedad. Otra intersección surge en las paridas de cambios, objetos en 1995 de la corrida más grande de la historia. En general, las cosas han dejado de fabricarse en un sitio único y se componen de partes provenientes de medio mundo. Así, en EU, vehículos, computadores, laboratorios farmacéuticos complejos y hasta edificios contienen proporciones importantes de elementos importados, inclusive técnicas y programas. La constante fluctuación de ciertas divisas (yen, marco, franco suizo, florín) afecta insumos, precios finales, márgenes de ganancia, costos, ventas, bienestar y clima social.

...Pero todos jugadores

Tantos cruces, sumados a la inepcia de bancos centrales o entes multilate-

rales en cuanto a monitorear flujos electrónicos, están contagiando a la economía real y a la vida cotidiana volatilidades e incertidumbres otrora típicas de la especulación pura. Las transnacionales cuentan, sin excepción, con especuladores profesionales en sus equipos. En realidad, son analistas expertos en tasas de interés o colocaciones de todo tipo y operadores que manejan instrumentos o productos financieros. De hecho, los grupos mayores disponen de divisiones dedicadas a negociar, arbitrar riesgos y moverse en la galaxia electrónica global. Exactamente lo que les falta a gobiernos, partidos políticos, etc.

Para cubrirse, en efecto, estos conglomerados cuyo origen está en la economía real (manufactura, sobre todo) se han tomado jugadores en el casino planetario. Ya ni siquiera les resalta posible dejar el dinero en el banco para acumular intereses. Por el contrario, cada noche sus computadores "barren" las cuentas moviendo activos hacia donde haya mayores ganancias en menor lapso. A su vez, las empresas ya no se limitan a mantener existencias y papeles (acciones, en particular) para ganar dividendos o apreciar activos reales. Hoy, sus sistemas informáticos, analistas y operadores se alejan de la economía real en pos de veloces negocios con carteras globalizadas. Toda esa galaxia, a su vez, se aleja de la economía real, del mundo donde todavía hay Estados que creen estar manejando la vida cotidiana.

En este punto, surge otro nexo entre el "neodinero" como actor del cambio universal y síntomas de carácter en apariencia muy distinto. A su vez, estos síntomas pertenecen a niveles tampoco asociados entre sí por la "sapiencia convencional": auge de la religión (pensamiento mágico inclusivo) y auge de la violencia urbana. Estados Unidos es casi un paradigma, pues, por tercera vez, una crisis de corte económico o financiero empalma con brotes fundamentalistas y violencia al por mayor. Las instancias anteriores son (a) la posguerra tras la derrota confederal (colapso de bancos emisores de moneda local, disturbios

en las grandes ciudades, fundamentalismo originario), (b) la primera posguerra general (cimbronazo de la hiperinflación alemana, crack bursátil y financiero, estafas mayoristas estilo Ponzi, crimen organizado). Esta segunda confluencia de crisis inicia, de paso, la larga serie de instrumentos y productos financieros tendientes a blanquear activos de origen gris o negro. Por supuesto, a partir de 1971 — EU abandona la convertibilidad dólar y, con ella, parte del señoreaje sobre su propia moneda —, el avance de técnicas de comunicación y transferencia de activos financieros (informática) incorpora ese blanqueo a un universo virtual que, hoy, tiene dimensiones inmanejables aun para los bancos centrales de las potencias.

Dinero vs. Estado

A lo largo de ese proceso, el pensamiento económico de corte monetarista o neoclásico ("sapiencia convencional" según John K. Galbraith, "mitos triviales" según Toynbee) sacraliza el rito del negocio bancario en aras del orden fiscal, la estabilidad de indicadores y, por fin, una dura pero exitosa batalla contra el Estado como administrador, planificador y árbitro de la economía real.

Una gama bastante flexible y oportunista de "verdades reveladas" (*sicet* John Maynard Keynes y Rudi J. Prebisch) se pone a disposición de gobiernos, partidos, grupos de interés y de presión asociados a la ortodoxia monetarista. Como otras expresiones básicamente de derecha, esa gama es proteica, flexible, oportunista y remisa al debate fuera de sus propias opciones. Además, dispone de recetas y libretos aptos para economías líderes (el caso Margaret Thatcher, el proyecto predatorio de Newt Gingrich y la base común de ambos, el ofertismo a ultranza) y para economías periféricas (el fundamentalismo de Domingo Cavallo, antes ofertista y hoy fiscalista, los modelos de capitalismo salvaje ensayados en Chile, Perú y Bolivia).

Pero, en EU, la ineficacia política de William J. Clinton y sus equipos



quizá lleve a una explosión del modelo ofertista y el *laissez faire* sin límites. No porque el gobierno demócrata lo quiera sino porque, merced a su debilidad, la oposición conservadora domina el Congreso y, a su vez, esta misma oposición, el Partido Republicano, va siendo copada desde dentro por la derecha religiosa. Entonces, por una parte, Gingrich trata de imponer recortes presupuestarios (en aras de algo tan imposible como indeseable: el equilibrio fiscal en cinco años), eliminación de reparticiones enteras y funciones naturales del Estado federal, sin por ello bajar impuestos. Por otra parte, la derecha republicana apoya expresiones de individualismo anarquista como la National Rifle Association, las sectas locales y otras formas de discurso o acción contra "los abusos del gobierno".

En síntesis, el fanatismo de Nación Aria, las Milicias Blancas, los Vengadores de Waco (donde militaban quienes detonaron Oklahoma) o las sectas electrónicas se apoya en la resistencia, inclusive armada, a un gobierno federal que ya no sirve al ciudadano ni lo asiste pero "lo esquilda en favor del gran capital internacional" (Pat Robertson, jefe de la Coalición Moral). Mas ocurre que ese Estado ha sido reducido y privado de funciones sociales por políticos, banqueros, grupos de interés y académicos afectos a la ortodoxia monetarista. Vale

decir, la misma que, desde los años 40, viene sacralizando los flujos financieros y las cuentas prolijas por encima de la economía real o el bienestar de la sociedad. Oklahoma estalla "en un país cuya cultura política está impregnada de conservadurismo miope", afirma el analista francés Jean Lesieur. Ese conservadurismo, pasado por el tamiz del dinero electrónico, se traduce en el derrumbe del sistema monetario mundial y la reducción de los Estados a soberanías gerenciales. En el camino, pueden pulverizarse Estados naciones sin burguesía moderna (Argentina) y potencias cuya burguesía sumbumba a tentaciones regresivas (el EU que ya pintaba Sinclair Lewis en *It can't happen here*, 1935).

Una reflexión final: en Argentina, el paso de una economía agroexportadora a una economía financiera basada en la especulación no incluyó una fase industrial consistente ni sólida. La sociedad local tiene, pues, una cultura política remisa al trabajo, la educación y el progreso tecnocientífico (es decir, a formas "difíciles" de prosperidad). Por ende, el país es proclive a mitos populistas, por ejemplo el peronismo, o a recetas mágicas, por ejemplo, la convertibilidad como panacea inmutable. Ambas aberraciones han demolido al Estado y dejan a la república sin defensas contra la mega-especulación y su propio Moloch, el dinero electrónico. □

INTERNACIONAL

La ONU ya no está capacitada para "imponer" la paz

Bosnia exige un nuevo modelo para la regulación de los conflictos internacionales

En un área donde se enfrentan facciones beligerantes —lo que implica una situación práctica de guerra—, es necesario ir más allá de las "misiones humanitarias" a cargo de los mal equipados cascos azules. Presenciamos, así, el final de una época del sistema internacional.

Guillermo Ortiz

La lección que se aprendió en Sarajevo después de 1918 fue el peligro de que las grandes potencias permitieran que su destino se vinculase al comportamiento de impulsivos personajes de los Balcanes y que, al seguir servilmente la lógica de la movilización militar, privasen de su oportunidad a la diplomacia de conciliación. Sin embargo, esta vez, habría que aprender de Sarajevo, la lección contraria: las grandes potencias estaban tan ansiosas de mantenerse distante de los Balcanes que no se involucraron hasta que fue demasiado tarde", afirma Lawrence Freedman, eminente experto sobre la guerra del Kings College de Londres.

El drama de Bosnia plantea un asunto crucial de la alta posguerra fría: la crisis de los nuevos mecanismos de intervención multilateral y regulación de conflictos. Pero vamos por partes.

La observación de Freedman explica la extensión en el tiempo del conflicto en la ex Yugoslavia: la comunidad internacional intentó evitar

de tal manera una intervención, que terminó por negarle a la diplomacia el recurso de la fuerza militar. Un error grave que facilitó la política hegemónica de Serbia —el gobierno de Belgrado, de Slobodan Milosevic—, el sostenido avance de las milicias serbio-bosnias sobre enclaves de seguridad de las Naciones Unidas —mal protegidos por los cascos azules escasamente equipados para ese fin— y la puesta en práctica de una sistemática "limpieza étnica" con la consiguiente estela de refugiados en camino a Alemania.

Diferencias occidentales

Es verdad que, desde un principio, los esfuerzos occidentales por controlar la desintegración de la antigua Federación de Yugoslavia chocaron con reticencias de diver-

sa índole: el ensimismamiento de EU —colapso de la URSS y modificación de su estructura económica mediante—, hasta una ligera fricción franco-alemana, eclipsada por sus compromisos comunitarios a raíz de la firma de Maastricht. Mientras François Mitterrand apostó al mantenimiento de la federación yugoslava —ante el temor de que su desintegración sentara un precedente para la URSS en un momento en que Mijail Gorbachov procuraba mantener la autoridad central de Moscú—, Alemania se apresuró a reconocer las incipientes independencias de Eslovenia y Croacia en

1991, lo que supuso el fin de una etapa internacional, al tiempo que un obstáculo para una Comunidad Europea que buscaba una política de defensa y seguridad común.

Fin de la intangibilidad de fronteras

A pesar de los esfuerzos europeos

por promover un compromiso constitucional, la Federación se cayó. Incluso Serbia —explica Freedman—, a la que indirectamente se le permitió ser paladín de una nueva Federación, actuaba como si Yugoslavia se hubiera desintegrado, y dejó ir a Eslovenia tras una fracasada operación del Ejército Popular Yugoslavo.

Pero lo novedoso fue un dato que no figuraba en las agendas occidentales: la modificación de las fronteras pactadas tras la Segunda Guerra Mundial. Se inauguraba así un nuevo escenario europeo. La aparición de esos dos nuevos Estados soberanos —Eslovenia y Croacia— sepultó el pilar básico de la seguridad europea consagrado en Helsinki en 1975 y reafirmado en 1990 por la Conferencia de Cooperación y Seguridad Europea de París.

Fragmentación y segunda caída del Imperio Austrohúngaro

Se asistió a una de las mayores ironías de la historia contemporánea

en la última década del siglo: el resurgimiento de los pleitos similares a los que acompañaron el desencadenamiento de la Primera Guerra Mundial. Una especie de segundo final del Imperio Austrohúngaro, en los términos de Paul Kennedy.

Por aquellos tiempos, una de las grandes superpotencias de la zona, el Imperio Austrohúngaro, mostraba signos de fisuras. Pero aunque muchos de los pueblos que se encontraban bajo jurisdicción de los Habsburgos (checos, polacos, serbios) manifestaban su hostilidad contra el Imperio, su existencia garantizaba al menos la estabilidad territorial.

Esta situación era especialmente preocupante debido a la presencia de un segundo factor: había muchas rivalidades locales y territoriales (checos contra alemanes, húngaros contra rumanos), sólo parcialmente contenidas por el gobierno de los Habsburgos. Y estaba claro que resurgirían al menor indicio de debilidad. "Ahora bien —siguiendo a Kennedy—, si el Imperio se desvanecía, ¿qué nuevas estructuras podrían restituir la estabilidad, qué ocurriría si los círculos más conservadores de Viena reaccionaban ante las fisuras suprimiendo por la fuerza todos los movimientos que abogaban



por la libertad política?".

Estos mismos interrogantes afrontó hoy Occidente, con la diferencia de que los actuales pleitos étnicos han estado controlados por el ex imperio soviético. Si bien vale, en este caso, la salvedad que surge de la "peculiaridad yugoslava". No hay que olvidar que el mariscal Josip Broz Tito desafió las presiones soviéticas, fue excomulgado

del Cominform en 1947, no formó parte del Pacto de Varsovia y sólo envió observadores al desaparecido Comecon. Pero esta es otra historia.

Las reticencias de Occidente

Muchos expertos coinciden en que la comunidad internacional nunca se recuperó de las reticencias iniciales a tomarse en serio una crisis que estaba a punto de estallar. La comunidad internacional no consiguió comprender el carácter y la dinámica interna de la crisis, según coincidieron los principales expertos en estrategia. "Occidente tomó conciencia de los riesgos derivados de la realidad de los Balcanes apenas con las oleadas de refugiados —sostiene François Furet—. Allí comprendió, incluso, los riesgos de un conflicto de mayores dimensiones que implicase a Estados vecinos".

De hecho, en las últimas semanas, a raíz de la decisión del Congreso de EU de levantar el embargo de armas a Bosnia, muchos diplomáticos temieron una ampliación del conflicto. En la medida en que se dispondría el retiro de la misión de la ONU, Rusia podría adoptar una medida similar y suministrar armamento a los



serbios, Croacia —con arsenal alemán— recuperar la Krajina croata —área de su territorio bajo "soberanía" serbia—, y tanto Grecia como Turquía —aliados en la OTAN, pero enemigos tradicionales—, podrían adoptar políticas unilaterales. Además, no es nuevo el interés de Irán y otros países árabes por asegurar rutas de suministros militares al ejército bosnio. De hecho, cincuenta países musulmanes miembros de la Organización de la Conferencia Islámica adoptaron una resolución en la que no se consideraban obligados a respetar el embargo de armas. En los emiratos árabes crecieron las campañas de donaciones para los musulmanes bosnios y el príncipe heredero de Jordania visitó tropas bosnias.



ONU. Se trataba de un punto de vista militar específico sobre el uso de la fuerza en conflictos regionales consistente en luchar sólo con un objetivo político claro. Pero este planteo no guarda relación con el concepto de mantenimiento de la paz de la Carta de la ONU, sino con el aún inexplicado **de imposición de la paz para el que los cascos azules no estaban, por tamaño, estructura y equipo, capacitados a ejecutar.**

Además, apareció Somalia. La política exterior de Washington quedó rehén de la opinión pública, lo que añadió un nuevo obstáculo al involucramiento norteamericano. En ocasión de la crisis de Somalia, la CNN obligó a Washington tanto a involucrarse —a partir del idealismo humanitario— como a retirarse —el rechazo a comprometer vidas propias en áreas remotas donde no están amenazados los intereses vitales del país—, tras el impacto causado por las imágenes televisivas de los cadáveres de los soldados norteamericanos arrastrados por las calles de Mogadiscio.

Pax global, sistema colectivo de gestión de crisis y capacidad sancionadora

EU siempre demostró interés en construir un sistema colectivo de gestión de crisis, lo que *a priori* colocaba a la ONU en una situación de "plenitud político-estratégica", suficiente para actuar como instrumento de pax global. Esta relevancia instrumental de la ONU respondía a la pretensión estadounidense de compatibilizar tres criterios:

1. Mantener su papel de potencia mundial, esto es el monopolio en la regulación de los conflictos.
2. Construir consenso internacional, y
3. Reducir los costes militares y los riesgos indirectos de las acciones bélicas.

La idea era consolidar un criterio

de diplomacia preventiva —cero a la ONU—, pero con capacidad sancionadora. Y este es el punto en el que hay que detenerse.

Ocurre que en la última reunión de la OTAN en Bruselas surgió el problema de la **cadena de mandos**. La clave era simplificar la estructura de decisiones denominada de "doble llave", esto es consultas OTAN/ONU.

En los anteriores bombardeos de la OTAN en Bosnia, los comandantes locales de UNPROFOR debían tramitar el permiso en la sede de la ONU en Zagreb, capital croata. Desde allí, las autoridades de la ONU contactaban con Nueva York, donde a partir de las cinco de la tarde —cambio de horario mediante—, nadie atendía llamadas. Superado este trámite, el enviado especial de la ONU para la ex Yugoslavia, pedía recién al mando atlántico la ejecución de la misión con el consiguiente retraso. Hoy se llegó a un acuerdo para que decidan los comandantes en el terreno. Es un paso adelante que transforma a la ONU, al menos parcialmente, en una **alianza militar algo más operativa.**

Detrás de esta decisión está el gran tema: el involucramiento directo de EU, que si bien admite coaliciones, exige mando único al estilo Guerra del Golfo.

Cambio estratégico

En este sentido, la creación y movilización de la Fuerza de Acción Rápida, que concentra más de 4000 efectivos franceses, británicos y holandeses, a instancias del presidente de Francia, Jacques Chirac, es la única y última iniciativa de líder occidental alguno tendiente a suministrar al conflicto un salto cualitativo. De alguna manera, los países de Occidente lograron escalar en la guerra contra los serbios pasando del Capítulo VI de la Carta de la ONU —medidas para "mantener" la

paz— al capítulo VII —todos los medios para "imponer" la paz—.

Esta Fuerza fue enviada a Sarajevo con órdenes de defender la ciudad y contestar con toda su potencia de fuego cualquier ataque o provocación serbia y destruir sus destacamentos y líneas de suministro. Son tropas de élite fuertemente armadas, con artillería de 155 milímetros, radares de última generación y un escuadrón de trece tanques de combate.

La razón es sencilla: para lograr que los serbios negocien —convencerlos de que no pueden retener un 70 por ciento de territorio bosnio sino sólo 45 por ciento, en línea con el viejo plan de partición Vance-Owen—, hay que **modificar la relación de fuerzas en el terreno.** Y esto es lo que se ha hecho.

No hay negociación desde la debilidad. Este es el papel disuasorio que acaba de cumplir la Fuerza de Acción Rápida. Y la comunidad internacional parece haberlo comprendido. Includo

ve —y vale como dato curioso—, el sector ecopacifista de los Verdes alemanes: Joscha Fischer, portavoz de ese partido en el Bundestag, reclamó en un comunicado de trece páginas un mayor compromiso militar de Alemania en la crisis y destacó la necesidad de **revisar los postulados de la no violencia**, abogando por una ampliación de las operaciones de la ONU en Bosnia, una defensa por "tierra y aire" de las zonas protegidas y el mantenimiento del embargo de armas a los musulmanes bosnios, en línea con la posición de Bill Clinton y la mayoría de los líderes occidentales.

Conclusión

No se puede negociar con posibilidades de éxito con bandas armadas que violan derechos humanos sin el componente disuasorio que suministra la amenaza proveniente del poder militar y la disposición a utilizarlo.

La complejidad de las actuales misiones requiere no sólo precisar las condiciones jurídicas —en qué momento intervenir—, sino también el mandato —el objetivo político— y la estructura de toma de decisiones —esto es, el comando militar—.

Saber para qué y cómo actuar. De eso se trata. Y ya es otro, además de papeles, conferencias y asambleas plenarias en Nueva York, se requiere **voluntad política.**

"La guerra tiene su propio lenguaje, pero no su propia lógica", afirmaba Clausewitz. El lenguaje es descarnado pero la lógica a la que sirve puede darle un papel redentor. Por lenguaje se entiende los medios o métodos de conducción de la guerra. Por lógica, el propósito. La clave —señaló Clausewitz— es que la **influencia de los propósitos sobre los medios debe ser continua y generalizada.** Si no se atiende este precepto aparecen las **Bosnias.**

Las dudas de la Unión Europea

A todo esto, la UE se dedicó a firmar acuerdos a ciegas. Una estrategia para detener el proceso de desintegración de su flanco oriental, simultáneamente al proceso de integración de su flanco occidental. El asedio de Vukovar y el bombardeo de Dubrovnik —1992— conmovieron a la diplomacia del viejo continente. Sin embargo, sólo se dedicó a diseñar treguas más que a desarrollar una estrategia de intervención directa.

Y un dato central: como señalara Lord Carrington, mediador de la UE, el problema de Bosnia es que produce la independencia eslovena y croata, el gobierno bosnio se vio obligado a elegir entre la subordinación a una Yugoslavia residual dominada por los serbios y la búsqueda de la independencia, que amenazaría a los serbios con una situación de minoría en un Estado dirigido por musulmanes. Apareció así un problema esencial del conflicto: los enclaves. A partir de allí, la guerra fue inevitable. Serbia iba en busca de los suyos.

Inoperancia de la ONU

Tras la experiencia de la Guerra del Golfo, EU comprendió que la legitimidad proporcionada por las resoluciones de la ONU era clave para lograr apoyo nacional e internacional. Pero también sabía que operaciones militares con superioridad abrumadora pueden producir un número de víctimas reducido, al tiempo que un éxito decisivo en el campo de batalla permite una salida rápida.

Y eso no se podía hacer con la



ESTUDIOS SOCIALES Revista Universitaria Semestral

N.º 8 — Santa Fe, Argentina — 1.º semestre, 1995

ARTÍCULOS

JOSE SZABON: "Crisis del marxismo": un antecedente fundador.

RICARDO SIDICARO: Contribuciones para el estudio de las ideas políticas de Perón.

FERNANDO DIEGO RODRIGUEZ: *Inicial*. Revista de la Nueva Generación. La política en la vanguardia literaria de los años 20.

EDUARDO SAQUIER: El mercado inmobiliario urbano y la movilidad social en la ciudad Rioplatense (siglo XVII).

FABIAN E. SISLIAN: La dominación oligárquica como modo de ejercicio de la dominación de clase en América Latina. El caso porteno en la segunda mitad del siglo XIX.

ORIETTA FAVARO: El Movimiento Popular Neuquino: 1961-1973. ¿una experiencia neopopulista exitosa?

ANA M. GARCIA RAGGIO y SUSANA VILLAVICENCIO: Privados de lo público. Reforma estatal y democracia.

NOTAS Y COMUNICACIONES

Comunicaciones

EDUARDO HOURCADE: Del Diario al Libro. Episodios trágicos de la Revolución en la pluma de Mitre.

Notas y comentarios

NOEMI ADAGIO: *Manifiesto Taluri*. Proyecto y utopía. Arquitectura y desarrollo capitalista.

Notas bibliográficas

HOURCADE, Gardella, Silberstein, Carrizo, Macor.

ESTUDIOS SOCIALES, Revista Universitaria Semestral. Universidad Nacional del Litoral, 9 de julio 3563, Santa Fe, Argentina; teléfono (042) 55961017, internet: 205, 207, 208, telex: 554292.

Dirección correspondencia: a Casilla de Correo 547, (3000) Santa Fe, Argentina. Distribución Internacional: Fernando Garcia Camborio, Latin American Books & Serials, Box 014, Skyway USA, 2886 N.W. 79th Ave, Miami, Florida, 33122, U.S.A.

ENTREVISTA

Conversación con Jürgen Habermas

En la edición del 30 de abril último, el suplemento *mais!* del diario *Folha de São Paulo* publicó una entrevista a Habermas, llevada a cabo por Barbara Freitag y Sergio Paulo Rouanet. De ese extenso reportaje seleccionamos aquí algunos pasajes destacados.

Barbara Freitag y Sergio Paulo Rouanet

Freitag: *¿Qué nuevas tendencias intelectuales se insinúan hacia el final del siglo XXI? ¿Qué nos espera en este período, qué Ud. designó como la época del pensamiento posmetafísico, de la moral posconvencional y del capitalismo tardío, para usar su terminología anterior a la actual del "giro pragmático"?*

Habermas: Bien encadenamiento de conceptos. Bien, como primera respuesta sólo puedo decir que lo que más me llama la atención en el actual panorama teórico es lo que nos falta en este final del siglo XX. Lo que nos falta es una crítica del capitalismo, una crítica diferente, con otras premisas, pero, aun así, una crítica energética. Desde el fin de la Unión Soviética parece haberse difundido en el mundo entero el presupuesto tácito de que, a partir de eso, toda la tradición socialista y los argumentos críticos y escépticos con relación al capitalismo han perdido su valor.

Debo confesar sinceramente que, desde 1989, lamenté por primera vez no ser economista. Estudié economía durante tres semestres y, después, lo olvidé todo. Entonces cuando estudiaba Marx. Siempre tuve conciencia de

que no saber economía era una laguna. Pero considero realmente que, hoy, con la globalización de las relaciones de producción surgió una situación bastante diferente. Fue apenas en el período de posguerra cuando Europa conoció un Estado social verdaderamente exitoso.

Por más que se pueda criticar a ese Estado, desde los más diversos puntos de vista, es necesario reconocer que, en las condiciones creadas por una política exterior que obedecía a impulsos venidos de fuera y en una Europa liberada de nacionalismos, conseguimos por primera vez un verdadero éxito en la reglamentación y domesticación de la economía capitalista—por medios administrativos, sin duda, pero, en todo caso, basado en un proceso decisorio democrático—.

Eso se desarrollaba en el marco del Estado nacional, o sea, había todavía una dosis de autonomía económica. Todo eso cambió desde mediados de los años 80. El Estado nacional, visiblemente, ya no controla las condiciones productivas de su propia economía. Tenemos, hoy, una globalización de los mercados de capital que afecta a las condiciones de producción, provocando una generalización y globalización de la propia producción. De ahí, las condiciones de producción perdieron su carácter nacional. No soy un técnico en la materia, pero todo eso es muy serio.

Vemos lo serio que es cuando observamos el desarrollo de nuestros conflictos laborales y verificamos que nuestros costos salariales y los costos colaterales, que constituyen un elemento importante de nuestro sistema de seguridad social, no nos permiten

competir en el mercado internacional de trabajo. En consecuencia, se habla cada vez más de una reestructuración del Estado Social, lo que para la mayoría significa simplemente su desestructuración.

Mencioné el tema de manera muy sucinta para, respondiendo a su pregunta, decir que lo que falta, en primer lugar, es una teoría que dé cuenta de

Estamos abandonando los últimos residuos inherentes al movimiento obrero europeo y también de la red de solidaridad creada por el Estado nacional, a través, por ejemplo, de los instrumentos fiscales.

las tendencias de globalización, pero no sólo en lo que respecta al mantenimiento de la paz, al narcotráfico, al tráfico de armas, etc., sino precisamente en la esfera económica.

Por lo menos en la literatura a la cual tengo acceso —y la teoría de la dependencia ya no funciona— no veo ningún enfoque razonable para tematizar nuevamente esas cosas. O sea, para reflexionar sobre las capacidades políticas y de acción que deben ser constituidas a nivel global para domesticar ese sistema económico del mismo modo como lo hicimos en Europa, durante los 40 años posteriores a la guerra...]

Freitag: *No existe solamente un desnivel Norte-Sur, sino un contraste de ingresos en cada sociedad y región. En Brasil, por ejemplo, está el contraste entre San Pablo y el Nordeste y, dentro del Nordeste, el contraste entre los hoteles de lujo y situaciones insportables de pobreza.*

Habermas: Veo eso en el futuro de nuestra propia sociedad. Eso significa que estamos abandonando los últimos residuos del igualitarismo inherente al movimiento obrero europeo y también de los últimos restos de la red de solidaridad creada por el Estado

nacional, a través, por ejemplo, de los instrumentos fiscales.

Después de volver de Brasil, y principalmente de Perú, me di cuenta de que en Stamburgo vivo, por así decir, en el ápice del épico; pero percibí también que tenemos en nuestros propios países un desnivel cada vez mayor. [Ese no puede ser un futuro con el que tengamos que convivir! [...]]

Rouanet: *Volviendo a la situación de la teoría en este fin de milenio, le su conversación con Adam Michnik en el The New York Review of Books (24 de marzo de 1994) y encontré una frase suya muy interesante: "Apéndix del positivismo es uno de los elementos más estables en la tradición del iluminismo"...*

Habermas: ¿En qué contexto dije eso?

Rouanet: *En el contexto del positivismo en Polonia. ¿Cómo explica Ud. esa evaluación favorable, considerando su posición desde la época de la Controversia sobre el positivismo en los años 60?*

Habermas: La explicación es histórica. Históricamente, es un hecho que los positivistas lógicos y también los jurídicos, como Kelsen, siempre fueron políticamente íntegros. En parte eran judíos que fueron forzados a emigrar, pero ya eran demócratas antes de ser estigmatizados como "enemigos" por los nazis. Y esto no solamente no era usual en las universidades alemanas, sino que era más la excepción que la regla.[...]

Es preciso reconocer que existe en el empirismo y en el positivismo un elemento de racionalidad, tal vez insuficiente desde nuestro punto de vista pero que, por lo menos en aquel

tiempo —años 20 o principio de los 30—, probablemente inmunizó a sus partidarios contra el nazismo más eficazmente que, por ejemplo, los hegelianos. Con los kantianos la situación es diferente. Hay muchos kantianos de izquierda y liberales, como sabemos.[...] Considero que los hegelianos que sucumbieron al fascismo y a las ideologías románticas nunca entendieron lo que Hegel siempre repetía, esto es, que es necesario haber comprendido y aceptado la razón iluminista antes de acceder a la razón en el sentido de la filosofía hegeliana.

Rouanet: *Una tendencia teórica que se viene difundiendo cada vez más es la que enfatiza en los contextos particulares, en oposición a las grandes totalizaciones del pasado, lo que tiene ciertas implicaciones relativistas e irracionales.*

Habermas: Debe admitirse que el contextualismo, para usar una terminología filosófica, es naturalmente muy anterior al período pos-89. Irónicamente, se puede decir incluso que se remonta al movimiento de mayo de 1968, si consideramos las corrientes posmodernas. Es un itinerario que pasa por la crítica de la razón y por el posmodernismo que, a su vez, desemboca en el contextualismo.

El problema es anterior a 1989, cuando sucedió la desagregación de la URSS. Ese particularismo forma parte, por lo tanto, de los problemas que surgieron independientemente de esa constelación. Al mismo tiempo, tengo la impresión que Derrida y los discípulos de Foucault —responsables por las únicas teorías verdaderamente interesantes del posmodernismo— desde el punto de vista filosófico— deben estar asustados ahora con lo que está ocurriendo en Yugoslavia, en Rusia y en otras regiones. Ciertamente, se asustan con las implicaciones normativas particularistas. [...]

Rouanet: *Después del conflicto Este-Oeste, tal vez quede solamente el conflicto Norte-Sur. Pero es posible*





que la verdadera polarización de nuestro tiempo sea la que se da entre tendencias universalistas y particularistas. Por un lado tendencias universalistas, como la globalización del poder, de la tecnología, de la comunicación por satélites, el tratamiento internacional de cuestiones como los derechos humanos, la ecología. Y por otro lado fuerzas contrarias, que intentan neutralizar esas tendencias universalistas como, por ejemplo, el renacimiento del nacionalismo...

Habermas: Lo que Ud. describe es un universalismo tecnológico, que acarrea tendencias globalizantes en el campo de la comunicación, del mercado, de los intercambios, y un particularismo normativo. Creo que, justamente, este antagonismo es devastador.[...]

Los fundamentalismos de todo tipo —y el nacionalismo es una forma de fundamentalismo— son fenómenos extremos. Son reacciones a procesos de modernización que destruyen vínculos tradicionales y provocan transformaciones de todo género o que en todo caso crean zonas de inseguridad. Lo peor es que todo eso se acelera. Creo que su análisis es correcto, pero, a partir de ese análisis, la respuesta crítica es evidente. El único recurso

contra ese universalismo tecnológico es el universalismo normativo.

No se trata, naturalmente, de una simple reiteración retórica de la importancia de los derechos humanos y de la necesidad de asegurar la paz y la democracia, sino de perfeccionar las instituciones políticas que sean capaces de enfrentar esa universalización técnica y de imponer la aplicación del universalismo normativo. Todo eso, naturalmente, es más fácil de decir que de hacer.

[...]

Rouanet: Pasando ahora a Alemania, ¿cómo ve Ud. fenómenos como el renacimiento del nacionalismo, después del muro?

Habermas: El fin de la separación provocó en Alemania un estado de espíritu según el cual 1989 fue una gran ruptura, el ingreso en una situación enteramente nueva. Ese estado de espíritu produjo efectos perniciosos en la escena intelectual alemana. Ese elemento nuevo fue visto, simplemente, como la posibilidad de reconstruir un Estado nacional poderoso. Se creó la tentación de volver a una situación anterior: el imperio de Bismarck para unos, el período pre-1914 para otros y la situación de antes de 1917

para los terceros, dependiendo de las interpretaciones adoptadas por cada uno. ¡Esto es fatal! También desde el punto de vista intelectual, porque ahora está surgiendo una especie de "caza de cadáveres".

Ahora los animales de rapiña husmean en busca de los viejos, de los ancianos de cien años, como Ernst Junger. ¿Por qué creen ustedes que se lo festeja tanto ahora? Las personas vuelven a la obra de Carl Schmitt, de Junger, de Heidegger, de Spengler... Y entre tanto tenemos cosas nuevas que son de naturaleza global. Necesitamos resolver esos problemas de cualquier manera.

Son problemas que nos obligan a reflexionar sobre los límites impuestos a la capacidad de acción de los Estados nacionales. Todo pasa entre nosotros, como si la reconstitución del Estado nacional fuese el elemento nuevo que nos promete de nuevo el papel de una gran potencia en el corazón de Europa central.

[...]

Freitag: Ud. escribió mucho acerca de la "elaboración del pasado" o "procesamiento del pasado". La cuestión cobra ahora una nueva dimensión con el fin de la Alemania Oriental. Ud. menciona en aquel artículo dos formas de procesamiento. ¿Podría profundizar esa idea?

Habermas: Bien, no fui yo quien inventó esto. Después de 1989, el pasado de Alemania Oriental fue inmediatamente tematizado, con el pretexto de investigar el papel de la policía secreta de la Alemania comunista (Stasi). Se afirmó en esa ocasión, a mi modo de ver correctamente, que hay dos generaciones; hasta los años 60, habíamos integrado prácticamente a todos los nazis y sofocado nuestro pasado nacionalsocialista.

Es que solamente con mucho esfuerzo, durante los años 60 —ustedes lo recuerdan— esa recordación llegó al espacio público bajo la forma de la categoría de crimen. Ahora no deberíamos repetir ese error, deberíamos dar inicio desde ya a ese proceso con

el máximo de rigor. ¡Pero eso es una cosa muy complicada! Por un lado — para designar los dos estratos —, vivimos en un país en que podemos actuar contra la izquierda de modo más simple y rápido y con más apoyo mayoritario que contra la derecha. Eso es bastante evidente. Fue siempre así y así sigue siendo.

Eso coloca bajo una luz ambigua la discusión, tan rápidamente desencadenada sobre la situación de la Stasi. Por otro lado, son justamente los intelectuales de izquierda, que durante décadas argumentaron ante la opinión pública que habíamos actuado incorrectamente con relación al pasado nazi, los que se sintieron compelidos a mostrar que no eran ciegos del ojo izquierdo, diciendo: "Bien, ya que durante décadas insistimos en que el pasado debía ser elaborado, entonces deberíamos hacerlo ahora".

Naturalmente, comparo esa opinión y la defendí siempre. Pero en este caso debemos obviamente diferenciar. Y es eso lo que hace tan difíciles las cosas. Debemos dejar claro que el fascismo fue responsabilidad nuestra y que el stalinismo no fue nuestra creación. No hay duda alguna tampoco, en cuanto al hecho de que el go-

bierno de Alemania Oriental cometió muchos crímenes. Pero no se puede poner todo en el mismo plano. La segunda diferencia es la siguiente: la Alemania Oriental nunca provocó una guerra. Y ella jamás cometió crímenes de la gravedad cometidos por el régimen nacionalsocialista.

El tercer argumento es que los nazis fueron apoyados por el 80 o el 90 por ciento de la población casi hasta el final de la guerra. Eso no ocurrió en Alemania Oriental. Tenemos que hacer esas diferenciaciones. Hay además una diferenciación normativa, muy difícil y con relación a la cual no tengo ninguna respuesta unívoca. Si insistimos hoy, a pesar de todas las diferencias, en elaborar también ese pasado y si aplicamos para ello el Código Penal, en ese caso estaremos cometiendo una injusticia contra los reos individualmente implicados, incluso contra el señor Miehke, el ex director de la Stasi que hoy está siendo condenado, pues no aplicamos esos criterios rigurosos a los nazis después de 1949. Tal vez lo hayamos hecho con relación a uno u otro proceso relativo a campos de concentración, pero esos casos no valen para Alemania Oriental. Aplicamos el derecho penal

con relación a policías que tiraron contra fugitivos, contra fraudes electorales, etc. Esos delitos son en sí suficientemente graves.

No quiero ser mal interpretado a ese respecto. Nunca me identifiqué con este régimen. No tengo ninguna razón para absolverlo. Pero el hecho es que los acusados de Alemania Oriental están siendo juzgados con mayor rigor que los de la Alemania nazi. Es una cuestión de difícil solución normativa. La comparación histórica muestra que ellos están siendo tratados de un modo diferente de aquellos que estuvieron involucrados en situaciones semejantes en el pasado.

Entre tanto, si tomamos en cuenta las consecuencias del silenciamiento del pasado nazi durante por lo menos dos generaciones, si tenemos en cuenta el hecho de que la revelata de los jóvenes de entonces tuvo como foco este tema, además de la guerra de Vietnam, si tenemos en cuenta el envenenamiento de toda una cultura política por la práctica de reprimir ese pasado político criminal, si tenemos en cuenta todo eso, debemos abogar por una política de no esconder nada debajo de la alfombra, que no omita nada del pasado de Alemania Oriental. Es un argumento político, en el sentido exacto, un argumento de higiene política.

Debemos observar también —ésta es la última diferenciación— que los criterios de evaluación no están en el Código Penal, sino que resultan del debate público, del debate moral y político y se volvieron más severos justamente como reacción a la práctica de sofocar el pasado nazi. Nuestros patrones son ahora extremadamente elevados, lo que nos autoriza a preguntar si no necesitamos compensar esa diferencia de tratamiento con alguna flexibilidad. Debemos ser flexibles porque adquirimos estos criterios lidiando con cuestiones completamente diferentes. Como ustedes ven, todo esto es muy complicado.[...]□

Nota

* Tradujo Edgardo Mocca.



REFLEXIONES

Utopía platónica y totalitarismo contemporáneo

Este texto fue leído en el coloquio sobre "La utopía y el viaje", organizado por la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires y la Universidad de Bolonia y llevado a cabo en Buenos Aires, en octubre de 1994. El autor es docente de la Facultad de Ciencias Sociales y miembro del Instituto de Investigaciones de esa casa de estudios.

Máximo Simpson Grinberg*

1. En el libro VI de la *República*, Platón define al filósofo-rey como un pintor divino que, luego de "borrar" todo lo existente, diseña sobre una tabla, ya limpia de adherencias del pasado, la nueva sociedad y el nuevo hombre, acordes con el modelo ideal que sólo los filósofos pueden conocer y contemplar.

Confieso que este pasaje de Platón siempre me produjo una gran perplejidad y un cierto sobresalto, por todo lo que semejante concepción significa respecto a las funciones y atribuciones de los gobernantes; esto es, por todo lo que ha implicado e implica respecto de la política práctica y, por ende, al destino de las sociedades humanas.

Este "pintor" y "tejedor" de la trama social, este "artista" que reorganiza la sociedad según un modelo divino e inmutable, este constructor de la sociedad "perfecta" cuya autoridad debe ser absoluta, es calificado por Platón como "pintor de organizaciones políticas". Y en tal carácter, su primera tarea como gobernante es desbrozar el terreno:

(los filósofos) se harán cargo de la

ciudad y de las costumbres de sus habitantes como de una tabla rasa que deben pintar, y que han de limpiar ante todo.¹

Y luego, deteniendo sus ojos en los arquetipos divinos, y a fin de lograr la formación del hombre verdadero, a menudo tendrán necesidad de borrar algunos rasgos y pintarlos de nuevo hasta que hayan agotado sus esfuerzos en trazar caracteres humanos que sean agradables a los dioses en la mayor medida posible.²

A lo anterior Platón añade este interrogante, que es a la vez una rotunda afirmación en el terreno de la política práctica:

¿Se exasperaron todavía contra nosotros cuando nos oigan decir que hasta el día en que los filósofos no tengan autoridad absoluta sobre la ciudad no habrá remedio para los males de ésta, ni de los ciudadanos, ni podrá llevarse a la práctica la organización política que hemos imaginado en teoría?³

2.

Pocas veces se ha subrayado la enorme actualidad de estos textos, así como de las diversas reencarnaciones de tales ideas en la historia de la filosofía política occidental y en la *praxis* correspondiente.⁴ La perplejidad que provocan estas afirmaciones va más allá de la mera especulación conceptual: se originan en su persistencia a lo largo de los siglos, en su carácter de propuestas políticas prácticas y en su notable semejanza con teorías y doctrinas que han sustentado los grandes sistemas totalitarios del siglo XX. Podemos afirmar que tales sistemas constituyen el topos histórico de los totalitarismos imaginarios, cuya matriz filosófica más prestigiosa se encuentra en los textos de Platón. En las experiencias totalitarias de nes-

tros tiempos (me refiero fundamentalmente al fascismo, al nazismo y a los "socialismos reales"), el No-Lugar de lo imaginario halla un sitio concreto de realización, un Lugar histórico que encarna en sistemas de opresión y dominación cuyo alto grado de barbarie se articula con el linaje radicalmente elitista de los presupuestos teóricos-ideológicos con los que han pretendido legitimarse. El filósofo-rey y pintor divino, el tejedor omnisciente de la trama social, vuelve por sus fueros a través de las doctrinas sobre las naciones y razas elegidas, sobre los hombres y las clases destinados a realizar la "redención" social y nacional, predestinación, providencialismo, culto del Líder Carismático, legitimación del poder absoluto sobre la base de la supuesta posesión de un saber acabado e incuestionable, son algunos de los sustentos doctrinales en que han cabalgado los filósofos-reyes de nuestro tiempo.

3.

Más allá de las cambiantes determinaciones políticas, sociales y culturales, sus portavoces buscan despojar a las utopías redentoristas de su carácter imaginario para instalarlas en su campo de realización, esto es, en un topos histórico concreto. En tal sentido, los totalitarismos imaginarios configuran inquietantes *prefiguraciones* de realidades históricas. Muchas de tales utopías, empezando por la sociedad ideal platónica expuesta sobre todo en las *Leyes*, constituyen anticipaciones del Estado Total,⁵ que impregna hasta extremos inimaginables la esfera de lo privado y excluye de su esquema la más mínima autonomía del individuo y de los sectores sociales. Unos párrafos de Claude Lévi-Strauss pueden ser útiles para ilustrar este aspecto:

Platón, Campanella, Thomas Moro y China maofista son categóricos.

Platón: "No será permitido que se formen uniones al azar". Campanella: "La reproducción de los seres humanos es un asunto que concierne a la República" y cuya vigilancia será confiada al "magistrado encargado de la procreación". Thomas Moro precisa, algunos siglos antes que Mao: "Las mujeres no pueden casarse antes de los dieciocho años y los hombres antes de los veintidós". De los orfanatos stalinianos para hijos de "enemigos públicos" hay un atrevido anticipo en Restif de la Bretonne: "Los hijos de Flores Perversos serán separados de sus padres llegado a su término el lapso de la lactancia, para ser confiados a Educadores Públicos que no revelarán a nadie el secreto de sus nacimientos".^{6,7}

En cuanto al hombre "nuevo" o "verdadero", que también debería diseñar el filósofo-rey-pintor, la historia del siglo XX aporta ejemplos paradigmáticos del rigor estético-práctico con que estos "artistas" suelen encarar su tarea. En la ex Unión Soviética, en China y en otros países del llamado socialismo real, el mito del "hombre nuevo" (y de la raza pura y superior en la Alemania nazi) sobrevoló durante décadas sobre los campos de concentración de las sociedades disciplinarias regidas por los respectivos filósofos-reyes. Como preconiza Platón, los "pintores" borraron los rasgos de las sociedades y de los seres humanos no gratos a los dioses. El trabajo forzado, el adoctrinamiento masivo, el más cerrado monopolio del discurso social y de la producción simbólica en términos generales, y también los hospitales psiquiátricos, los traslados compulsivos de poblaciones enteras, las ejecuciones y desapariciones de seres humanos arcaicos y deseadibles, constituyen algunos de los métodos de esta "estética" del cambio social anticipada en el pensamiento utópico. Junto a los campos nazis de exterminio para la purificación de la raza humana, tal vez el ejemplo más escalofriante es el del filósofo-rey de Camboya, el "pintor" Pol Pot. Para construir su sociedad "perfecta", Pol Pot encaró primero la

tarea de cambiar el material humano necesario a tal fin. Su régimen fue acusado de eliminar a más de un tercio de una población de cinco millones de habitantes, por la sencilla razón de que el hombre "viejo" no siempre puede transformarse en uno "nuevo". Entonces, el único camino para edificar una sociedad igualitaria es la eliminación física de los no-iguales: "Lo que está podrido se corta, lo que está infectado se lo mutila; lo que es demasiado largo, se lo reduce a la justa medida; cortad una mala rebrota; hay que desarraigárla".⁸

Desde luego, el objetivo central era dar el esperado salto "del reino de la necesidad al reino de la libertad", según la conocida fórmula del marxismo clásico, cuyos aspectos profético-utópicos han sido señalados con particular agudeza por Karl Popper, Martín Abuber y Lucio Colletti.

En el campo de las *anticipaciones*, cabe señalar que la propia idea del filósofo-rey, eje en torno del cual gira la construcción platónica de la Ciudad Ideal Perfecta, ha reencarnado en casi todos los *corpus* jurídico-constitucionales del socialismo real. En tales formulaciones, esta idea se revela de manera clara en su sentido profundo: manifiesta la pretensión de las

elites dirigentes de legitimar su dominio sobre la base de la posesión de un supuesto saber. Así, la relación *saber-poder* reaparece como sustento filosófico de la vanguardia poltico-ideológica de cuño leninista-stalinista. Un ejemplo ilustrativo es el artículo 126 de la Constitución Soviética editada en 1960, que establece lo siguiente:

Los ciudadanos más activos y más conscientes de la clase obrera, de los campesinos trabajadores y de los intelectuales trabajadores se agrupan voluntariamente en el Partido Comunista de la Unión Soviética, que es el destacamento de vanguardia de los trabajadores en su lucha por la construcción de la sociedad comunista, y que representa el núcleo dirigente de todas las organizaciones de los trabajadores, tanto sociales como del Estado.⁹ (Las negritas son nuestras)

Aunque el filósofo-rey se transmite, en esta formulación jurídica, en una especie de monarca colectivo, compuesto por una restringida capa dominante, el carácter piramidal del sistema nos muestra, históricamente, la existencia de un solo y supremo filósofo-rey en la cúspide del poder. Y éste determinaba, al igual que el con-



cebido por Platón, tanto lo vinculado con los negocios del Estado y la vida privada de los ciudadanos, como lo atinente al arte de la ciencia, la literatura y el carpe. Notable plasmación de la utopía platónica, transformada en profecía cumplida.

4.

La relación entre la utopía y el Sujeto es fundamental para comprender el carácter real de construcciones imaginarias que actúan como ideas-fuerza e impregnan el ámbito histórico de la política práctica.

Vinculado con lo anterior, es útil meditar (pues no se trata de una simple yuxtaposición de modelos ideales y realidades históricas) sobre la fuerza transformadora de las ideas, sobre el carácter práctico de las teorías y sobre la relación genética entre la filosofía política de Platón (y de algunas de sus variantes) y la historia del siglo XX. En esta línea de reflexión, tal vez algunas pistas estimulantes estén congnadas por la llamativa **persistencia** de una idea germinal y de dos mitos políticos a los que ya nos hemos referido repetidamente en este trabajo, y que reaparecen de diversas maneras en muy distintos exponentes del pensamiento occidental: junto a la idea del filósofo-rey, los mitos de la "sociedad perfecta" y del "hombre nuevo", centrales en la filosofía política de Platón.

La idea del filósofo-rey, que en síntesis preconiza que sólo deben gobernar los Elegidos, halla una de sus expresiones contemporáneas más acabadas en la teoría leninista-stalinista de la vanguardia; el artículo 126 de la Carta Magna soviética, cuyo párrafo final hemos transcrito, constituye el correlato jurídico-constitucional de una concepción antidemocrática de la política y de las relaciones sociales, y configura una versión moderna de lo postulado por el filósofo griego, especialmente en la *República* y en la célebre *Carta VII*. Y si bien una de las fuentes ideológicas más inmediatas de tal artículo constitucional puede hallarse en un revelador párrafo del *¿Qué hacer?* de Lenin, éste no es más que la expresión *aggiornada*, nos

2500 años después, de un aspecto nuclear en la vertiente elitista y autoritaria de la filosofía política: mientras Platón habla de sabios y filósofos-reyes, Lenin radica la conciencia socialista y el saber histórico (y, por ende, el ejercicio del poder) exclusivamente en la élite ilustrada.¹¹ No es extraño, entonces, que en un famoso texto haya afirmado que **La subordinación incondicional a una voluntad única es absolutamente necesaria [...]** La revolución [...] exige hoy la subordinación incondicional de las masas a la voluntad única de los dirigentes del proceso de trabajo.¹² (Las negritas

son nuestras).

Es oportuno agregar que este binomio **saber-poder** reaparece también en el moderno culto de los técnicos y expertos, la nueva élite especializada destinada a decidir sobre los problemas básicos de la comunidad, como si actuara en un vacío social y cultural.¹³

La sociedad perfecta es por definición **imperfectible**; se trata de un modelo acabado que excluye toda posible transformación. Precisamente los cambios operados en la sociedad griega de la época (especialmente los que representaron un avance de las ideas democráticas), cambios que para Platón implicaban degradación y deterioro, decadencia e inseguridad, llevan al gran filósofo a añorar una mítica Edad de Oro y a expresar su horror al cambio. Ahora bien, para construir una nueva Edad de Oro hace falta un "pintor de organizaciones políticas", un filósofo-rey omnisciente y todopoderoso que diseñe, en la sociedad misma considerada como la gran tela del artista, una nueva sociedad y un nuevo hombre. Pero una vez construida tal sociedad, toda propuesta o "novedad" que pretenda hacer mella en su carácter perfecto constituye un acto inadmisibles.

Algunos de los nexos claves entre los totalitarismos imaginarios y los

históricos son fácilmente reconocibles: concepción monista, con la consiguiente pretensión de homogeneidad político-ideológica, tanto en aspectos contingentes como en lo referido a los fines últimos; extrema precisión en la codificación de las relaciones sociales, orden jerárquico inmutable; dilución de las fronteras (siempre problemáticas) entre Estado y sociedad, y fagocitación del área de lo privado; reglamentación y previsibilidad de todas las acciones humanas; existencia en la cima del poder de un Líder Supremo (puede ser, entre otros, el filósofo-rey, el Sumo Sacerdote o el Secretario General).

En ambos casos se parte de una filosofía de lo Absoluto y todo Absoluto implica, en su pretensión de abarcar y configurar la totalidad de lo social, político y cultural (incluida la subjetividad individual), la negación del Otro. La contradicción y la diferencia, elementos constitutivos de toda sociedad democrática y pluralista, no tienen cabida en un universo cristalizado, regido también por un Sujeto Absoluto y Único que opera una mágica transmutación de la parte en la totalidad.

5.

Todo ello nos conduce a insistir en tema central: la relación entre la utopía y el problema del Sujeto. Este aspecto es fundamental para comprender el carácter real de construcciones imaginarias que actúan como **ideas-fuerza** e impregnan el ámbito histórico de la política práctica. En tal sentido, puede ser muy revelador un análisis de la estructura de toma de decisiones y de las relaciones de poder que se establecen en las formulaciones utópicas más elaboradas. En el caso de la ciudad ideal platónica (como en la Ciudad del Sol de Campanella, por dar otro ejemplo), la radical asimetría de las relaciones de poder y la supresión del sujeto autónomo aparecen de manera descarnada:

Siendo, pues, así las cosas por naturaleza, es necesario establecer una reglamentación que prescriba a to-

dos los hombres libres la manera de emplear cada una de las horas de su tiempo, sin interrupción, desde el amanecer hasta la madrugada y la salida del sol siguientes.¹⁴

La enunciación anterior es más bien de carácter general, pero en la Ciudad Perfecta todo está previsto hasta en sus menores detalles. De ahí la prescripción según la cual el poeta no podrá componer nada que pueda contradecir lo que la ciudad considera legal, justo, bello o bueno; una vez escrito su poema, no podrá darlo a conocer a ningún particular, antes de haber sido leído y aprobado por los jueces que a ello hubieran designado los guardianes de las leyes.¹⁵

La filosofía del control social que reglamenta las relaciones sexuales y prevé tanto las características de las "administración doméstica" como los criterios estéticos correctos en la música, la poesía y la pintura, determina también el carácter inmutable del orden existente, ya que "no hay cosa más peligrosa que el cambio [...] en las costumbres del alma". De ahí que también se estipule que las tonadas populares, los cantos sagrados y los bailes de la juventud confinguen

leyes que no sea lícito transgredir en una sola nota o en un solo paso de danza. El que respete esta prohibición se verá libre de todo castigo; el que la infrinja será castigado por los guardianes de las leyes...¹⁶

La pretensión de tratar a la sociedad como *tabula rasa* manifiesta una ideología exteriorista acerca de quiénes son los verdaderos actores, los sujetos válidos de los procesos sociales. Y ello implica postular un **sujeto externo** a la sociedad misma, que se coloca por encima o fuera de ella; un sujeto que se asume por sí y

ante sí como la superconciencia de la sociedad, a la que trata como mera arcilla maleable para la consumación del modelo ideal. En tal sentido, las utopías totalitarias, como chalcos de fuerza de la sociedad, son no sólo antirrevolucionarias sino también antirreformistas, pues constituyen cristalizaciones que anteponen el esquema imaginado al "árbol dorado de la vida", para acudir a la célebre expresión de Goethe. Uno de los frutos de ese árbol dorado es la libre intersubjetividad que opera como savia vivificante entre los seres humanos; pero ello no puede tener cabida en el "modelo inmortal" de Platón, ni en una sociedad en que el Estado es considerado como "dios mortal debajo del dios inmortal", según la curiosa fórmula de Hobbes, ni en sociedad histórica alguna que pretenda ser gobernada por sistemas de valores prestablecidos desde las alturas del saber-poder. En los modelos cerrados no hay espacio para la libre intersubjetividad, porque ésta es el reino de lo

imprevisible, la patria de los deseos profundos. Y ello es atributo del sujeto autónomo, individual y/o colectivo, inconcebibles tanto en el mundo de las prescripciones platónicas como en la plasmación terrenalizada de utopías redentoristas que eliminan de antemano toda sorpresa y toda incertidumbre.

6.

Las utopías no sólo constituyen proyectos de sociedad más o menos elaborados, sino que implican también —y éste es su punto de partida— una crítica de la sociedad existente, que se refiere tanto a la moral pública y privada como a las costumbres, a las creencias y al gobierno de la sociedad. Aunque parezca obvio, siempre es útil preguntarse desde dónde se formula esa crítica, a partir de qué concepción de la vida social y del ejercicio del poder. Este es un punto básico, porque de ahí deriva el carácter real de las utopías que se proponen como respuesta a los males de la sociedad. Cuando se presentan como **sistemas acabados**, asistimos casi siempre a un doble discurso:¹⁷ el discurso de los Fines (la Igualdad, el Bien, la Verdad, la Justicia, el Amor, la Felicidad, la Humanidad), y el discurso de las relaciones de poder, de las estructuras y mecanismos de toma de decisiones, que se describen y postulan como los medios que aseguran la consecución de los Fines. Y aquí podemos encontrarnos con que la propuesta utópica implica la instauración de relaciones políticas y sociales centralizadas y asimétricas; aunque con nuevas modalidades respecto de la organización de la sociedad, se postula de hecho la mera **transferencia del monopolio del poder**, desde la antigua clase dominante a una nueva élite, cuyas buenas intenciones e "ideales" explícitos (el discurso de los Fines) legitimaran su carácter



de Gufa Suprema de la sociedad. Estamos ante un modelo cerrado, cuyos frutos imaginarios e históricos podríamos resumir en dos ejemplos emblemáticos: el *Libro Único* que en la Ciudad del Sol los magistrados leen al pueblo para adocinarlo, y el *Libro Rojo de Mao*, que al igual que el primero contiene todo lo que se necesita saber. El igualitarismo hacía abojo que caracteriza a algunos de estos modelos, suele aparecer estrechamente vinculado, en la historia política, a visiones milenaristas, sustentadas en una supuesta comprensión de la Totalidad y en la idea de la inevitabilidad de acontecimientos que estarían inscritos en las propias leyes del desarrollo social.

Como observa Kolakowski, la utopía se vuelve siniestra cuando, partiendo de certidumbres inamovibles, "creemos poseer una especie de técnica de Apocalipsis, un instrumento para dar vida real a nuestras fantasías". En tales casos, "la utopía implica un fin último [...] y todos los medios que conducen a él pueden parecer válidos".¹⁸ Cabe pensar también que toda utopía que pretenda eliminar la existencia misma del conflicto y construir una sociedad totalmente homogénea y armoniosa será siempre una fuente inagotable de intolerancia y despotismo.

Finalmente, es oportuno reflexionar sobre la dimensión utópica como parte insoslayable del proceso de humanización del género humano. Ello configura el principio de Esperanza,¹⁹ que estaría, a nuestro juicio, en el polo opuesto a los proyectos de sociedad "perfecta", proyectos que pueden alcanzar —y así ha ocurrido!— la magnitud de una tragedia histórica. Frente a las filosofías de lo Absoluto, considero que puede postularse la construcción de una utopía democrática, gradualista, que incorpore el disenso y la descentralización del poder como elementos básicos de la vida social; frente a quienes preconizan una sociedad previsible y "perfecta" en todos sus aspectos, es posible concebir una utopía modesta, abierta, si así puede decirse, que junto a los principios de



igualdad, solidaridad, libertad y justicia, y a la aceptación de las diferencias, asuma el principio de incertidumbre y la idea de la falibilidad de todas las acciones humanas.□

Notas

¹ Platón, *República*, EUDEBA, Buenos Aires, 19a. ed., 1988, p.358.

² *Ibidem*, p.359.

³ *Ibidem*, p.360.

⁴ Una excepción en nuestro medio es el excelente libro de José Enrique Miguens, *Política sin pueblo. Platón y la conspiración antidemocrática*, Emecé Editores, Buenos Aires, 1994. El enfoque de Miguens, político-sociológico, y su inteligente análisis, hacen de esta obra una lectura indispensable para los interesados en el tema.

⁵ El concepto fue puesto en boga, en 1933, por Carl Schmitt, en el libro *Estado, movimiento, pueblo*, publicado en Hamburgo, Alemania. El mismo año su discípulo Ernst Forsthoff publicó la obra *El Estado Total*. También en ese año, Hitler hizo suya la fórmula en su discurso ante el Congreso Alemán de Juristas. (Tomado de Jean-Pierre Faye, *Los lenguajes totalitarios*, Taurus, Madrid, 1974, pp.47-54).

⁶ Claude Roy, "El infierno utópico", en revista *Vuelta*, N°42, México, mayo de 1980, pp.43-44.

⁷ La dictadura militar que ensangrentó a la Argentina entre los años 1976 y 1983 aportó al respecto una avanzada metodología para la sustracción de "hijos de hombres

perversos" y fue aun más radical que Restif de la Bretonne: los bebés eran arrancados a las prisioneras inmediatamente después del parto, sin esperar el "lapso de lactancia". Pero eso sí, y de acuerdo con lo que establece De la Bretonne, los depositarios de tal botín de guerra no debían revelar "a nadie el secreto de sus nacimientos".

⁸ François Conchard, "Cambaya hoy", en revista *Criterios*, N°1768, Buenos Aires, julio de 1977, pp.386-491.

⁹ Karl Popper, *La sociedad abierta y sus enemigos*, Paidós, Barcelona; Martín Buber, *Caminos de utopía*, Breviarios, FCE, México; Lucio Colletti, *La superación de la ideología*, Ediciones Cítedra, Madrid; hay varias ediciones.

¹⁰ *Constitución (Ley Fundamental) de la Unión de Republicas Socialistas Soviéticas*, Ediciones Extranjeras, Moscú, 1960, p.104.

¹¹ En un lenguaje afín al conductismo, Lenin señala que la conciencia socialista "es algo introducido desde fuera", y que la socialdemocracia debe llenar al proletariado de esa conciencia y de la misión que le corresponde. Hay muchas ediciones del *¿Qué hacer?* Para esta referencia me he basado en la 2a. ed. de Akal Editor, Madrid, 1978, p.39.

¹² W.I. Lenin, "Las tareas inmediatas del poder soviético", *Obras escogidas*, Editorial Problemas, Buenos Aires, 1946, tomo III, pp.471-472.

¹³ Es un tema para reflexionar, porque el carácter antidemocrático de esta concepción, vinculada a la Utopía del Mercado como Supremo Decisor a nivel no sólo nacional sino (y sobre todo) mundial, tiene su correlato en la hiperconcentración del poder económico transnacional. Y este poder económico tiende a confundirse con el poder político real. Todo lo cual nos puede conducir a un megalotalitarismo de magnitud universal. ¿Estamos ante otra construcción imaginaria cuyo topos histórico será, esta vez, el mundo entero?

¹⁴ Platón, *Las leyes*, Ediciones Aguilar, Madrid, 1979, 4a. reimprisión, Libro VII, p.1401.

¹⁵ *Ibidem*, p.1397.

¹⁶ *Ibidem*, p.1396.

¹⁷ Contrariamente a las utopías de raíz marxista y socialista, las utopías totalitarias de tipo nazi y fascista presentan una mayor congruencia discursiva, puesto que sus fines explícitos son correlativos al tipo de sociedad que promueven. El autoritarismo radical y la brutalidad extrema de los sistemas que establecieron no son contradictorios respecto a su doctrina explícita, abiertamente antihumanista.

¹⁸ Leszek Kolakowski, "La noche del marxismo", entrevista, en revista *Utopía*, N°101, abril de 1985, p.34.

¹⁹ Ernst Bloch, *Principio de esperanza*, varias ediciones.



Congreso Marx International París, 27-30 de setiembre de 1995

El día 5 de abril, en la Facultad de Ciencias Sociales, se constituyó el Comité Argentino de Auspicio al Congreso Marx International, en una reunión presidida por el Decano de la Facultad, Juan Carlos Portantiero, y coordinada por Alberto Kohen, en representación de *Actuel Marx* en la Argentina.

El Comité quedó abierto a todas las adhesiones que se vayan recibiendo.

El Congreso se realizará del 27 al 30 de setiembre en París.

El acto de apertura tendrá lugar en la Sorbona y los talleres funcionarán en la Universidad de París X, Nanterre.

La organización del Congreso no se hace cargo de ningún pasaje, pero está en condiciones de asegurar la estadía a quienes comuniquen con anticipación su concurrencia, con alojamientos en domicilios particulares o en hospedajes muy económicos, asegurando la comida en el restaurante de la Universidad.

El día sábado 30 está previsto el funcionamiento de un taller sobre América latina que será coordinado por el Comité y las revistas argentinas que auspician el Congreso en nuestro país.

Varios auspiciantes y participantes de nuestro país han hecho llegar su propósito de presentar ponencias, algunos también los temas que piensan tratar, otros los títulos de sus trabajos.

Sería importante conocer con la mayor anticipación posible quiénes viajarían al Congreso, temas de ponencias, títulos y *abstracts* de las mismas, se propongan o no viajar sus autores, ya que el Comité se encargaría de hacer llegar los respectivos trabajos para su inclusión en los talleres de discusión que correspondan.

Participan las siguientes publicaciones e instituciones:

Revistas: *Actuel Marx* edición argentina, *La Ciudad Futura*, *Doxa*, *Tesis XI*, *Cuadernos del Sur*, *El cielo por asalto*, *El ojo mocho*, *Apuntes del mañana*, *Delito y sociedad*.

Institutos: Fundación Juan B. Justo, CERET (Centro de Reflexión y Estudios Sociológicos del Encuentro Cristiano), FICSYP (Fundación de Investigación en Ciencias Sociales y Políticas), CICSO (Centro de Investigaciones en Ciencias Sociales), Club de Cultura Socialista, EURAL (Fundación Europa América Latina), Centro HACER (Rosario).

Comité Argentino de Auspicio

Los interesados en adherir, participar o enviar ponencias al Congreso pueden dirigirse al Comité en la facultad de Ciencias Sociales, M.T. de Alvear 2230 (Decanato) o al representante de *Actuel Marx* (Alberto Kohen, telefax 01-832-2319) o a la Dirección de las revistas e instituciones auspiciantes.

LIBROS

Juegos del ver: ni física ni metafísica

Observaciones sobre los colores. Ludwig Wittgenstein. Instituto de Investigaciones Filosóficas de la UNAM y Paidós Estética, Barcelona, 1994.

El color como concepto puede ser pensado de dos modos claramente distintos. Por un lado estaría el color ideal—por ejemplo, el blanco puro—, que no sería otra cosa que el uso ideal de ese color. Por el otro, el uso de uno o varios colores a los que nos referiríamos con la palabra blanco, en el interior de un juego de lenguaje, en el interior de, por ejemplo, nuestro juego de lenguaje.

¿Qué significa todo esto, queusamos equivocadamente el término? No, fundamentalmente nos enseña acerca de cómo usamos correctamente los conceptos de color y acerca de la posibilidad de

mos, aun así no estaríamos forzados a reconocer que ellos ven colores que nosotros no vemos". No hay más criterios posibles que los interiores a un juego de lenguaje para hablar acerca de lo que vemos, fundamentalmente lo que no hay son criterios comunes a todo juego de lenguaje que nos sirvan de referencia firme para contrastar nuestras experiencias visuales.

Está muy claro que *Observaciones sobre los colores* es un libro de filosofía, más precisamente una ejercitación concreta del análisis filosófico wittgensteiniano con la idea de conceptos de color como excusa. No se trata entonces de desarrollar una teoría—física o psicológica—del color, sino más bien de dar con la lógica de los conceptos de color. La gramática que

justifica el ejercicio analítico será por esto mismo muy distinta de las otras gramáticas que la reflexión sobre el color han dado a luz. Todas ellas—incluida la de *Observaciones*—son estructuralmente matemáticas, pero ocurre que las gramáticas no wittgensteinianas son ideales en el sentido mencionado, mientras que la gramática de Wittgenstein no sabe nada acerca de sí como interviene.

Los colores brillan en su entorno como sólo en una cara sonríen unos ojos. No tenemos a nuestro alcance una afirmación más trascendente que ésta, no está claro cuál podría ser el principio rector de toda comparación cromática. ¿Acaso no es posible que nuestros brillantes colores sean apagados en otros entornos como

nuestros sonrientes ojos no lo son por sí mismos sino en un rostro en particular?" ¿No es posible imaginar que ciertos hombres tienen una geometría del color diferente de la nuestra?, es decir, ¿no es posible imaginar gente con otros conceptos de color que los nuestros?"

Elijamos posibles respuestas a estas preguntas. Wassily Kandinsky respondería con un contundente No. Lo que sí es posible es encontrar gente que asocia la significación, inmanente a los colores, a distintas costumbres culturales. Pero de todos modos la gramática del color de esa gente será la nuestra, la común a todos los hombres.

Una respuesta contraria nos la daría Josef Albers. Para él si quiera es posible imaginar una gramática del color cualquiera. Los

colores sólo asumen una apariencia para nosotros en interacción con los otros colores y las formas. Esta apariencia se renueva cada vez y no es común ni siquiera en el interior de un juego de lenguaje. Pon cien personas, dirá Albers, frente al mismo logo de *Coca-Cola*, luego pide que elijan un mismo rojo y finalmente obtendrán cien rojos distintos.

¿Qué significa esto? ¿Significa acaso que o bien todos vemos idéntico o bien que todos vemos colores completamente distintos? ¿Significa que la comunicabilidad, la existencia de asuntos acerca de los cuales nos podamos entender, o nos está garantizada por siempre o nos está vedada eternamente? No, sólo habla del olvido acerca de que "alguien que habla del carácter de un color piensa siempre en uno de los modos en que se lo usa". La conclusión de Wittgenstein siempre es ésta: distintos juegos, distintos con-

ceptos; pero en el interior del juego, relaciones lógicas compartidas por los jugadores, gramática. No hay concepto de color puro por naturaleza, pero sí hay conceptos de color en el interior de los dis-

tintos juegos de lenguaje. "Después de todo, no hay ningún criterio comúnmente aceptado de lo que sea un color, a menos de que sea uno de nuestros colores".

Martín Plot

Un escritor para la Nación Argentina

Borges, un escritor en las orillas. Beatriz Sarlo. Ediciones Ariel, Buenos Aires, 1994.

"No trabajó para la posteridad ni aun para Dios, de cuyas preferencias literarias poco sabía. Minucioso, imóvil, secreto, urdió en el tiempo su alto laberinto invisible".

Jorge Luis Borges. *El milagro secreto*

La exhaustividad del recorrido que Sarlo realiza para establecer sus hipótesis de lectura sobre la producción de textos literarios en nuestro país es una experiencia que tiene como centro consagrado los textos de Jorge Luis Borges.

Su cercamiento, su merodeo a los textos de

Borges se ha ido cumpliendo a través de los años en una intensa producción crítica que realizó tanto en sus publicaciones de análisis y crítica literaria, en artículos de la revista *Punto de Vista*, como en su trabajo docente de titular de la cátedra de Literatura Argentina.

Este libro cierra finalmente ese cerco. Un libro que nace, paradójicamente, de conferencias dictadas en una universidad extranjera (Cambridge), en idioma inglés (*Jorge Luis Borges: A Writer on the Edge, 1993*), para, luego, ser traducido al es-

pañol. Esta última característica es la que hace a la forma del texto: un escrito que parece encarado para su exportación y, consistentemente, consiste en un itinerario a la manera de una galería de arte. Es decir, utiliza una discursividad que, sin volverse demasiado técnica (pocas notas al pie, escasa jerga de la crítica y del análisis literario, escasa exposición de ejemplos del texto analizado), de ninguna manera se convierte en simplista. Oscila entre la línea del texto de divulgación y la del análisis literario erudito. Muchos de sus extensos trabajos críticos anteriores (sobre los martinferistas, sobre Sarmiento, sobre las publicaciones populares de principios de siglo en Buenos Aires, sobre los románticos, etc.) son, filigránicamente, el humus donde se asienta este ensayo.

No hay que olvidar que su libro anterior (*Escenas de la vida postmoderna: intelectuales, arte y video-cultura en la Argentina*) apuntaba no sólo a un lector que perteneciera al círculo de cultores de monografías académicas sino, también, a uno no especializado. En *Escenas* Sarlo incurrió en otro tipo de estilo: el ensayo. Ambos textos tienen en común el intento por clarificar los propios pensamientos antes que basar su autoridad en las citas eruditas. Al ser consultada sobre su aprendizaje profesional, Sarlo explicó que entre profesora, crítica, teórica, prefirió el ensayista porque "el ensayo es un género que permite introducir algo de la subjetividad de quien escribe".

En *Borges, un escritor en las orillas* la hipótesis central de la ensayista Beatriz Sarlo gravita en que Borges es el escritor más argentino. Esto más argentino es producto básicamente de una nación periférica, son los ojos que le per-



NUEVA SOCIEDAD

Director: Haldiff Schmidt

Jefe de Redacción: S. Chejfec

SUSCRIPCIONES
(Incluido flete aéreo)
América latina
Resto del mundo
Venezuela

ANUAL (6 núms.)	BIENAL (12 núms.)
US\$ 50	US\$ 85
US\$ 80	US\$ 140
Bs. 1.900	Bs. 3.500

PAGOS: Cheques en dólares a nombre de NUEVA SOCIEDAD. Dirección: Apartado 61712-Chacao-Caracas 1060-A, Venezuela. Rogamos no efectuar transferencias bancarias para cancelar suscripciones.

Espacios

de crítica y producción

PUBLICACION DE LA FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS - UBA

Comité de Redacción:

Jorge Dotti, José Szabon, Gladys Palau y Pablo Gentili

Secretario de Redacción:

Carlos Dámaso Martínez

DILEMAS DE LA OPOSICIÓN

Director: Alfredo Bravo

Todos los meses, información y análisis sobre el país y el mundo desde una perspectiva de izquierda democrática.

Suscripción anual (12 números) \$ 36.-
Casilla de Correo 188, Sucursal 1, Capital Federal,
Tel.: 954-1113 int. 3337.

PUNTO DE VISTA

Nº 52 - AGOSTO DE 1995

A diez años del juicio a las Juntas / Liberalismo y menemismo
Dilemas de la oposición / La democracia mediática

Altamirano-Nun / Arfuch / Sarlo / De Privitello / Myers
Gramuglio / Ascher / Delgado / Vezzetti

miten organizar un discurso que oscila entre la crítica cultural y política y el análisis minucioso de los textos. En esta oscilación se dibuja el linaje teórico de Sarlo. Por un lado, representante de una generación posterior a la reconocida alrededor de la revista *Contorno* (David Viñas, Ismael Viñas, Oscar Massotta, etc.), que inaugura en Argentina la lectura de la ficción desde el marxismo clásico y el existencialismo. Por otro lado, pero al mismo tiempo, esta generación subsiguiente a Viñas fue filtrada por la gran ola de la crítica francesa: la estructuralista y la post. Después de estas dos grandes líneas de pensamiento crítico, cuyo único punto en común era la propuesta de opciones binarias excluyentes, se produce un intento por rever las conexiones entre texto y extra-texto desde teorías que la

complejizan desechando el determinismo. Así es como comienzan a ser leídos los que se podrían llamar el "Grupo B": Bajtin, Bourdieu, Berman y (en el caso de Sarlo, un favorito) Benjamin, autores que, en su mayoría, son analizados entre otros por Beatriz Sarlo y Carlos Altamirano en *Literatura/Sociedad* (1983). Uno de los conceptos que adquiere mayor fuerza en los escritos de Sarlo es el de "imaginario" que en su último libro utiliza para purgar a los textos de Borges de su supuesto apolitismo o, como fue visto en los 60, de su mote de "autor de derecha".

Para repositonar a los textos de Borges dentro del momento en que son escritos, Sarlo presenta un "mapco" del contexto histórico-político que va desde la situación del campo intelectual, pasando por la incipiente conformación de la ciu-

dad de Buenos Aires en cuanto sociogeografía y rápida entrada a la modernidad, hasta el surgimiento de los nacional-socialismos en Europa y la Segunda Guerra Mundial.

El supuesto fundamental de pensar a la literatura inscrita por sus mecanismos discursivos e institucionales en los procesos históricos, es lo que permite que en este texto el recorrido por la producción de los escritores sea un recorrido por nuestra historia. Así van apareciendo Borges y sus precursores: Sarmiento con su dicotomía fundante civilización/barbarie y su reformulación en las "orillanas" de Borges; el *Marlin Fierro* y la gauchesca con la oposición ciudad/campo y la ficción argentina como eminentemente urbana. La ciudad en el imaginario de la época con sus vertiginosa modernización y mezcla de corrientes inmigratorias; y sus huellas en la oralidad. Los acontecimientos entre lo privado y lo público. La discusión teórica (antes o simultáneamente con las modernas y posmodernas teorías literarias) con el realismo, graficada con la infaltable cita a los camellos ausentes del Corán. La tradición de la traición de la traducción. *Qaphqa* y las tramas de la razón, la desestabilización de los géneros, etc.

El punto más intere-

sante y, tal vez, más novedoso en esta excursión por el mapeo funcional de nuestro país converge en la problemática que durante años fue lapidaria para Borges y sus textos: la relación de éstos con la política. Este asunto, si bien después de tres décadas dejó de causar la molestia de antaño, sigue, sin embargo, generando polémicas. Para contestarlas, la hipótesis de lectura que Sarlo arma, priorizando al "orden" como la forma imaginaria que tiene Borges de pensar y responder a los problemas sociales y políticos desde la ficción, por momentos se percibe más como una necesidad de respuesta de la propia Sarlo que del mismo Borges. Lo que, en realidad, resulta consecuente con la poética de Borges: la escritura debe ser entendida como escritura de lecturas y no como escritura de invenciones.

Este recorrido por los textos de Borges es, sin duda, impecable puesto que la maquinaria que ha armado Sarlo funciona a la perfección en lo que hace a la coherencia de lecturas, sin llegar a saturar el texto. Se puede señalar, tal vez, alguna ausencia como, por ejemplo, la de Macedonio Fernández, que queda afuera a expensas de la aparición abundante de Leopoldo Lugones.

En todo caso, este es otro texto que habla sobre los textos de un hombre que pensó el universo como un universo de libros: "La certidumbre de que todo está escrito nos anula o nos autanasma. Yo conozco distritos en que los jóvenes se posternan ante los libros y besan con barbarie las páginas, pero no saben descifrar una sola letra", Jorge Luis Borges, *La biblioteca de Babel*.

Verónica A. Pagura

Las actas de la lectura

El Orden de los libros. Lectores, autores, bibliotecas en Europa entre los siglos XIV y XVII. Roger Chartier. Gedisa, Barcelona, 1994.

Desde hace una década y media, aproximadamente, la lectura se ha convertido en el motivo de una serie de indagaciones que poco a poco fueron trazando el perfil de lo que hoy conocemos como "historia cultural". Roger Chartier, Michel de Certeau, Carlo Ginzburg y Robert Darnton figuran entre sus más importantes propulsores. Aunque desde enfoques distintos y con acentos diversos, una doble convicción orienta las pesquisas de estos historiadores. Primero, que la lectura no está inmediatamente inscrita en el texto —aunque este último presuponga siempre un lector modelo— y que, en consecuencia, existiría una distancia —sólo precisable a posteriori y según cada caso— entre los sentidos propuestos por el texto mismo y la inter-

pretación que de él hará el lector. Segundo, y por banal que parezca la afirmación, que todo texto existe en la medida en que hay un lector dispuesto a dotarlo de significación. Dicho de otro modo, no debemos confundir el lector textual con el lector empírico. Lo que va de uno a otro —esa distancia que, como decíamos— es el territorio que la historia cultural recorta como campo de sus interrogaciones.

Ahora bien, ¿cómo aprehender aquello que, como la lectura, no deja marcas o sólo ocasionalmente? ¿Qué evidencias permitirían aprehender las formas de la lectura? Pocas, en efecto, y el adverbio resume todo el problema de la representatividad de los resultados que pueda arrojar una historia de esta naturaleza. Los lectores —"nómadas furtivos a través de campos que

ellos no han escrito", según la inmejorable expresión de Certeau— raramente dejan testimonio de su actividad. Usurpan sin dejar una huella precisa, inconfundible, de las fantasías y los deseos que anudaron en sus lecturas. En ese sentido, escribir la historia de la lectura es algo así como emprender una arqueología del silencio. Pero, nuevamente, ¿cómo restituirlo?, ¿dónde capturar su sentido? Inevitablemente, leyendo en la tierra del prójimo, esa que el lector asalta —asaltó, más bien— furtivamente. Curioso y enorme desafío. Para recuperar al lector olvidado, el historiador, otro lector en tierras ajenas, deberá realizar un esfuerzo de imaginación suplementario: tiene que forjar a su lector leyendo del modo en que se lo han imaginado sus escritores y sus editores. Tiene que transitar (leer), por tierras dobladas, por tierras de cierre, por tierras de cierre ajeno. De éstas, Chartier presta especial atención a la de los editores. Al respecto, el análisis que en otros de sus libros ha dedicado a la Biblioteca Azul —un conjunto de textos de divulgación de origen no popular pero de enorme éxito entre los sectores populares durante el *ancien régime*— ilustra muy bien la lectura que practica el historiador. En efecto, el autor reconstru-

ye el perfil del lector a partir del análisis de todo una serie de operaciones culturales — que van desde las dispositivos gráficos hasta la censura de ciertos fragmentos considerados como obstáculos a la lectura — por medio de las cuales los editores ofrecían los textos al mundo público. El carácter popular de la Biblioteca Azul no residió, por consiguiente, en el valor intrínseco de los textos —no fueron escritos para un público— sino en una fórmula editorial que supo adaptarlos a las disposiciones culturales de sus futuros lectores. En la imaginación de esos editores Chartier lee, precisamente, el perfil de los lectores objetos de su escritura: sus modos de leer y sus imaginarios sociales.

Pero vayamos a la historia cultural y su *modus operandi*. Su conformación supuso hacer frente a, por lo menos, dos enfoques tributarios de dos abstracciones. Por un lado, a la tradición de

la crítica literaria de inspiración estructuralista, cuya atención se centraba exclusivamente en el espacio del texto, estrategia que obedecía a una precisa concepción del sentido según la cual su origen es el resultado de las relaciones que los signos guardan entre sí, independientemente de su referencia y de su relación con el lector. Por el otro, a la tradición historiográfica de los *Annales* y su marcado énfasis en la historia cuantitativa. Frente a ello, entonces, la historia cultural desplaza —aunque sin abandonarlo— el análisis inmanente del texto al colocarlo en un circuito sociocultural en el que participan, entre otros, lectores y editores y propone un abordaje de carácter cualitativo sobre el inventario, ciertamente necesario pero no suficiente, de los materiales escritos llevado a cabo por los estudios cuantitativos. Este desplazamiento está en el centro de las nuevas preguntas que

PROMETEO LIBROS

Corrientes 1916
(1045) Buenos Aires
Tel./Fax 953-1165

El Príncipe

REVISTA DE CIENCIA POLÍTICA

Publicación trimestral
de la Asociación de Especialistas y
Maestros en Ciencia Política de la
Provincia de Buenos Aires

Avenida 13 N° 857, oficina 14 (1900) La
Plata - Provincia de Buenos Aires -
Argentina
Tel. 54-21-211855
Fax 54-21-259023

ESRIT

Revue Internationale

Directeur: Olivier Mongin

212, rue Saint-Martin, 75003 Paris

LETRA INTERNACIONAL

Directores:

Luis Goytisolo y Antonin J. Liehm

Redacción y administración:
Monte Esquinza, 30. (28010) Madrid

se formula Roger Chartier. Una vez que se ha respondido quiénes leen, cuánto y qué —trabajo verdaderamente encomiable de la historia cuantitativa— es necesario interrogar la manera en que se lee y la relación que los lectores tienen con aquello que leen. El proyecto consiste entonces en "capturar las redes de prácticas que

organizan los modos, histórica y socialmente determinados, de relación con los textos". Esas redes son las que están en el origen de las "comunidades interpretativas", término que Chartier toma de Stanley Fish y que le permite moderar la libertad del lector que amenazaría convertir el proyecto de una historia de la lectura en

una tarea imposible, pues —siendo cada lectura irreductible a las otras— su mapa terminaría convirtiéndose en el territorio, según una referencia borgueña.

Las dificultades que presenta una historia de la lectura exige entonces multiplicar y diversificar las estrategias analíticas. El proyecto historiográfico de Chartier es, necesariamente, un híbrido disciplinario. Anuda la historia social, la crítica textual, la *analytical bibliography* anglosajona y hasta la sociología. Esta apuesta multidisciplinaria podemos leerla en el título: No ya el texto sino los libros. La operación no es un simple cambio

de nomenclatura. Señala más bien el horizonte de interrogación del historiador. Tomar al libro como objeto —que no excluye ciertamente al texto— tiene, al menos, dos consecuencias importantes para una historia de la cultura como que la practica Chartier. Si por una lado completa la cuestión del sentido de la circulación de lo escrito al no limitarla al espacio interno del texto sino atendiendo a todos aquellos caracteres tipográficos y de ordenación y compaginación con que se los da a leer, simultáneamente con ello permite alumbra una serie de prácticas culturales que, como las de los editores, intervienen

de manera decisiva en el destino de los textos. La distancia que va del texto al libro —"los autores no escriben libros"; no, escriben textos" dice Chartier— se convierte así en el teatro de una serie de operaciones de orden cultural —tipográficas, puntuación, ilustración, paginación, etc.— que no sólo afectan la identidad del texto sino que también anticipan las formas de su lectura. Frecuentemente descuidado por la historia de la literatura y la crítica, el espacio que abre esa distancia resulta decisivo para indagar los procesos sociales de construcción del sentido de los textos.

Precisamente son

esas operaciones las que dan origen a ese "orden" de los libros que Chartier se propone reconstruir. En ese orden, que prefiere un público al tiempo que lo construye, Chartier busca al lector, cazador furtivo.

Los tres ensayos que integran el libro sacan a luz dicho orden a través del análisis de tres conceptos: el de la lectura, el de autor y el de la biblioteca.

En relación al primero, Chartier historiza las formas de la lectura durante el *ancien régime* conjugando dos opciones metodológicas: por un lado, el análisis de los textos, sus motivos discursivos y sus formas materiales y, por el

otro, una escrupulosa atención a las circunstancias y a las condiciones en que dichos textos son leídos, es decir, a los principios de interpretación a partir de los cuales una "comunidad interpretativa" se relaciona con los textos. Cabe aclarar que dichos principios no adivinan exclusivamente a competencias lingüístico-formales sino a todo un conjunto de hábitos culturales, representaciones y disposiciones que moldean las prácticas de la lectura.

Más que el origen social de los autores, el ensayo que Chartier dedica a la figura del autor —y que retoma y somete a examen una serie de hipótesis al

respecto de Michel Foucault— está destinado a reconstruir la aparición del autor (función-autor) como principio de clasificación de los textos en un momento en que la asociación entre escritores, protectores e impresores complicaba el concepto mismo de autoría. Por último, en el ensayo que dedica a las bibliotecas Chartier analiza el afán recopilatorio del saber que atormentó a los hombres de la modernidad a la luz de las distintas acepciones del término biblioteca: como lugar físico donde se colocan los libros y como libro que contiene los catálogos de los libros. En estas dos acepciones diferentes del tér-

mino Chartier lee la tensión en la que se encontraron los hombres de letras entre el intento de construir una biblioteca universal —necesariamente inmaterial, catálogo de los catálogos— y la biblioteca particular, física, inevitablemente incompleta,

particular. Por eso, según lo cuenta Borges "...cuando se proclamó que la biblioteca abarcaba todos los libros, la reacción fue de extravagante felicidad". No era para menos. □

Alejandro Blanco

PENSAMIENTO UNIVERSITARIO

Director: Pedro Krotsch

NOMBRES

REVISTA DE FILOSOFÍA

Publicación del área de Filosofía del Centro de Investigaciones de la Facultad de Filosofía y Humanidades

Universidad Nacional de Córdoba

Novedades

El lenguaje y las instituciones filosóficas. Jacques Derrida. Paidós, Barcelona, 1995, 134 páginas.

Derrida es el inventor de un método, que en realidad es una suerte de antimétodo: la deconstrucción. Deconstruir es una forma particular de leer la filosofía y su historia. Consiste en detectar los nudos oscuros de los grandes discursos filosóficos, aquellos por donde el sistema exhibe su fisura. Deconstruir un pensamiento es capturar en su margen impensado la imposibilidad de la totalización del sentido. En este texto el autor somete a análisis las relaciones entre la lengua como condición de

posibilidad de la filosofía y determinadas instancias institucionales y sus proyecciones históricas, políticas y sociales en las que se plantean los problemas básicos de la traducción. Derrida explora dicha cuestión en ciertos textos de Descartes, Kant y Schelling.

La espiral del silencio. Opinión pública: nuestra piel social. Elisabeth Noelle-Neumann. Paidós, Barcelona, 1995, 332 páginas.

Desde su aparición, la opinión pública ha suscitado innumerables debates en el campo de las ciencias sociales. Aun a riesgo de simplificar la complejidad de

distintas posiciones podríamos arriesgar que las mismas se polarizaron en dos tesisuras. Por un lado, la de aquellos que ven a la opinión pública como la verdadera sede de la soberanía política y, por el otro, las que, denunciando el carácter ficticio de su presunta universalidad, perciben en ella la coartada perfecta para legitimar intereses particulares. La autora de este libro aborda el fenómeno desde una de las categorías actualmente más controvertidas: la manipulación. De ahí que las conclusiones a las que arriba no resulten del todo convincentes.

De la economía ecológica

al ecologismo popular. Joan Martínez Alier. Nordant/Icaria, Montevideo, 1995, 286 páginas.

El punto de partida del libro de Alier es la crítica a un prejuicio dominante sobre el ecologismo según el cual la preocupación ecológica consiste en una exaltación de valores posmaterialistas, privilegio exclusivo de los adinerados. Contrariamente a ello, el trabajo presenta la tesis de la existencia de un "ecologismo de los pobres". Al respecto, el autor realiza una encendida defensa de la eficiencia de ciertas modalidades productivas tradicionales de los países del Tercer Mundo, tanto en tér-

minos energéticos como de satisfacción de necesidades. En este sentido, Alier critica duramente los postulados del Informe Brundtland, donde la pobreza es vista como causante del deterioro ambiental como si ella fuera tan responsable de la degradación de la bioesfera como el despilfarro energético del Primer Mundo.

Políticas sociales y estrategias habitacionales. Oscar Grillo, Mónica Lacarriue y Liliana Raggio. Espacio Editorial, Buenos Aires, 1995, 119 páginas.

No obstante la diversidad de los enfoques, un propósito común alienta los

trabajos que integran este volumen, a saber: aportar una serie de perspectivas y elementos analíticos para la comprensión de las nuevas formas de estructuración del espacio urbano.

Los autores abordan la cuestión combinando un análisis del desempeño del Estado en las políticas de viviendas con un análisis de las distintas prácticas llevadas a cabo por los actores implicados en dichas políticas. Así, el trabajo de Grillo se ocupa de los asentamientos de los sectores populares de la Capital Federal y Gran Buenos Aires, mientras que el de Raggio efectúa un análisis comparativo de las estrate-

gias de autoconstrucción y las políticas de relocalización de habitantes del albergue Warnes. Por último, Lacarriue apunta a la estrategia de ocupación de conventillos como una de las alternativas habitacionales de los sectores populares urbanos.

El relato cinematográfico. André Gaudreault y François Jost. Barcelona, 1995, 172 páginas.

Entre un film mudo y uno sonoro, entre un policial y una comedia, hay, efectivamente, muchas diferencias. No obstante, todos tienen algo en común, un parecido esencial: todos ellos, a su manera, se proponen

contar una historia. A través de ciertos conceptos claves de la narratología como los de narrador, tiempo y punto de vista, los autores del libro se proponen precisamente desentrañar las estructuras del relato cinematográfico. Estare construcción de las estructuras narrativas arroja como resultado una nueva visión de las épocas, los géneros y los autores que traman la historia del celuloide. En fin, un libro atractivo tanto para los especialistas como para todos aquellos que tienen curiosidad por los problemas que plantea el relato y sus diversos mecanismos.

A.B.

ENSAYO

El ejército laboral de reserva también beneficia al Estado de bienestar*

Andrea Bolteni

La innovación tecnológica reduce la ocupación en la industria y en los servicios vendibles. Depositar las esperanzas en una recuperación productiva es riesgoso. Con una política de desarrollo de la oferta y la demanda de los servicios socialmente útiles, puede promoverse simultáneamente la plena ocupación y la calidad social.

El de la "plena ocupación" está entre aquellos temas que un *welfare State*, aun renovado e incluso repensado de raíz, no puede dejar librados a las fuerzas espontáneas del mercado, especialmente hoy, cuando la desocupación en masa ha alcanzado los niveles más altos de la posguerra. Y es así porque tales fuerzas espontáneas no han sido nunca capaces de resolver el problema (la existencia de desocupación involuntaria persistente es considerada por los economistas como la más relevante **falla del mercado**) y mucho menos en los años recientes, en los cuales se han manifestado fuertes fenómenos de "histéresis" y una cada vez menor tendencia a disminuir de la tasa de desocupación, incluso durante la fase ascendente del ciclo económico. Depositar simplemente la confianza en la recuperación productiva es hoy mucho más riesgoso que en el pasado.

Acaso sea útil recordar que en los doce países de la actual Unión Europea la tasa de desocupación alcanzaba, antes de 1974, un promedio de entre el 2 y el 3 por ciento de la fuerza de trabajo y que, después del primer shock petrolero, la tasa de desocupación aumentó hasta casi el 6 por ciento, para elevarse por sobre el 10 con el segundo shock petrolero, de 1979-80. La grande y prolongada recuperación de los años 80, aunque conjugada con profundas reestructuraciones y reorganizaciones industriales y con la primera crecida de la ola informática, no ha hecho bajar la tasa de desocupación de estos países por debajo de la media del 8 por ciento, denunciando así una reducción asimétrica de la elasticidad de la ocupación frente al Producto: la ocupación disminuye cuando el crecimiento del

Producto disminuye, pero no aumenta proporcionalmente cuando el crecimiento del Producto se hace sostenido. ¿Qué puede esperarse entonces de la recuperación, cuando el nuevo piso de la desocupación es todavía más alto que el de los primeros años 80 y cuando los desocupados por largos períodos alcanzaron en 1992 casi el 46 por ciento de todos los desocupados en la Unión Europea y el 67 por ciento en Italia? (Un análisis reciente de la ocupación y de la desocupación en Italia se encuentra en Cer, 1993).

Para precisar las ideas es oportuno distinguir dos problemas muy diferentes, aunque no carentes de importantes nexos lógicos. Uno es el de la gestión de los **desocupados**, es decir de aquellos que se encuentran o se encontrarán en el futuro en situación de desocupación involuntaria (más o menos temporaria) a causa de las fluctuaciones cíclicas o de los procesos de restructuración y redistribución sectorial. Un segundo problema es el de las intervenciones capaces de impulsar el proceso de crecimiento por un camino a través del cual la creación de nuevos puestos de trabajo sea establemente mayor respecto a la tendencia actual de los países industrializados (especialmente de los países europeos). Es en particular con este segundo problema con el que procuran enfrentarse las notas que siguen.

Por parte de los empresarios y de algunos economistas laborales se ha estado repitiendo que el núcleo del problema está en la excesiva rigidez del mercado del trabajo, acumulada sobre todo en los países europeos a causa del poder adquirido por los

sindicatos y de las reglamentaciones impuestas por los gobiernos, en favor, sustancialmente, de los ocupados y en contra de quienes no lo están. Con frecuencia, se cita a propósito el caso de los EU, donde a una mayor flexibilidad del mercado de trabajo se relaciona una más elevada elasticidad de la ocupación respecto del Producto. Algunos, incluso, citan erróneamente a Japón, que es, en cambio, todo lo contrario a una economía de mercado

"manchesteriana", mientras se calla acerca de la buena *performance* de los países de la Economic Free Trade Association (EFTA), cuyos mercados de trabajo están notoriamente caracterizados por elevados niveles de sindicalización y de reglamentación.

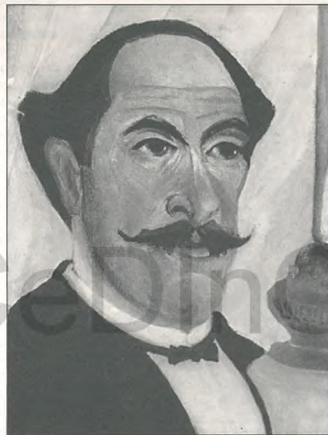
En efecto, la amplia confianza en la flexibilidad reposa (cuando no sobre intereses constituidos) sobre la convicción de que el mercado ideal es el de la Bolsa y que para acercarse a la plena ocupación es necesario impulsar al mercado laboral a asemejarse lo más posible a ese mercado ideal. Más allá de que sobre la idealidad del mercado financiero la literatura económica reciente (además de la experiencia) ha echado muchas sombras, es necesario reflexionar sobre dos hechos (también ellos ampliamente estudiados por la teoría económica más avanzada):

1) el mercado de trabajo es "diferente" a los otros, tanto por motivos económicos como éticos: a causa de la mercancia que se intercambia (la fuerza de trabajo) y también por los múltiples y peculiares roles que tiene el "precio" determinado sobre tal mercado (es decir, el salario).

2) el nivel de ocupación no depende solamente de las características del mercado de trabajo sino también —a causa de las interdependencias existentes— de las de todos los otros mercados: de bienes, de capitales, de crédito, etc. Por eso, si la "rigidez" del mercado laboral tiene su peso, otro tanto si no

mayor lo tienen la "rigidez" y los "fracasos" de los otros mercados.

Lo anterior no significa que no se pueda y no se deba hacer nada para eliminar la rigidez excesiva que endurece al mercado laboral. Es necesario, sin embargo, tener presente de manera realista que las acciones orientadas a devolver flexibilidad al mercado de trabajo son ciertamente útiles para aumentar la elasticidad de la ocupación respecto del Producto y por lo tanto para favorecer el crecimiento de la ocupación en la fase positiva del ciclo y, sin embargo, no son capaces de crear una apreciable demanda agregada de trabajo. Si la desocupación se debe en medida no despreciable a los efectos del progreso técnico, como sin duda ocurre hoy, las modificaciones y ajustes del mercado laboral pueden ayudar, pero sin duda no son suficientes, así como tampoco serían suficientes —aunque sí muy útiles— las acciones orientadas a volver más competitivos y eficientes a los otros mercados (raramente mencionados, por otro lado, por las organizaciones empre-



sariales y por muchos economistas laborales, frecuentemente prisioneros de una lógica de "equilibrio parcial").

Puntualmente, cada vez que la tasa de desocupación tiende a crecer, reaparece la tesis según la cual todos los problemas se resolverían si fuesen reducidos los salarios reales. La tesis se apoya en la consideración de que el salario real es el "precio" que gobierna el mercado de trabajo y que, en presencia de un exceso de oferta, el precio debe bajar para reconducir al mercado a su equilibrio. Si eso no ocurre significa que existe alguna "rigidez" a remover. Quien sostiene esta tesis no ha pasado probablemente más allá de los manuales elementales de Economía política, en los cuales el mercado de trabajo es representado de modo no muy diferente al del pescado. No profundizar los estudios de

Economía es ciertamente un derecho inalienable, pero un razonable sentido del pudor aconsejaría que, habiendo decidido ejercer tal derecho, se hiciera silencio cuando están en discusión cuestiones demasiado complejas.

No es posible aquí —y sería de todos modos tedioso hacerlo— recapitular los resultados de los estudios teóricos y empíricos que han mostrado la sustancial inconsistencia de la tesis recién expuesta. Es suficiente traer a la memoria algunos argumentos sólidos.

1) Como ya se ha dicho, el mercado de trabajo no es como el del pescado y el salario no es como el precio de los alacranes. El salario, mucho más que un indicador de escasez, es un instrumento para obtener "calidad" de trabajo, o "esfuerzo", justamente porque los trabajadores no son truchas, sino sujetos capaces de elegir racionalmente el esfuerzo a gastar en el trabajo, evaluando los costos y beneficios de las posibilidades alternativas y porque las empresas no conocen, *a priori*, la calidad de los trabajadores que se aprestan a emplear. Por lo cual son las mismas empresas, en realidad, las que no quieren reducir los salarios reales, por el temor de ver disminuir la calidad media o el nivel de esfuerzo de los propios ocupados, con consecuencias negativas sobre sus costos. Si las cosas son así, hablar de "rigidez" de los salarios reales no tiene más sentido que hablar de "rigidez" de los precios elegidos por las empresas oligopólicas o monopólicas con el objeto de maximizar sus beneficios.

2) El salario, por otra parte, es la principal —cuando no la única— fuente de ingresos de las familias. Cuanto menor es el número de ocupados por cada familia, tanto más alto es el salario individual real necesario para garantizar un nivel de vida aceptable para la familia. No debe asombrar, entonces, que donde la tasa de desocupación es más alta sean más fuertes las resistencias a la reducción del salario real: un solo ingreso debe alimentar, vestir, etc. a más personas.

3) El salario, además de ser un precio, y siendo también una renta, es la base para ejercer la demanda (sobre todo de bienes de consumo). Una reducción del salario real tiene el efecto de reducir la demanda

agregada de bienes de consumo y, entonces, si bien puede estimular a la empresa individual a tomar más trabajadores (lo que no siempre ocurre, por lo dicho antes) no puede incrementar la ocupación a nivel del sistema. Eso ya lo intuyó Keynes en los primeros años 30. A menos que la reducción de los salarios reales, combinada eventualmente con la devaluación, no dé un impulso tan fuerte a la competitividad de las mercancías nacionales en los mercados externos que

la demanda de exportación compense con creces la reducida demanda interna.

Sólo tasas de crecimiento de la demanda mundial inaceptablemente altas, y por largos años, podrían permitir una reabsorción de la desocupación tecnológica por parte de los sectores de productividad fuertemente crecientes. "En presencia del progreso técnico, el sistema económico genera inevitablemente desocupación tecnológica, si en el transcurso no ocurre nada diferente o si aquello diferente que ocurre no ocurre con la rapidez necesaria" (Pasinetti, 1993, p. 94).

Parece ser ésta la situación en la cual se mueve Italia de un año a esta parte. Entonces, ¿por qué no seguir adelante así, o empujar más aun en esta dirección? Los argumentos arriba señalados ya son "pesados". Baste agregar aquí que los beneficios de la reducción salarial sobre la competitividad se hacen sentir hasta tanto los competidores externos no reaccionen reduciendo las retribuciones salariales de sus trabajadores o impulsando una devaluación competitiva de su propia moneda, es decir hasta tanto no se desencadene una guerra de precios a nivel planetario. "Exportar" la propia desocupación es posible por un tiempo pero no para siempre (Nuti, 1993).

Todo lo dicho, aun en este caso, no significa que no se pueda intervenir para reducir los costos que las empresas soportan por el trabajo; costos que comprenden, además del salario efectivamente embolsado por los trabajadores, contribuciones sociales e impuestos. El *Libro Blanco* de la Comisión de la Comunidad Europea (diciembre de 1993) ha sugerido que sería necesario y posible hacer disminuir los "costos no salariales de la mano de obra", mediante una reducción de los descuentos obligatorios que gravan la actividad laboral de entidades comprendidas entre 1 y 2 puntos del PBI, compensada en su mayor parte "por el aumento de otros descuentos, en particular los que se aplican a los recursos naturales escasos y a la energía, para intensificar la protección ambiental", además —podría agregarse— de aquellos aplicables a los recursos **no naturales** escasos, como las congestionadas calles de nuestra ciudad, etc. Disposiciones de este género favorecerían, en particular, a las empresas y las actividades de alta

intensidad de mano de obra y constituirían, por lo tanto, un tónico eficaz para la ocupación pero, aun así, no serían suficientes para hacer frente a las actuales tendencias de largo plazo.

La reducida capacidad de crear ocupación por parte de la industria es una consecuencia de la dinámica estructural espontánea de todas las economías desarrolladas, donde la innovación de los procesos —que ahorra trabajo— incide más profundamente

desarrollar nuevos productos y que no se deba, en general, sostener la capacidad innovadora de los procesos. Y eso porque, en un mercado internacional abierto y fuertemente competitivo, si a las innovaciones adoptadas por las empresas de los países en competencia no corresponde una dinámica innovadora equivalente de las empresas nacionales (o comunitarias), la pérdida consecuente de competitividad haría perder más puestos de trabajo que los que haría perder la introducción de las innovaciones.

Una nueva y más activa política de investigación y de formación —como ha subrayado con fuerza el citado *Libro Blanco* de la Comisión de la Comunidad Europea— es entonces esencial, por lo menos para no perder terreno frente a los EU y Japón y para no volver todavía más frágil la capacidad de crecimiento del Viejo Continente. Política que debería ser coordinada por lo menos entre los doce países de la Unión Europea para multiplicar su eficacia. Así, obviamente, no se desperdiciaría una política orientada a estimular la demanda mundial, acordada entre todos los países de la OCDE (las políticas expansivas "en un solo país" están hoy condenadas a encontrar los límites de la balanza de pagos y de la estabilidad financiera antes aún de producir sus efectos benéficos).



En presencia del progreso técnico, el sistema económico genera inevitablemente desocupación tecnológica, si en el transcurso no ocurre nada diferente o si aquello diferente que ocurre no ocurre con la rapidez necesaria" (Pasinetti, 1993, p. 94).

Por desgracia, no parece posible depositar la confianza, por lo menos en plazos breves o medios, en la apertura de un ciclo expansivo o remolque del desarrollo de nuevos bienes de consumo masivo como el de los años 50 y 60 ligado al binomio automóviles-electrodomésticos. Parece, de hecho, que la onda informática perderá gran parte de su fuerza ante las paredes domésticas, donde alcanza a entrar solamente en pequeñas dosis. Lo que no significa, naturalmente, que no se deba hacer todo lo posible para sostener a los sectores de alta intensidad de investigación, en condiciones potenciales de de-

tero todo eso no basta para afrontar las dimensiones y las características que el problema de la desocupación ha asumido a partir de los años 70.

Por parte de algunos dirigentes sindicales la solución al problema de la desocupación ha sido localizada en la reducción generalizada y obligatoria de las horas de trabajo. Se trata de una solución indudablemente dotada de su lógica, si se considera el sistema económico en su conjunto. Si para producir el PBI se necesitan tantas horas de trabajo, está claro que la ocupación será tanto mayor cuanto menor sea el

número de horas trabajadas por cada trabajador y que, entonces, cualquier reducción del horario de trabajo generará más ocupación. Con mayor razón, si los continuos avances de la productividad reducen las horas de trabajo por unidad de producto, así también los ensayos de crecimiento positivo pero no "explosivos" requieren continuas reducciones de los horarios de trabajo si la composición del PBI no cambia a favor de los sectores de alta intensidad de trabajo.

Se trata, sin embargo, de una lógica que no da cuenta de la complejidad y de la diversidad que caracterizan las situaciones de las empresas e industrias individualmente consideradas, las que podrán conducir a que la reducción generalizada de las horas de trabajo acarreará más efectos negativos que positivos sobre la ocupación. Pero si la reducción generalizada y obligatoria no puede proponerse, no debe excluirse que, en casos particulares, puedan encararse experiencias de reducción del horario —sobre la base de la conveniencia tanto de trabajadores como de las empresas—, pero deben ser experiencias absolutamente libres y voluntarias, con la consecuencia de que sólo en el largo plazo podrán hacerse sentir sus efectos sobre la ocupación.

La experiencia de los así llamados "contratos de solidaridad" en algunas empresas italianas, o la de la Volkswagen en Alemania, parecen indicar que sobre bases similares es posible dar algún paso adelante. Por otra parte, si la libertad y la voluntariedad son necesarias para transformar el funcionamiento de aquellas empresas y trabajadores que no están preparados para un cambio tan profundo de sus ritmos laborales, ello vuelve la reducción del horario de trabajo un proceso gradual y ciertamente muy lento. Demasiado lento hasta para cerrar la actual hemorragia de ocupados y también, claro está, para reabsorber los casi 36 millones de desocupados de los países de la OCDE. Y sobre todo demasiado lento para hacer frente a la actual dinámica estructural de la economía desarrollada.

Sin negar validez a las diversas tipologías de intervención señaladas hasta aquí, pero con la clara conciencia de sus límites, es necesario explorar tam-

bién otro camino, no alternativo sino complementario a los ya vistos.

La idea, ciertamente no nueva pero nunca completamente elaborada y mucho menos practicada, es que es posible potenciar la creación de oportunidades de trabajo en aquellos servicios que contribuyen a incrementar la "calidad social" (Montebagnoli, 1985, Lunghini, 1993). Servicios donde la productividad crece más lentamente que en la industria porque en ellos el trabajo humano puede ser asistido por la tecnología (que eleva la calidad) pero no puede ser sustituido por ella. Se trata de servicios sociales hoy no producidos o subproducidos o, incluso, malproducidos por el sector público. Son servicios para los cuales ya existe una demanda efectiva y, probablemente, una demanda potencial todavía mayor. Ciertamente, se trata de servicios de los cuales se advierte una creciente necesidad en amplias franjas de la ciudadanía. Son, sin embargo, servicios para los cuales la disposición a pagar está en parte sumergida, bien por el hábito a la "gratuidad" (o casi), bien por la desconfianza hoy difundida frente a los sujetos públicos productores o por las características intrínsecas de "bien público" que algunos de ellos tienen.

Por otra parte, no es posible olvidar que el bajo nivel de crecimiento de la productividad, que permitiría la expansión de la ocupación en el sector de los servicios sociales, es también la causa de la así llamada "enfermedad de los costos" que aflige a este sector en presencia de niveles salariales crecientes (Baumol, 1967).

Los síntomas de la enfermedad son los cada vez más altos precios reales de estos servicios, como así también los cada vez más altos precios relativos respecto a los bienes producidos en los sectores de alto crecimiento de la productividad. Se trata de una enfermedad que seguiría presente aun cuando fuese posible eliminar completamente todas las ineficiencias que se anidan en los actuales sistemas de producción y hasta todas las asimetrías informativas que caracterizan algunos mercados (el de la sanidad, por ejemplo).

Pero no es sabio curar tal enfermedad cortando

Se ha afirmado recientemente que, a tal fin, "basta hacer que quien decida el gasto social no sea el Estado sino el mercado" (Mossetto, 1993, p.116). En realidad no basta en absoluto. Si bastase el libre mercado, probablemente no se habría planteado nunca el problema de la intervención pública, cuyo origen y justificación, en cambio, está justamente en las "fallas del mercado". Y más aun, si el libre mercado a veces falla, no está dicho para nada que no sea posible "construir los mercados" o por lo menos mercados "parciales" (Schelling, 1978, pp.33-36).

los gastos para los servicios a los que ella aflige (otra cosa, y esta sí altamente recomendable, es reducir las ineficiencias a igualdad de prestaciones). Esta medicina no sólo es capaz de destruir lo que queda del *welfare State*, sino que también es funesta para la ocupación. Ella es, sin embargo, considerada indispensable por quienes catastróficamente predicen que la sociedad del futuro no podrá seguir permitiéndose los niveles de gasto social de los últimos decenios.

Pero estos, para usar las palabras de Keynes "son *slogans* de depresión y de ruina; en la medrosidad, el obstruccionismo y la estupidez de una administración moribunda" (Keynes, 1929). Si parece correcto afirmar que la sociedad del futuro no podrá permitirse las formas que el gasto social ha asumido en los últimos años, la predicción sobre sus niveles es completamente infundada.

En efecto, "en una economía en la cual la productividad crece en casi todos los sectores y no disminuye en ninguno, es una tautología que los consumidores podrán tener cada vez más de todo bien y servicio. Para alcanzar este obje-

tivo, una cantidad limitada de los *input* usados para producir los bienes cuya productividad crece de modo relativamente rápido (los productos "progresivos") debe simplemente ser transferida a la producción de los servicios estancados. Así, el crecimiento de la productividad permitirá aun la expansión de la cantidad de productos progresivos, no obstante la limitada declinación de sus *input*, mientras los productos de los servicios estancados crecerán porque serán empleados más *inputs* en su producción. Para alcanzar un objetivo similar —una cada vez mayor abundancia de todo— la sociedad debe modificar las proporciones de la renta que gasta en los diferentes productos. En tales circunstancias, lo que subtiende a la visión de que los consumidores no pueden permitirse pagar los costos crecientes de la instrucción, la sanidad y otros servicios similares es una

ilusión fiscal" (Baumol, 1993, p.23).

Esta larga cita contiene la refutación más límpida de las predicciones catastrofistas sobre el Estado social y plantea simultáneamente un problema notable: la necesidad de modificar las proporciones del gasto total entre aquel que va a los consumos de bienes y servicios "progresivos" y el que va a los servicios sociales "estancados", aun cuando se mantuvieran las cantidades relativas a los valores de hoy.

El problema es particularmente agudo — como advierte el mismo Baumol — porque hoy es habitualmente el Estado (o alguna de sus articulaciones locales) quien produce directamente y/o provee indirectamente gran parte de los servicios a los ciudadanos. Y no es recomendable una ulterior y enorme expansión de la ya alta cuota del PBI que pasa a través del sector público, fuera de los controles del mercado, sobre todo en una época de justificada desconfianza frente al Estado-productor.

Si se acepta la tesis de Caffé (1986, p.20), según la cual "en una visión reaccionaria del progreso social, no se trata de reducir la cantidad de

los servicios, sino de mejorar su calidad" y "la extensión de los servicios sociales requiere un proceso de adaptación y no una pasiva repetición de los métodos de acción tradicionales", es necesario identificar las maniobras que permitan invertir la ruta respecto de la actual declinación cualitativa y cuantitativa del *welfare State*, lanzando y haciendo más concreta la perspectiva de la plena ocupación.

Se ha afirmado recientemente que, a tal fin, "basta hacer que quien decida el gasto social no sea el Estado sino el mercado" (Mossetto, 1993, p.116). En realidad no basta en absoluto. Si bastase el libre mercado, probablemente no se habría planteado nunca el problema de la intervención pública, cuyo origen y justificación, en cambio, está justamente en las "fallas del mercado". Y más aun, si el libre mercado a veces falla, no está dicho para nada que no



sea posible "construir los mercados" o por lo menos mercados "parciales" (Schelling, 1978, pp.33-36), gracias a la creación de un sistema de incentivos y de reglas dentro del cual los comportamientos individuales puedan dar lugar a resultados de mercado aceptables.

Por el lado de la oferta, es necesario pensar en qué instrumentos (incluidos los fiscales pero no exclusivamente ellos) deben utilizarse a fin de estimular la presencia de empresas (capitalistas, cooperativas, etc.) y de fundaciones y asociaciones voluntarias (un ejemplo puede ser el *National Trust* británico) capaces de ofrecer servicios en algunas áreas de creciente necesidad social (por ejemplo: control ambiental; bienes culturales; sanidad; servicios de asistencia a las personas; instrucción y formación). Pero, ciertamente, el problema de la oferta no se agota en la predisposición a brindar incentivos a la "industria naciente".

Especialmente en el campo de los servicios sociales más esenciales debemos plantearnos el problema de la reglamentación, en el sentido del control de la calidad de los servicios como en el de garantizar —tanto como sea posible— la no exclusión del goce de los servicios por parte de los sectores más débiles. No nos referimos aquí tanto a los menos pudientes (éstos en todo caso un problema "del lado de la demanda") como —para tomar el ejemplo del campo sanitario— los más ancianos, los enfermos crónicos, en una palabra: los que sufren peores riesgos (Barr, 1992). Para otros servicios sociales, donde el problema de la asimetría de información está menos difundido, el pasaje a la (o el encasillamiento mediante la) producción privada crea mucha menos dificultad, aunque los incentivos y reglamentaciones sigan siendo necesarios. Piénsese en la gestión de los parques naturales y de las playas, en la restauración y conservación de bienes culturales, en la asistencia a los ancianos y a los инвалидов, e incluso en la propia instrucción.

Por el lado de la demanda, se plantea el problema fundamental de cómo alentar el pedido individual o colectivo (grupos espontáneos, asociaciones de usuarios,

comisiones barriales, etc.) de servicios sociales, especialmente de aquellos que hoy no son producidos o son decididamente subproducidos. Este problema presenta por lo menos dos aspectos, a veces simultáneos: el de la incentivación de la demanda privada de bienes públicos —para lograr la modificación de la composición del gasto que propone Baumol sin expandir el gasto público— y el no menos crucial de la equidad. También aquí la utilización del instru-

mento fiscal es de gran importancia, tanto en el sentido de alentar el uso de bienes privados alternativos a los servicios sociales (transportes individuales), de volver costoso el uso de los recursos públicos (calles ciudadanas, etc.), de convertir en fiscalmente deducibles los gastos por servicios sociales, como en el de garantizar el acceso a los servicios por parte de los menos pudientes.

Podría objetarse, en este punto, que la perspectiva aquí delineada crea más problemas de los que resuelve. Ciertamente los crea, pero se trata de problemas que pueden ser estudiados y resueltos y que, de todos modos, habrían de presentarse aunque no se echase mano a una política de expansión de los servicios sociales y de la ocupación y se nos quisiese contentar administrando prudentemente la declinación del *welfare State*, comprimiendo al mismo tiempo las prestaciones y los costos. Por otra parte, también tal prudente gestión está seriamente en riesgo en un contexto de desocupación creciente.

Queda otra cuestión de máxima relevancia para un modelo de desarrollo que confie el crecimiento de la ocupación a la expansión de los servicios sociales: es la de la política de ingresos. Como ya se ha recordado, en efecto, la "enfermedad de los costos" en los servicios se debe en buena parte al efecto de arrastre que tiene el aumento de las retribuciones en los sectores donde es alto el crecimiento de la productividad.

Ha observado Montebagnoli (1985,p.57) que "en el largo plazo, toda la cuestión está destinada a desdramatizarse y finalmente a reabsorberse" porque la perspectiva aquí auspiciada presupone que,

con el tiempo, "la fuerza de trabajo de los sectores capital-intensivos se reduzca hasta alcanzar una proporción sobre el total muy baja, si no despreciable: en este punto es lícito suponer que su influencia sobre el mercado de trabajo deje de ser determinante y que sectores estructuralmente trabajo-intensivos establezcan autónomamente sus propias condiciones retributivas y, con ello, las más extendidamente vigentes en el sistema". Sin embargo, el mismo autor reconoce la existencia de un relevante problema de "transición", que no puede ser enfrentado con una política de ingresos administrada principalmente me-

dante un uso prudente de la palanca fiscal. No debe ser descuidada la posibilidad de un nuevo pacto social que prevea un "intercambio" entre una mayor ocupación, con el consiguiente aumento de la renta promedio percibida por cada familia, y una menor presión salarial. Un pacto social que, por una vez, no planteara los habituales "dos tiempos" que suscitan comprensibles sospechas por parte de los trabajadores.

Podría objetarse, en este punto, que la perspectiva aquí delineada crea más problemas de los que resuelve. Ciertamente los crea, pero se trata de problemas que pueden ser estudiados y resueltos y que, de todos modos, habrían de presentarse aunque no se echase mano a una política de expansión de los servicios sociales y de la ocupación y se nos quisiese contentar administrando prudentemente la declinación del *welfare State*, comprimiendo al mismo tiempo las prestaciones y los costos. Por otra parte, también tal prudente gestión está seriamente en riesgo en un contexto de desocupación creciente o, en el mejor de los casos, deprimida a los actuales niveles.

Está dicho, además, que la política sugerida presenta sinergias no despreciables (y evidentes) con las intervenciones discutidas en las páginas precedentes, orientadas a volver razonablemente más flexible el mercado de trabajo, a limitar el costo del trabajo para las empresas, reduciendo la "cuña fiscal", y a promover la capacidad innovadora del sistema. Cada una de estas medidas tomadas aisladamente —como ya lo he dicho— resultaría inevitablemente insuficiente, pero su eficacia puede ser incrementada justamente por la afirmación de un cuadro social que ve mejorar la perspectiva de la ocupación y enriquecerse la calidad social, mientras la expansión de los servicios obtendría, a su vez, beneficios de la actuación de aquellas intervenciones.

¿Se trata de ideas visionarias? Tal vez, pero aun hoy vale el urgente imperativo de Keynes a sus amigos liberales: "debemos inventar una nueva sabiduría para una nueva época. Y mientras tanto, si queremos hacer algo de bueno, debemos agitarlos, mostramos heterodoxos, peligrosos, desobedientes a nuestros padres" (Keynes, 1925). □

Bibliografía



- N.Barr (1992), "Economic Theory and the Welfare State: A Survey and Interpretation". *Journal of Economic Literature*, giugno.
- W.J.Baumol (1967), "Macroeconomics of Unbalanced Growth". *American Economic Review*, N°3.
- W.J.Baumol (1993), "Social Wants and Dismal Science: The Curious Case of the Climbing Costs of Health and Teaching". Nota di lavoro 64,93m Nukabi Fondazione Eni Enrico Mattei.
- F.Caffè (1986), *In difesa del Welfare State*. Torino, Rosenberg Selier.
- Cer (1993), "L'occupazione in Italia", *Rapporto* N°4.
- J.M. Keynes (1925), "Am I a Liberal?", in Keynes (1968).
- J.M. Keynes, (1929), "Can Lloyd George do it?", in Keynes (1968).
- J.M. Keynes (1968), *E-sorzioni e Profetie*, Milano, Il Saggiatore.
- G.Langhini (1993), "Disoccupazione e lavori socialmente utili". *Critica marxista*.
- A.Montebagnoli (1985), "Le avventure della ricchezza sociale". *La Rivista Trimestrale* N°1.
- G.Mossetto (1993), *Italiani senza rendite*, Roma-Bari, Laterza.
- D.M.Nuti (1993), "La disoccupazione in Europa: prospettive e rimedi". *Schede e contributi*, Serie Rossa N°6, Fondazione Cespe.
- L.L.Pasinetti (1993), *Dinamica economica strutturale*, Bologna, Il Mulino.
- G.Ruffolo (1985), *La qualità sociale*, Roma-Bari, Laterza.
- T.C.Schelling (1978), *Micromotives and Macrobehavior*, New York, Norton.

Nota

- * Tomado de *Politica ed Economia*, Anno XXV, Quarta serie, numero 1, gennaio-febbraio 94. Tradajo Edgardo Mocca.

La recuperación de la iniciativa política

Más de un turco perdido en la neblina

La ausencia de una oposición capaz de erigirse como alternativa ha permitido que, en medio de su crisis más seria, con datos que hablan del fin del modelo sobre el que sostuvo sus mayores éxitos, el gobierno se dedicara a una feroz lucha interna, sin cuartel y sin pudor. No obstante, algo parece haber cambiado, quizá como comienzo de nuevos y mayores cambios.

Ovaldo Pedrosa

Luego del espectacular triunfo del 14 de mayo, poco tiempo tuvo el oficialismo para relamerse: la catastrófica crisis económico-social que había sido escondida bajo la alfombra salió a la luz, explotó, más bien, y se instaló en el centro de la escena. Insolvencia bancaria, quiebra generalizada de las economías provinciales y regionales, recesión profunda, 18.6 por ciento de desempleados, caída en la recaudación impositiva, creciente déficit fiscal, incumplimiento de las metas comprometidas con el FMI, son sólo algunos de los signos que aparecieron, juntos, anunciando que "el modelo" sobre el que el menemismo había construido su poder había entrado en un colapso, acaso final.

La reacción del gobierno fue tardía, espasmódica y, fundamentalmente, estéril, limitándose a una sucesión de anuncios vacíos para combatir la desocupación, como planes de vivienda sin financiación que ya habían sido dados a conocer un par de veces, extravagantes e irrealizables medidas dirigidas a mejorar la recaudación impositiva o groseras improvisaciones como el proyecto de traslado del Aeropuerto a una isla a construir en el

lecho del río de la Plata.

Todo eso simultáneamente con la exacerbación de la lucha interna en todos los frentes: Tachí y Cavallo contra Bauzá, Erman González contra Cavallo, éste contra Duhalde... Y en el mismo movimiento, crisis en el equipo económico con el descabezamiento de la Secretaría de Ingresos Públicos y de la DGI y con la ventilación pública de graves denuncias de coimas y negociados en el Banco de la Nación, crisis en la Secretaría General de la Presidencia con la traumática salida de su segunda figura, acusada de peculado, etc.

Además, la Iglesia reiteraba sus críticas al plan económico y el *establishment*, a través de sus voceros favoritos, Juan y Roberto Alemann, aseguraba que Cavallo no sabía cómo actuar en la emergencia, no tenía respuestas ni para la desocupación ni para la crisis fiscal y estaba desconcertado, perdido "como turco en la neblina" (*sic*)...

Un evidente escenario de crisis que, no obstante, no dio lugar al crecimiento de la oposición, precisamente, por la increíble incapacidad de ésta —tanto de la UCR como del FREPASO— para disputar el protagonismo con audaces acciones políticas y reales propuestas de alternativa.

Así, en ese paisaje de impunidad, en el que Cavallo y sus socios-enemigos aumentaban día a día el escándalo de sus enfrentamientos, de pronto, inesperadamente, Chacho Álvarez se hizo cargo del papel de la oposición y protagonizó una acción política original: fue a ver a Cavallo con la exigencia de que diera curso judicial y parlamentario a sus gravísimas denuncias, anunciándole que iniciaría acciones en su contra por encubrimiento. Es decir, impugnaba el plano de frivolidad masmediática donde el ministro colocaba el tema de la corrupción, el narcotráfico y demás acusaciones y lo ponía en manos de la ley, con intervención de la Justicia, del parlamento y, aun, de una suerte de CONADEP de la corrupción.

Y con ello todo pareció cambiar. En realidad, todo puede cambiar. No tanto por los resultados concretos que podrá lograr esta ofensiva de Chacho y el FREPASO en Diputados, sino, fundamentalmente, porque con esta acción la oposición recupera la iniciativa política, paso ineludible para tratar de disputar el protagonismo al gobierno y sus aliados.

Claro que no hay al respecto una mirada unívoca, pues algunos sectores han evaluado que con su acción Álvarez se convirtió en "vocero" de Cavallo en la lucha de éste contra sus adversarios internos. Pero eso no puede extrañar. Es mucho, demasiado, tal vez, lo que se espera de Chacho y seguramente se le exige una creatividad, una coherencia y una capacidad que puede no poseer. Es posible. Así, lo que acaba de ocurrir es probable que se instale como tema de debate en el seno de una centrozquierda que aún no encuentra formas y caminos firmes para avanzar en la búsqueda de ese bloque político, social y cultural de tipo progresista capaz de proyectarse como alternativa real al bloque dominante.

De todos modos, no hay dudas de que si ese camino ha de ser recorrido alguna vez, y así lo espero, deberá incluir necesariamente pasos políticos como los que hoy acaba de dar Chacho Álvarez. ■

